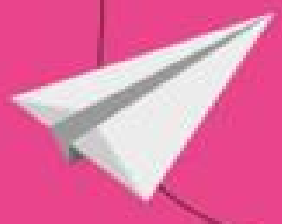


La paradoja del amor

LAURA FLANAGAN





La paradoja del amor

La paradoja del amor

LAURA FLANAGAN

Primera edición, diciembre 2023

ISBN:
Copyright © 2023 Laura Flanagan
https://labrujulaliterariadelaura.com/
Copyright © de la foto de cubierta: © Laura Flanagan
Corrección y maquetación: Montse R.D.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

NOTA DE LA AUTORA

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de mi imaginación y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

A mis chicas, por ser mi motor y mi gasolina después de un día malo.


El amor hace posible la paradoja
de dos que se vuelven uno sin
dejar de ser dos.
Erich Fromm



Kilkenny, Irlanda
Martes, 3 de enero

El amor es tierno, paciente y bondadoso, pero si no se tiene cuidado puede tornarse egoísta, controlador y envidioso. Por eso, el amor, el verdadero amor, ese con el que muchos sueñan y pocos logran dar, hay que cultivarlo como a una planta. Con mucho mimo. Prestando atención a cada detalle: asegurarse de que tenga una base sólida para que sus raíces se asienten, arrancarle las malas hierbas para que estas no terminen asfixiándola y, sobre todo, suministrarle un fertilizante eficaz para que crezca firme y hermosa. Son pormenores que se asumen pero que terminan cayendo en el olvido y acaban por destruir la más prometedora de las relaciones.

En el caso de Kieran y Beca, la suya había sido tumultuosa como la que más. Habían pasado de liarse una noche de borrachera, a no recordarse, soportarse por obligación, amarse en silencio y, finalmente, tras varios años, estrechar vínculos al verse recluidos en un mismo tiempo y lugar.

Se les veía felices y dichosos como un final de cuento de hadas, solo que nadie te cuenta lo que pasa después. Ambos habían evitado hablar de qué ocurriría una vez se marcharan de Kilkenny. Aquel era su particular paraíso, donde daban rienda suelta a la pasión contenida hasta entonces.

Kieran había retrasado su viaje en avión para coincidir con su hermana y con Beca. Acababan de aclarar lo que sentían después de tantas idas y venidas, pero aún debían hablar de sus planes de futuro. Sabía que la repostera no tardaría en sacar el tema. Mientras tanto, él solo quería disfrutar de cada momento junto a ella. Como esa misma tarde en que habían conseguido burlar las miradas de todos y se habían escapado al paseo del canal.

Kieran se había encargado de que la visita fuera una sorpresa para Beca, quedando con ella en la puerta del castillo y ayudándola a entrar en el coche que había alquilado esas Navidades. Un llamativo azul piscina que no pasaba desapercibido.

—Me hice daño en el pie. No tienes que tratarme como a una inválida —se quejó ella, a pesar de estar disfrutando de sus atenciones.

—Lo sé, pero quiero que te cures cuanto antes y, para que eso suceda, será mejor que no te fuerces demasiado —le dijo con una sonrisa, que pocas veces había visto en su rostro.

—Siempre sabes qué decir, ¿verdad? —preguntó Beca, con los ojos radiantes de felicidad.

Tiró un par de veces del cinturón de seguridad, pero este parecía no querer poner de su parte. Kieran se inclinó sobre ella, se acercó mucho a su rostro y Beca tembló ante su cercanía. A él le excitó su forma de actuar y el influjo que tenía sobre ella.

Kieran se apartó lo suficiente para poder abrocharle el cinturón ante la sorpresa de Beca,

quien frunció el ceño.

—¡Vamos! No te enfades. Quiero que disfrutemos de este rato juntos —le dijo sujetándole la barbilla y besándole en la comisura de los labios.

Beca volvió a florecer como un girasol y asintió.

Poco después, se encontraban en una zona aislada del parque del castillo. Habían rodeado toda su extensión y habían aparcado en un lateral. Kieran decidió dejar la muleta en el coche. Sujetó a Beca en brazos y la llevó hasta un merendero apartado, donde un alto muro les resguardaba dándoles cierta intimidad. A su alrededor, había densos árboles aquí y allá cuyas frondosas ramas se extendían hacia el lago, que se mostraba como una postal de ensueño con sus aguas heladas, sobre las cuales se podía incluso patinar.

Beca posó su mirada sobre la mesa y se topó con una cesta de mimbre.

—Pero ¿qué es esto?

—Un picnic.

—Ya lo veo.

—Entonces, la pregunta está fuera de lugar.

Beca le golpeó con la palma abierta sobre el pecho.

—Sabes a lo que me refería.

—Intuyo que sí. Quería darte una sorpresa.

—Pues lo has conseguido —acertó a decir mientras observaba cómo Kieran abría la cesta, sacaba un mantel de su interior y lo desplegaba sobre la mesa. No tardó en tener preparada una elegante merienda con una barra de pan, una cuña de queso, embutido, vino, unas copas y algo de fruta para acompañar. Cuando Beca creyó que había acabado, Kieran se sacó un reproductor y un pequeño altavoz de la chaqueta y *Photograph* de Ed Sheeran empezó a sonar—. Veo que no has escatimado en nada.

—En realidad, he tenido algo de ayuda.

—¿Isla? —preguntó señalando la *playlist* que se reproducía.

Esta vez fue él quien asintió, robándole una sonrisa por el camino.

Dieron buena cuenta de las tapas y Kieran sirvió el vino para que las migas pasaran mejor. Sentados uno frente al otro, no perdieron detalle de cada mirada, cada roce casual y cada vello de punta que el otro les provocaba.

—Creo que deberías levantarte —pronunció Beca, con semblante serio.

—Y eso, ¿por qué? ¿Te encuentras bien?

—Ahora que lo dices no y me gustaría que te sentaras junto a mí, solo por si acaso —sugirió Beca, con un leve aleteo de pestañas.

Kieran sonrió ante su proposición y obedeció de inmediato. Comenzaba a descubrir la cara oculta de la joven y empezaba a disfrutarla.

—¿Así? —preguntó sentándose al otro extremo del banco y viendo la desazón que se instalaba en su novia. ¡Qué raro sonaba decirlo, pero qué bien se sentía!

—Podrías acercarte algo más. Tengo un poco de frío —aseguró la repostera, sin atreverse a decir nada que la comprometiera.

—Debería ir a por tu abrigo al coche —se ofreció Kieran, haciendo amago de levantarse.

Beca lo sujetó de la mano y la suave caricia de piel contra piel hizo que él se detuviese. Ambos se miraron durante unos segundos. Como si fueran depredador y presa, observándose en silencio, aguardando una señal que delatase su siguiente movimiento para anticiparse a él. Entonces, Beca hizo algo inesperado. Lo sujetó del cuello de la chaqueta y se sumergió en sus labios. Kieran dio un traspiés y terminaron en el suelo. Él se quejó por el golpe y ambos estallaron en risas.

—Perdóname. No sé por qué lo he hecho —se disculpó Beca tras apoyar la mano sobre él para incorporarse.

—Lamento oír eso —dijo él, disfrutando de su cercanía.

Beca volvió a golpearle con la palma en el pecho.

—Como sigas pegándome así, no respondo de mis actos —le susurró con voz ronca mientras le sujetaba la muñeca y la acercaba aún más a él.

—Si lo hubiera sabido te habría abofeteado mucho antes. De hecho, hubo varias veces en que me quedé con las ganas —bromeó, rompiendo la tensión entre ellos.

—¿Por qué fuimos tan tontos?

—Tontos no, ciegos —apuntilló ella, con un brillo en la mirada que la hacía más bella a sus ojos.

—Hemos perdido tanto tiempo.

—Nunca el tiempo es perdido, es solo un recodo más... —canturreó ella.

—Te veo muy alegre y pizpireta.

—¿Y en qué lo notas?

—Si no fuera suficiente con cantar, tarareas una canción de Manolo García. Olvidas que sé cuánto te gusta.

—Es verdad. A veces no me doy cuenta de que hemos compartido muchas cosas y de que nos conocemos más de lo que creemos. Tal vez por eso me alegra que seas tú —dijo enmarcando su rostro con las manos.

—Yo también —dijo divertido, fingiendo no entender sus palabras.

—¡Bobo! —Volvió a golpearle en el pecho.

Kieran alzó la ceja, con un aire oscuro y seductor.

—¡Oh-oh!

—Te dije que no hicieras eso.

Beca se levantó tan risueña como una niña y observó cómo Kieran se lanzaba en su busca. Ella echó a correr entre risas para huir de él.

—No tienes escapatoria. Conozco cada rincón de este parque desde que era crío.

—Juegas con ventaja, pero no pienso rendirme tan fácilmente —alegó ella, quien se había detenido a unos metros de él para coger aire.

—Eso habrá que verlo.

Corrieron durante unos minutos hasta que Beca tuvo que detenerse. Se apoyó en un árbol y alzó la rodilla durante unos segundos para aliviar un poco la presión sobre el pie. Miró a su alrededor sin hallar rastro de Kieran y suspiró.

Hacía años que no podía recordar lo que era sentirse así de feliz y dichosa. Con Fer, los últimos años, todo había sido miedo, ansiedad y culpa. Había vivido la excitación y la ilusión del primer amor, pero no la pasión, porque nunca se había sentido correspondida.

Tenía miedo de estar dentro de una burbuja y que esta estallara en cualquier momento. Por ese motivo se había propuesto no hacer nada que enturbiara su relación con Kieran. Sabía que al principio le costaría adaptarse a la vida de pareja, por lo que le daría todo el tiempo y el espacio que necesitara. Después de todo, era una experta en eso y no pensaba dejar escapar la felicidad de la punta de los dedos.

Kieran surgió por sorpresa a sus espaldas y la arrinconó contra el cedro besándola a traición. «Pero ¿qué me pasa? Me duele la mandíbula de tanto reír. Nunca imaginé que pudiera ser tan feliz», pensó Beca. En ese instante lo supo. No le contaría a nadie sobre su relación con Kieran. Sería algo suyo, solo de ellos dos.

Después de cenar, Kieran encontró a Isla y Beca tumbadas en el sofá, viendo *Érase una vez en Hollywood* y decidió unirse a ellas. Se sentó junto a Beca, esta se apoyó sobre su hombro y él pasó el brazo por su espalda. Isla los vio y su boca se curvó en una triste sonrisa. De manera inesperada, Camile pasó por su mente.

—¿Cómo pueden gustaros estos tíos? —preguntó Kieran al ver a Brad Pitt y Leonardo Dicaprio en la pantalla—. Creí que ya habíais pasado la fase adolescente —bromeó mirándolas.

—A mí no me mires, ya sabes que me va más Margot Robbie —alegó Isla, con apatía.

—Pues para no gustarte Brad Pitt, bien que te has visto *Seven* y *El club de la lucha* infinidad de veces —replicó Beca, apoyando la mano sobre su pecho mientras alzaba la vista hacia él.

—Eso era diferente.

—¿Por qué? ¿Porque dirigía David Fincher? —Kieran asintió—. Esta vez no es Fincher, sino Tarantino, el director favorito de tu hermana, y solo por eso deberías darle una oportunidad, como hago yo.

—Lo haré por vosotras, pero ya sabéis que no soporto a los guaperas.

—Puede que cambies de opinión cuando veas el resto del reparto —insinuó Isla, poco antes de que apareciera en escena la familia Manson—. ¿No te suena ninguno?

—¿Por qué? ¿Debería? —dijo ceñudo.

Beca se rio divertida, incluso traviesa.

Kieran miró con detenimiento a los adolescentes y, después, volvió la vista hacia la repostera.

—¿Qué te hace tanta gracia? Si se puede saber.

—Que no hayas reconocido a Maya Hawke —dijo Beca, esperando una respuesta por su parte que no llegó—. ¿En serio no sabes quién es? —Kieran negó con la cabeza—. Es la hija de Uma Thurman y tu adorado Ethan Hawke —puntualizó antes de que él se riera de forma burlona—. ¿¿Lo sabías?? Eres de lo que no hay —se indignó, escandalizada—. ¿Acaso me estabas poniendo a prueba?

—Algo así. De hecho, te diré un dato curioso sobre esta actriz. Si no hubiera sido por cierta película ella jamás habría existido.

Isla rodó los ojos poniéndolos en blanco. Cuando su hermano se ponía a hablar de su película fetiche, podía tirarse horas y horas hablando de detalles, anécdotas y un sinfín de cosas más.

—Sí —afirmó divertido desviando la vista por un segundo hacia Isla—. *Gattaca* es la mejor película de todos los tiempos y fue el origen de esa actriz.

—Me vas a permitir que te contradiga, pero la mejor película de todas es *Shutter Island* —dijo Beca alzando la ceja mientras le clavaba el índice en el pecho—. Una gran adaptación de un gran libro y además dirigida por Martin Scorsese.

—No niego que Scorsese sea un gran director, pero la historia es demasiado corriente y no aporta originalidad. *Gattaca* es una historia de superación y lucha contra el destino impuesto y sin opciones. Es una película atemporal con la increíble banda sonora de Michael Nyman.

—Está bien. Dejémoslo. No vamos a lograr ponernos de acuerdo —trató de cortar Beca, antes de que el debate terminara en discusión.

—Espera un segundo. No la has visto, ¿verdad? —concluyó Kieran, al ver lo pronto que ella se rendía.

—No, no la he visto, pero eso no significa nada. Ya sabes que no me gustan las pelis de ciencia ficción. Soy más de thrillers.

—Si le hubieras dado una oportunidad sabrías que *Gattaca* también es un thriller.

—Sí, claro —dijo Beca, alzando de nuevo la ceja y pasando su mirada de Kieran a Isla. Esta

asintió para su sorpresa—. ¿Y no me digas que, por casualidad, la tenéis aquí?

—De hecho, sí, pero tranquila, podemos verla otro día.

—¿Y eso? —preguntó intrigada Isla.

—Oficialmente —pronunció mirando a su alrededor para comprobar que nadie más le escuchaba—, mañana tengo mucho trabajo y quiero acostarme pronto.

Las chicas le miraron curiosas.

—¿Y extraoficialmente?

—Voy a ayudar a Beca a poner las lentejas en el horno.

—¿Quéé́é? —dijeron ambas a la vez.

—Sumergir el salmón.

Las chicas seguían sin comprender de qué estaba hablando.

—¿Mojar el churro?

Beca le golpeó en el pecho, como había comenzado a ser costumbre en ella, y se echó a reír.

—Tampoco hacía falta que entraras en detalles —le dijo Isla, levantándose del sillón y tirándole un cojín.

—Fuiste tú la que preguntó.

Beca se llevó el dedo a los labios.

—¿¡Qué es lo que he dicho!? —preguntó Kieran cuando su hermana ya había desaparecido por la puerta.

—Tu hermana no lo está pasando nada bien.

Él se encogió de hombros.

—Siempre se lo guarda todo. Nunca sé lo que pasa por su cabeza —se excusó él.

—¿A quién me recordará? —bromeó Beca con una sonrisilla socarrona antes de continuar—: Lo único que he logrado sacarla es que Camile se ha ido a pasar las Navidades con sus padres a París. Intuyo que hay algo más que no quiere contarme.

—No te preocupes, lo hará cuando se sienta preparada.

Beca lo miró y alzó una ceja.

—¿Desde cuándo te has puesto en contacto con tu lado femenino?

—Muy graciosa.

Kieran aprovechó el cojín que su hermana le había lanzado y golpeó a Beca con él.



Kilkenny, Irlanda
Jueves, 5 de enero

Kieran y Beca arañaban minutos al reloj para estar juntos. Él, por su trabajo. Ella porque se debía a su amiga Isla, a Nora, a Shawn —con quien nunca habría imaginado que terminaría haciendo tan buenas migas después de un desastroso primer encuentro—, a la familia Donnelly —que tan gratamente la había acogido—, a su hermana Paula —con quien era imposible hablar por teléfono y lo hacía a través de mensajes— y, por supuesto, a sí misma.

Aquel lugar estaba siendo un retiro espiritual en toda regla para Beca. Había podido alejarse del mundo real, de las prisas, el agobio y había conectado de nuevo consigo misma. Hacía tiempo que no era así de egoísta y se mimaba. De hecho, la última vez que lo había sido fue la noche en que todo comenzó con Kieran. Al menos para ella. Sí, porque ella había olvidado su primer encuentro, pero él no. Y desde aquella primera vez en la pastelería, Kieran se había encargado de que el destino los volviera a juntar. Su hermana Isla, complacida por la esmerada decoración de la tarta y su increíble sabor, había decidido contratarla para todas las bodas en las que ella trabajaba como organizadora de eventos.

La vida en el campo —aunque Kilkenny seguía teniendo muchas de las facilidades de la ciudad, incluido el *wifi*— era muy diferente a lo que ella había experimentado en Valladolid, una urbe que, sin llegar a niveles como el de Madrid o Barcelona, contaba con nada menos que trescientos mil habitantes.

Tal vez era el propio castillo en sí y sus parajes los que formaban su propio ecosistema. Un lugar en el que nada malo podía penetrar y en el que sus habitantes disfrutaban de una relación sana y estrecha sin otras discrepancias que las de quién haría el postre de esa noche. En este caso, Beca había ganado por insistencia, pues a cabezota no había quien la ganara y quería devolver a los Donnelly una pequeña porción de todo el cariño con el que la habían acogido en su hogar. Nora le había dejado salirse con la suya y Kieran se había quedado a solas con la repostera para ayudarla en lo que hiciera falta. Aquello incluyó terminar rebozados en harina hasta las cejas cuando Beca trató de limpiarle el rostro y se lo manchó aún más. A partir de ahí, no se supo bien cómo, se vieron envueltos en una encarnizada guerra en la que la cocina salió malparada. Eso sí, el *panettone* con pasas y frutas escarchadas que crearon estuvo para chuparse los dedos. Los Donnelly, Shawn y Nora dieron buena cuenta de ello antes de que los propios artistas pudieran probar un bocado.

—Me temo que no ha quedado ni una migaja. —Nora enseñó la bandeja, divertida—. Os habéis quedado cortos.

—Eso o alguno zampa por dos —acusó Kieran, mirando hacia su primo.

—No puedes culparme. Tú habrías hecho lo mismo. Estaba delicioso.

—Tienes razón —aceptó sin más.

Se quedaron un par de horas de sobremesa comentando lo rica que había estado la cena, cómo avanzaba la pastelería en sus arreglos y los últimos progresos de Kieran en el negocio familiar. Todo iba a pedir de boca.

Eran cerca de las once y la mayoría estimó oportuno retirarse. Había sido un día largo y querían aprovechar al máximo el siguiente, el último en el que estarían todos reunidos antes de tomar sus respectivos vuelos y volver a la rutina diaria.

Kieran acompañó a Isla y Beca por el pasillo. Su hermana se despidió de ellos dándoles las buenas noches y dejándoles algo de intimidad. La joven no era tonta y sabía que compartían dormitorio desde hacía días, a escondidas de todos.

—¿En tu cama o en la mía?[1] —bromeó Kieran, sugerente.

—Esta vez vengo preparada. Esta tarde fui al centro comercial y mira lo que conseguí —dijo desplegando una ristra de condones que hicieron los ojos chiribitas al susodicho. Este se lanzó a sus labios y cerró la puerta de una patada.

—Sabes que no tenías que molestarte. Yo tengo de sobra, pero me pone mucho que te hayas atrevido a comprarlos siquiera. No habrá sido nada fácil.

Sus manos volaron veloces sobre su ropa, soltando con destreza cada botón de su blusa. Caminaron con torpeza hasta la cama y se dejaron caer en ella.

—Eso pensaba yo. Isla me avisó de la señora Byrne y de lo reacia que era vendiendo ciertos productos a jovencitas.

—¿Entonces?

—La pobre murió. Dios la tenga en su gloria.

—Amén —la instó Kieran, antes de ir más allá.

Un golpe en la puerta los interrumpió cuando estaban en lo mejor. Kieran se cayó de la cama haciendo un ruido monumental y, en ese momento, la señora Donnelly apareció.

—¿Estás bien, Beca? He oído ruidos y me he preocupado —dijo Martina, visiblemente asustada.

La repostera, quien no había tenido tiempo de recomponerse, llevaba la camisa medio desabrochada y se tapó como pudo.

—Sí, todo va bien. Gracias, Martina —la tranquilizó, no sin cierta vergüenza.

—Estupendo. Buenas noches, Beca —dijo cerrando la puerta tras de sí hasta que algo vino a su mente y se detuvo—. ¡Ah! Si ves a Kieran, no olvides decirle que su padre quiere hablar con él mañana a primera hora y lo espera en su despacho.

Beca mostró una tímida sonrisa, asintió y esperó a que la anfitriona cerrase la puerta tras ella.

Una vez que el peligro pasó, Kieran asomó por encima de la cama.

—Tu madre es de lo que no hay. ¿Cómo ha podido saber que estabas aquí?

—Tiene un sexto sentido para algunas cosas y también puede que mi camisa y mis zapatos al otro lado de la habitación le hayan dado una pista —señaló lo evidente.

Beca había estado tan centrada en Kieran que había olvidado todo lo demás. Sin embargo, él parecía saber bien lo que hacía y lo que no a cada instante. Estaba segura de que no era la primera vez que hacía algo como eso, dentro o fuera del castillo, pero de ella dependía arruinar el momento o seguir con él y hacerlo único.

Aparcó sus pensamientos, sonrió y se lanzó a sus labios dejando que Kieran la sujetara por la cintura y la arrastrara hasta el suelo, debajo de él. La suave moqueta los envolvió como una cálida manta y se adaptó a sus cuerpos sin problemas.

Rodaron varias veces el uno sobre el otro, desatando su pasión, esquivando los muebles del cuarto y, sobre todo, evitando llamar la atención sobre el resto de habitantes del castillo. Cada vez que uno de los dos o los dos hacían algún ruido, Beca se llevaba el índice a los labios mientras ambos reían por lo bajo. Comenzaban a cogerle gustillo a eso de verse a escondidas. El morbo que daba evitar ser descubiertos juntos era algo que les provocaba mayor excitación si cabe. Se sentían como dos colegiales que se saltan las clases y rompen con todo lo establecido.

Una vez que llegaron al clímax por segunda vez, Kieran tiró la colcha al suelo para cubrir sus cuerpos y evitar que Beca cogiera frío.

—¿Tan pronto te has cansado de mí? —le picó en su hombría.

—Jamás podría cansarme de ti —dijo acercándose a ella y besándola en el nacimiento del cabello. Un cálido rastro de besos y caricias siguió en la frente, la comisura del ojo y tras su oreja —. Es solo que hasta yo necesito un pequeño descanso para reponer fuerzas. ¿Quieres algo de la cocina?

Se levantó y se puso los pantalones.

—Me apetecen una o dos cosas ahora mismo —respondió juguetona—, pero deberíamos descansar un poco. Mañana tienes reunión con tu padre.

—¿En qué momento la Beca traviesa ha dejado paso a la Beca seria y responsable?

—Me gustas demasiado como para acabar contigo esta noche. Tenemos todo el tiempo del mundo. No hay por qué correr.

Kieran asintió y sonrió ufano antes de desaparecer tras la puerta.



Kilkenny, Irlanda
Viernes, 6 de enero

Shawn se había presentado de buena mañana en el castillo y lo había encontrado desierto. No era de extrañar dada la hora, aunque los Donnelly no eran de los que solían pegárseles las sábanas.

Decidió ir a la cocina donde se topó con Nora y la saludó con familiaridad antes de interrogarla.

—¿No habrás visto por casualidad a alguno de mis primos?

—No he salido de aquí desde que me levanté, así que no, no tengo ni idea de por dónde pueden andar, pero ya sabes que esta es como tu casa.

Shawn asintió y le tomó la palabra. Caminó hasta el recibidor y subió las escaleras que daban a los dormitorios. Entró en la habitación de Kieran. La cama estaba impecable y no había rastro de él. Decidió probar en el cuarto de la repostera.

Golpeó un par de veces con los nudillos en la puerta y, al no recibir respuesta, la abrió. Lo que no se imaginaba era que se encontraría a Beca sentada a horcajadas sobre su primo dando rienda suelta a la pasión. Por suerte para esta, estaba de espaldas a la entrada y Shawn no vio más que su lindo trasero.

Kieran tiró una almohada hacia su primo.

—¿Te importa?

—No, claro —dijo divertido, sin moverse un ápice.

—Shawn, por favor —pidió Beca tras cubrirse con las sábanas.

Esta vez Shawn se apiadó de los dos y se dio la vuelta. Beca cogió su ropa y huyó hacia el cuarto de baño.

—¿Se puede saber qué haces aquí? —preguntó Kieran, molesto.

—Creo recordar que habíamos quedado para pasar el día juntos.

—Sí, pero tampoco dijimos que hubiera que madrugar —se excusó mientras se ponía de un salto los pantalones—. ¿Podrías cerrar la puerta?

—¿Por qué? ¿No me digas que te da miedo que descubran lo vuestro?

—¿Olvidas que me declaré en Nochebuena? El castillo al completo lo sabe y no me extrañaría que parte de Kilkenny también.

—Lo dices como si eso te molestara —interpretó Shawn en voz alta—. Si no estás contento con ser hombre de una sola mujer, será mejor que seas sincero con ella ahora. Nos ahorrará futuros dolores de cabeza a todos.

—Estoy bien con Beca, aunque no tanto con los chismorreos que puedan surgir sobre nosotros —espetó malhumorado.

—Pues tendrás que irte acostumbrando, primito. El cotilleo es el deporte nacional por excelencia, aquí y en todas partes.

—Tienes razón, pero sigue sin gustarme un pelo.

—La única manera de afrontarlo es dando una noticia que supere a la anterior. ¿Y qué mejor que dar un paso más en vuestra relación? En poco tiempo, se cansarán de vosotros.

—¿A qué te refieres? —preguntó, temiendo que su primo quisiera hacerle pasar por el altar, algo que ni siquiera Holly había conseguido.

—Creo que es evidente. —Dejó la frase en suspenso durante unos segundos hasta que vio que Kieran necesitaba más pistas—. Iros a vivir juntos.

Su primo soltó el aire que había estado conteniendo.

—¿Qué pensabas que iba a decir? —preguntó justo cuando Beca salía del baño, vestida, aunque con el rostro rojo como la grana.

—¿De qué estabais hablando? Os habéis callado en cuanto he salido —quiso saber mientras se le formaba un nudo en la garganta.

—Le decía a Kieran que no sabe la suerte que tiene de haberte conocido.

—Sí lo sé —aseguró este, abrochándose los últimos botones de su camisa y deslizándose entre Shawn y la puerta para escapar a su dormitorio.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Beca, cruzándose de brazos.

—Te echaba un cable.

—Pues no necesito que lo hagas —le reprochó dolida—. Más bien, parecía que estabas tratando de asustarlo.

—No era esa mi intención.

—Entonces, no te metas. Déjalo estar. Lo que tengamos él y yo solo nos incumbe a nosotros dos. A nadie más.

—Eso no es verdad.

—¿Disculpa?

—También les incumbe a sus padres, al abuelo, a Nora e incluso a mí. —Beca le miró interrogante—. Todos te hemos cogido mucho cariño y no queremos que salgas herida.

—Ya no tengo diecisiete años. Sé lo que puedo y lo que no puedo esperar de él.

—¿Estás segura de eso? —preguntó Shawn antes de marcharse, dejando que rumiase la respuesta.

Un rato más tarde, la familia Donnelly al completo se hallaba reunida desayunando en un comedor con vistas al jardín. Una enorme cristalera permitía que la luz entrara a raudales y no necesitaran encender ninguna bombilla, algo inusual dada la época del año.

El desayuno transcurrió sin incidencias. Tanto Kieran, como Shawn y Beca se mostraron algo nerviosos, pues la conversación que habían tenido instantes antes parecía haber hecho mella en

ellos. En cuanto a Isla, tenía la cabeza en las nubes, pero se debía más a la crisis sentimental por la que estaba atravesando que porque se hubiera enterado de algo. El resto, ignorantes ante lo sucedido, se comportaron como habitualmente.

—¿Qué planes tenemos para esta mañana? —preguntó Isla, tratando de no pensar en Camile.

—Creí que vosotros tendríais alguno.

—Pues ya ves que no es así —alegó Isla, a quien la realidad le golpeó en la cara. Ella era la de los planes y si ella fallaba, el conglomerado se venía abajo—, pero puesto que Beca no puede moverse, podemos quedarnos en casa y tomárnoslo con calma. Ya tendremos tiempo de estresarnos cuando regresemos a la rutina diaria, ¿no crees, Kieran?

Este asintió.

Se apalancaron en uno de los salones, con dos billares y un surtido mueble bar. Pusieron algo de música y alinearon las bolas para empezar la partida.

—¿Qué tal va todo, Shawn? —preguntó Kieran, distraído.

—¿Dices desde hace unos minutos que no nos vemos? —preguntó este divertido antes de que a Beca se le resbalara el taco de la mano y ambos la miraran. Ella se agachó y lo recogió con disimulo. Kieran lanzó a Shawn una mirada desabrida—. Pues no ha habido muchas novedades, la verdad. Trabajo, trabajo y trabajo.

—Eso no suena muy alentador que digamos —puntualizó Isla, que parecía no haberse enterado de lo ocurrido entre esos tres.

—Es algo con lo que disfruto, así que para mí no es trabajar realmente.

—¿Y no tienes *hobbies* o algún amigo con el que salir a tomar unas cervezas? —preguntó antes de picar la bola con su taco.

Shawn fingió meditar la respuesta durante unos segundos.

—No y... no —bromeó con desparpajo.

—¿Por qué no me sorprende? Los Donnelly lleváis en el ADN una extraña adicción al trabajo —añadió Beca, rodeando la mesa para golpear.

—Sí. De hecho, es una de nuestras mejores cualidades además de ser guapos y exitosos —le siguió Kieran, volviendo a su habitual buen humor.

—No te eches tantas flores, primo.

—Habló el que no le he visto salir con la misma chica dos veces.

—Sí, es verdad, pero aquí me conoce todo el mundo y estoy harto de salir con una chica y pensar si le gustaré por mí o por mi dinero.

—Tal vez deberías ampliar el coto de caza. Entre mi hermano y tú habéis salido con media Irlanda —se burló Isla, pero a Kieran no le hizo ninguna gracia. Miró con intensidad a su hermana y esta tragó saliva antes de cambiar de tema—. ¿Por qué no dejas que te presente a alguien?

—¿Lo dices en serio?

Isla asintió.

—¿Y por qué no?

—Creí que tenía mala fama.

—Y así es, pero confío en que estos días te hayan hecho reflexionar y cambies tu actitud.

—Sí, mamá —bromeó Shawn.

—Hablo en serio —dijo Isla, antes de embocar la bola 8 y ganar la partida. Dejó el palo sobre la mesa y se dirigió al mueble bar, donde se preparó un vaso con *whisky*.

Todos la observaron sorprendidos y compartieron miradas sabiendo que esa era la señal inequívoca de que algo malo le sucedía. Isla no era de las que solía beber y menos de buena mañana.

—De acueeerdo —alargó Shawn la palabra, tratando de quitarle hierro al asunto—. Y, por curiosidad, ¿tienes a alguien en mente?

—Sí, pero no sé si es buena idea que te diga de quién se trata antes de consultarlo con ella —aseguró mientras se desplomaba sobre el sofá.

—Vamos, hermanita. No seas cruel —dijo Kieran, quitándole el vaso y dándole un buen lingotazo. Isla arrugó el ceño, pero desistió de levantarse de nuevo.

—¿La conozco yo? —quiso saber Beca, curiosa.

Isla la miró cómplice y Beca lo supo al instante. Ambas compartieron una sonrisa.

—No te preocupes, Shawn. Isla tiene muy buen ojo para esas cosas. Te lo aseguro —le tranquilizó sabiendo que, en parte, su amiga había tenido algo que ver con que Kieran y ella terminaran juntos.

—¿Tú crees? Como tenga el mismo gusto en chicas que en canciones… —dijo señalando al aire mientras todos podían escuchar *My Universe* interpretada por Coldplay y BTS.

Isla sabía que era broma, pero aun así fingió ofenderse. Beca y Kieran se rieron, divertidos. Una vez calmados los ánimos, Kieran se dirigió hacia el minibar, echó un par de dedos de *whisky* a cada vaso y los repartió. Entonces levantó su mano e hizo un brindis.

—Por mi hermanita, toda una Celestina; por mi primo, que puede parecer tan duro como una roca, pero que en realidad es un trozo de pan, y, por Beca, que siempre consigue que tenga las manos en remojo.

Sonrientes, alzaron las copas y las chocaron entre sí.

—Salud.



Valladolid

Sábado, 7 de enero

Cuando llegaron al aeropuerto y pusieron pie en tierra, notaron el gélido aire que corría y el níveo pavimento, cubierto de sal, por el que anduvieron con cuidado para no caerse. Sobre todo Beca, quien con la muleta era un peligro andante.

Sin embargo, fue al adentrarse en las calles de la ciudad cuando se encontraron con un paisaje que evocaba la estepa siberiana, debido al característico blanco que inundaba cada quiosco, cada marquesina y cada banco.

Era como si Kieran, Isla y Beca se hubieran traído consigo el frío invernal de Irlanda a Valladolid. Los tres se resguardaron bajo el cuello de sus abrigos mientras esperaban los Uber que habían pedido.

El de Isla llegó antes y se despidió de su hermano y su amiga con un par de besos antes de poner rumbo a Parquesol. A Beca le supo fatal verla marcharse así. Había querido hablar con ella durante las Navidades, pero esta siempre encontraba una excusa para escaquearse cada vez que se quedaban a solas.

El transporte de ellos llegó poco después y los dejó en el piso de Beca. Esta se sorprendió cuando Kieran la siguió con su propia maleta y cerró tras él la puerta.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó extrañada mientras este apoyaba la muleta en la pared.

—Aprovechar el tiempo —dijo juguetón mientras se deshacía del abrigo y la chaqueta en un mismo movimiento. A estos le siguieron después los zapatos y la corbata.

Beca se echó a reír ante su espontaneidad. Lo observó con deleite mientras este se acercaba a ella con sigilo, como si temiera espantarla.

La estrechó entre sus brazos y lo primero que Beca pudo notar fue un gran recibimiento en su entrepierna, que la hizo sonreír. Sus manos fueron directas a su pecho desnudo y su boca a sus carnosos labios. El que ella estuviera completamente vestida y él con solo un par de pantalones la excitó sobremanera.

En cuestión de segundos, Kieran había logrado desnudarla y llevarla en volandas a la cama. Una vez allí, no tardaron en hacerse un amasijo de brazos y piernas dejando que sus cuerpos hablaran por sí mismos, caldeando el ambiente.

—No es que tenga queja, pero ¿a qué te referías antes con eso de aprovechar el tiempo? —preguntó Beca, tumbada sobre su pecho, apreciando cada rasgo de su rostro.

—Me temo que estas Navidades mi trabajo se ha visto resentido y, muy a mi pesar, tengo que ponerme al día.

—¿Estas Navidades? —repitió Beca irguiéndose lo suficiente para sentarse en la cama—. ¿Es que nunca te tomas un descanso?

—Soy el hijo del jefe. Ese es un lujo que no puedo permitirme.

—¿Y de cuánto tiempo estamos hablando?

—Esto no es uno de tus pasteles, Beca. No puedo decirte una fecha exacta cuando ni yo mismo lo sé.

—Está bien, lo entiendo, pero ¿al menos nos veremos los fines de semana?

—Beca, no puedo hacerte promesas que no sé si voy a poder cumplir —dijo tomándola de las manos—, pero quiero que sepas que me gustas y haré lo imposible para que podamos estar juntos.

Beca asintió. Había dejado atrás un año en el que había descubierto que estaba enamorada del que creía su peor enemigo sin imaginarse siquiera que su afecto fuera recíproco. Ahora que aquel espejismo se había convertido en una realidad, no se había parado a pensar más allá de Kilkenny. Había pasado por tanto que había decidido que durante su estancia en Irlanda no se dejaría arrastrar por malos pensamientos y simplemente disfrutó de esos días al máximo.

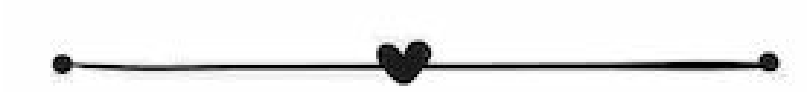
Ahora que había vuelto a su rutina, debía plantearse todo lo que suponía su idilio con Kieran. Debía apostar por esa relación. Él acababa de decirle que le gustaba, algo que ni de lejos se comparaba con su declaración en Nochebuena, pero que significaba un paso en la buena dirección. Tampoco olvidaba los días que había pasado junto a él y cómo la había hecho sentir.

—Eso es suficiente para mí. Sé que cargas con mucho peso sobre tus hombros y lo que menos quiero es ser otro bulto más.

—Te aseguro que no lo eres —pronunció Kieran, sin apartar la vista de ella.

Beca sonrió como la tonta enamorada que era y, entonces, relajó su boca un instante.

—Bien, señor Donnelly. Aclarado este punto, ¿por dónde íbamos? —preguntó tirando de las trabillas de su pantalón y reduciendo la distancia entre ellos. Beca miró sus labios, luego a él y, antes de que pudiera seguir, Kieran se arrojó a su boca, desesperado, como un náufrago a un salvavidas.



Comieron en la cama y después vieron un rato la tele, acurrucados entre las sábanas. Kieran miró un par de veces el reloj y, cuando dieron las cinco, se levantó muy a su pesar, se vistió y se despidió de Beca con un beso.

Una vez que la puerta se cerró, ella se revolvió el pelo, se dejó caer de espaldas sobre la cama y suspiró. «Lo bueno se acaba pronto», pensó alicaída.

Después de meditar un rato, dio una palmada al colchón y, decidida, se incorporó. Deshizo la

maleta, puso un par de lavadoras y ordenó un poco el piso al ritmo de Beret, Reik y Nil Moliner. Cuando acabó, buscó el móvil, dispuesta a hablar de una vez por todas con Isla.

Había retrasado demasiado aquella conversación. Era verdad que, al principio, había querido respetar los deseos de su amiga de no mencionar el tema, pero su progresivo deterioro emocional en el castillo la había hecho darse cuenta de que no era una simple tontería que terminaría pasando. Se trataba de algo más serio, sin duda.

Alcanzó el bolso en el mismo momento en que este vibraba. Sacó el teléfono antes de que la llamada se cortase y descubrió, con una sonrisa en el rostro, que se trataba de su hermana.

—Hola, Paula. ¡Qué alegría oírte! Tengo tantas cosas que contarte.

—Eso es bueno. Me gusta escucharte así.

—¿Así cómo?

—Feliz. Hace tiempo que llevabas el cartel de « frustrada profesional » .

Las risas de Beca no tardaron en oírse.

—Y, según tú, ¿ahora qué cartel llevo?

—Pues, déjame pensar. Ahora suenas mucho a «soy feliz» con sutiles matices de «puede que me esté acostando con alguien».

—De puede nada. Seguro al cien por cien —le aseguró Beca, entre risas.

—Ya era hora de que echaras una canita al aire para descargar toda esa tensión que tenías acumulada —reconoció su hermana, no sin cierto alivio—. Ahora por fin podrás pasar página del innombrable y seguir adelante.

Por sus palabras, Beca intuyó dos cosas: una, que Paula no sospechaba que su relación sexual hubiera pasado a mayores y, dos, que Kieran fuera el implicado.

—En eso estoy de acuerdo contigo, me ha venido de perlas. Y, en cuanto a la canita, podría decirse que es algo más —dijo con tiento.

La repostera se había prometido a sí misma mantener lo de Kieran en secreto durante un tiempo, pero su hermana era su mejor amiga y a ella no podía ocultarle nada, por lo que se decidió a contárselo, aunque poco a poco para evitar que le diera un síncope por teléfono.

—Eso sí que no me lo esperaba, pero si te hace feliz eso es lo que cuenta. Y si encima das en los morros al imbécil, mejor que mejor.

—¿A quién? ¿A Fer?

—No, hombre, no. A Kieran. Es de los que ni come ni deja comer.

—¿Qué quieres decir con eso?

—A que después de que os liarais fue incapaz de pedirte salir, pero no hacía otra cosa que espantarte a todos los tíos que se te acercaban.

—Y tú, ¿cómo sabes que los espantaba? Y, lo más importante, ¿quién te ha contado que nos

liamos? Porque yo no dije nada a nadie —le interrogó como una buena detective.

—En eso te equivocas, enana. Tú misma me lo contaste esa noche cuando hablamos por teléfono. Puede que no te acuerdes porque llevabas un pedal[2]…

Beca se puso roja como la grana y agradeció que su hermana no la viera habitualmente así.

—No es él, ¿verdad? Ni siquiera tú serías tan tonta de tropezar dos veces con la misma piedra —le recriminó Paula, que no podía evitar preocuparse por su hermana a pesar de que esta tuviera edad para cometer sus propios errores y aprender de ellos.

—¡Eh, no! No es él. No lo conoces —dijo Beca, avergonzada ante sus reproches. Y, en cierta manera, no mentía. Kieran había cambiado mucho desde la última vez que Beca le hizo a su hermana una descripción pormenorizada de todos sus defectos.

—¿Es alguien de Irlanda? No me digas que has tenido que irte tan lejos para conocer a alguien.

—Sí y no —vaciló Beca, que ya comenzaba a arrepentirse de haber querido decírselo.

—¿Qué significa eso?

—Lleva mucho tiempo viviendo en España, solo que lo conocí en Navidades porque se reunió en esas fechas con sus parientes.

—Un hombre de familia. Eso suena bien. ¿No estará casado?

—¿A qué viene eso? —preguntó Beca, enfurruñada.

—Teniendo en cuenta la suerte que tuviste con el último, es mejor que te informes al detalle del siguiente —le advirtió su hermana.

—Ja, ja. ¡Qué chispa tienes!

—Se trata de ser práctica. Te ahorrará muchos dolores de cabeza en el futuro.

—¿Y cómo pretendes que conozca a alguien así? ¿Pidiéndole la documentación como si fuera un guardia civil?

—Bien mirado... —bromeó su hermana haciendo que ambas estallaran en risas.

Una vez que las dos se calmaron, Beca aprovechó para sacar un tema delicado.

—Paula, bromas aparte, quería comentarte algo.

—¡Uy! Qué seria te has puesto —dijo su hermana, temiendo lo peor.

—El tema lo merece. Verás... —Tragó saliva pensando la mejor manera de planteárselo—. Ya sabes que hace años que me arrepiento de haber abandonado a papá y a mamá como lo hice. Actué mal y, seamos sinceras, ahora que ya no estoy con Fer, no veo porque no puedo arreglar las cosas con ellos. Estas Navidades en Irlanda me han hecho reflexionar y no quiero arrepentirme el día menos pensado.

El silencio en la línea se hizo de rogar. O, más bien, Paula. Había escuchado lo que Beca le había dicho y solo había encontrado un fallo en su lógica.

—¿Me estás diciendo que el único motivo por el que te has decidido a ver a nuestros padres es porque ya no estás con Fer? —espetó molesta la bailarina.

—No tergiverses lo que he dicho. Sabes que llevo tiempo queriendo hacerlo, solo que no me he atrevido a dar el paso por miedo.

—¿Y qué te impulsa ahora?

—Los Donnelly me han hecho darme cuenta de lo que me he perdido todos estos años. He sido una estúpida.

—¡Vaya, Beca! Por fin estamos de acuerdo en algo —bromeó su hermana.

—Tan encantadora como siempre, Paula —dijo esbozando una sonrisa, palpable al otro lado de la línea—. Es más, sé que están en todo su derecho si no quisieran verme, pero...

—¿Quieres que yo interceda por ti?

—De hecho, sí. Espero que no te incomode.

—Para nada. Deseaba que este día llegara, pero me temo que tendrás que esperar. No estaré allí hasta dentro de un par de semanas. Un mes, a lo sumo.

—¿Tanto? —se quejó Beca, de forma lastimera.

—Sí. La representación ha recibido tan buenas críticas que hemos prorrogado la gira —se excusó Paula—. Además, piensa que, si has estado seis años sin verlos, porque esperes un poco más no va a pasar nada.

—Me alegro mucho por ti, son buenas noticias —aceptó de buen grado—. Es justo. Esperaré lo que haga falta.

—Estupendo. Así podremos organizarlo con tiempo.

Beca: Hola Isla. Tenemos que hablar.

Tras despedirse de su hermana, fue directa a la agenda del móvil y le envió un mensaje a Isla.

Isla: Bien, pero hoy imposible. ¿Te viene bien mañana por la tarde?

Beca: Estupendo. Nos vemos.



Valladolid
Lunes, 9 de enero

Tras saludarse con dos besos y sentarse en una terraza, Isla inició la conversación.

—¿A qué venían tantas prisas? ¿No me digas que ha ocurrido algo con Kieran? —preguntó preocupada.

—No, no es nada de eso.

—¿Entonces?

—Se trata de ti. Sé que con esto de Kieran no he estado tan pendiente de ti como debería —se disculpó avergonzada.

—No me digas que te sientes culpable porque no estamos a cada rato juntas —se rio Isla.

—En parte es eso y en parte he notado que has estado un poco depre en Navidad. De hecho, creo que todos se han dado cuenta. Y, aunque ya lo sabes, solo quería decirte que, si necesitas hablar de ello, estoy aquí.

—Sí, lo sé, Beca, y te lo agradezco, pero más que un ofrecimiento parece que me has acorralado en toda regla.

—Hombre, visto así... —dijo Beca, abochornada.

—Te aseguro que no me pasa nada. Son imaginaciones tuyas —le aseguró sujetándole la mano.

Beca se sintió un poco desubicada. Era ella la que tenía que estarle dando ánimos y apoyándola, no al revés.

—Me dijiste que Camile se había ido a casa de sus padres en Navidades.

—Claro, como en cada festividad —dijo escueta—, pero eso no significa que las cosas entre nosotras vayan mal.

—¿Y el día que vimos una película con Kier y te fuiste de sopetón? ¿O la mañana de billar en que te tomaste un vaso de *whisky*?

—No soporto a nadie cuando está en plan parejitas y aún menos si ese alguien es mi hermano. Y, en cuanto a esa mañana, creo recordar que no fui la única que bebió —explicó cada uno de sus reproches.

—Está bien, lo pillo. Estás genial. —Beca aceptó su negativa a regañadientes—. Pero si cambias de opinión, estoy a una llamada. Sea lo que sea, jamás te juzgaré. ¿Cómo podría?

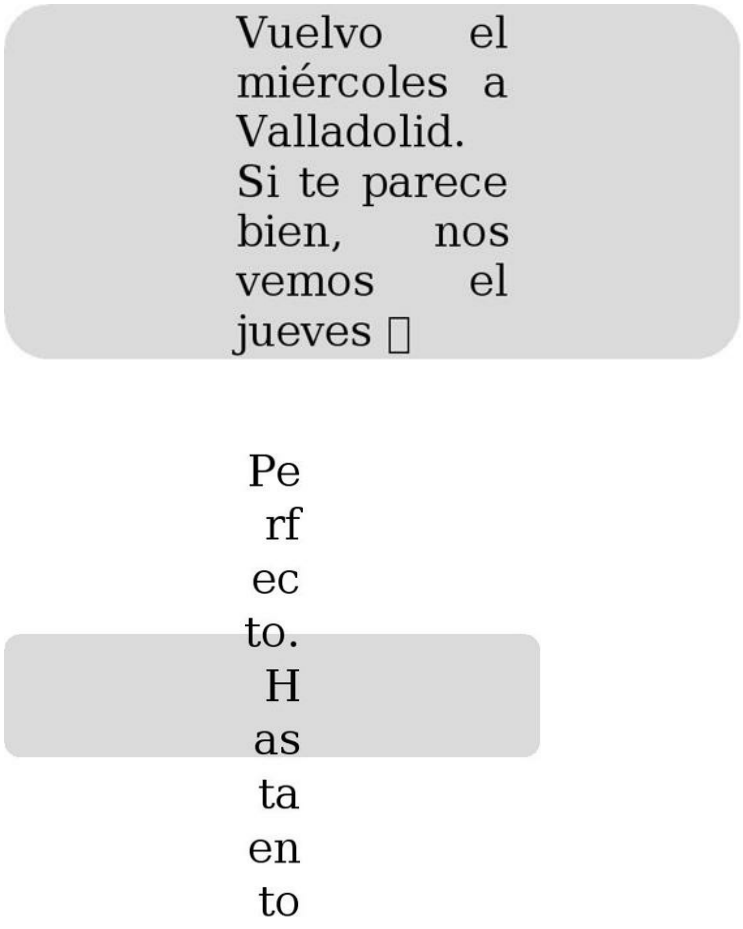
La repostera sabía que debía respetar la decisión de Isla si esta no quería hablar, pero era su amiga y no podía quedarse de brazos cruzados. Ella la había escuchado quejarse, cientos de veces, sobre la inexistente vida de pareja con Fer cuando todavía salían. Tal vez era eso. Que Isla había estado ahí siempre que la había necesitado y ahora ella no podía corresponderla de igual forma lo que le hacía sentirse una estafa como amiga.

—Si no te importa, me marcho a casa. He tenido un día muy ajetreado y necesito descansar —dijo tomando el bolso y poniéndose en pie.

Beca no se esperaba aquel corte de mangas y tardó unos segundos en reaccionar y levantarse. Se acercó a ella para despedirse con dos besos, como hacían habitualmente, solo que Isla se apartó y echó a andar con un escueto *Hasta luego*. Ese gesto terminó por confirmar a todas luces que su amiga no estaba bien. Ella era pura bondad, siempre preocupándose por todos y, en ese momento, había mostrado un temperamento reservado y huraño. La repostera decidió tomar cartas en el asunto y hacer lo que ya llevaba rondando un rato por su cabecita.

«Está bien. Una cosa es que respete que tú no quieras contármelo, y otra bien distinta es que deje que tires tu felicidad por el retrete. Estoy segura de que ya me lo agradecerás más tarde», pensó Beca para sí.

Sacó el móvil, del que se había hecho inseparable en los últimos días, y envió un WhatsApp. La respuesta no tardó en hacerse esperar.





Dublín, Irlanda
Martes, 10 de enero

Las negociaciones con cierta cadena hotelera estaban siendo interminables, pero si todo salía como estaba previsto, Kieran conseguiría cerrar un acuerdo multimillonario para edificar un gigantesco *resort* en la mismísima costa de Clarecastle, que emplearía a medio centenar de lugareños. Donnelly & Sons Ltd. era una empresa familiar que se encargaba de revitalizar las zonas más despobladas y castigadas por las altas tasas de paro.

La reunión de esa mañana parecía haberle acercado un paso más a su objetivo. Kieran se mostraba satisfecho y una amplia sonrisa despuntaba en su rostro. A Cara le sorprendió ver la repentina transformación que se había producido en él. Lo conocía desde hacía años y no era un hombre que dejara translucir un ápice lo que sentía por dentro. Se preguntaba qué le habría ocurrido para que se produjera dicho cambio.

Caminó hacia Donnelly y, aprovechando que su mirada estaba perdida en unos documentos, se chocó con él de manera premeditada.

—Buenos días, Kieran —le saludó alzando la vista de sus labios a sus ojos, conocedora de que solo unos centímetros los separaban.

El ejecutivo se puso ciertamente nervioso. Hacía tiempo que no trataba de tú a tú con Cara y, aun menos, a esa distancia. Observó su melena, corta y rubia, sus ojos azul oscuro. Tan diferente a Beca.

Cara fue la primera de su larga lista de conquistas. Ostentaba el cargo de asesora de cuentas y, al igual que en la oficina, fuera de ella se mostraba como una mujer fría y calculadora que anhelaba lo que no podía tener. Así era como la había conocido. Mientras salía con Holly.

En realidad, Kieran nunca había llegado a serle infiel. La misma semana en que su prometida decidió poner fin a la relación, su compañera de trabajo se lanzó a sus brazos y él vio la oportunidad. Juntos disfrutaron de dos meses de encuentros tórridos y secretos hasta que, un día cualquiera, Kieran sugirió ir a su propio apartamento, cansado de habitaciones de hotel, y Cara interpuso su mano entre ambos. Su cara de póker fue suficiente para saber que todo entre ellos había terminado. Así era todo con ella. Siempre.

No le llevó mucho descubrir su *modus operandi*. Le gustaba frecuentar hombres comprometidos y casados con los que no tenía ningún futuro. Entendía la lógica que le llevaba a actuar así. Ambas partes tenían claro que solo se trataba de pasar un buen rato y ninguno tenía que escuchar los problemas del otro. Era sencillo y liberador.

—¿Qué es lo que quieres, Cara? —le preguntó sin medias tintas.

Cara se apartó y vio que había algo en el suelo. El choque entre los dos había hecho que la

cartera de Kieran se le cayera del bolsillo, pero no fue hasta pasados unos segundos que este fue consciente de ello. La tentación hecha mujer se agachó y cogió con avidez el billetero, del que sobresalía una foto y un par de tarjetas. Se fijó en la imagen y observó la tierna escena. Eran Kieran y Beca abrazados. Se había tomado en Nochebuena, cuando ambos llevaban jerséis tematizados en consonancia con las fechas en que estaban.

Frunció el ceño por un instante, empujó la foto dentro de la cartera y se la entregó a su dueño.

—No deberías ir corriendo a todas partes —le sugirió sin desviar la vista de él—. El día menos pensado podrías perder algo importante.

—Gracias —dijo Kieran, algo más relajado.

—Puede que en otra ocasión sea yo la que necesite tu ayuda.

—Claro —acertó a decir, sin estar muy seguro de a qué se refería su compañera. En ese momento, su teléfono sonó y aquella extraña escena quedó relegada a un segundo plano.



Valladolid
Jueves, 12 de enero

Beca solo tuvo que andar un par de calles para llegar al piso de Camile. Esta vivía de forma muy sencilla, por lo que no podía permitirse ir a cafeterías y en sus planes tampoco entraba que la invitasen si ella no podía corresponder de la misma manera.

—¿Qué tal las Navidades en París? Debe de ser alucinante. Siempre he soñado con viajar allí algún día, pero nunca tengo tiempo por culpa del trabajo —le preguntó una vez que la francesa la llevó hasta la pequeña habitación que hacía las veces de salón, cuarto de plancha y sala de estudio. Camile compartía piso con otras dos chicas, que estudiaban en la universidad y trabajaban a tiempo parcial para pagarse los gastos, como hacía ella.

La hizo sentarse y le sacó un café y un plato de *macarons*. Beca tomó uno y lo mordió. No le faltó mucho más para descubrir que eran caseros. Probablemente su madre se los habría hecho con mucho mimo antes de regresar a España.

—Te agradezco el interés, Beca, pero ve al grano. Ando muy liada —dijo Camile, sin rodeos. La repostera se atragantó con la pasta, tosió un par de veces y, finalmente, dio un sorbo al café para que los restos pasaran mejor. Estaba visto que, si Isla no andaba de buen humor, su pareja le andaba a la zaga—. Disculpa, no quise ser tan grosera, pero tu mensaje me pilló por sorpresa. ¿Le ha pasado algo a Isla?

Una alarma empezó a sonar en la cabeza de Beca.

—¿Cómo que si le ha pasado algo? ¿Hace cuánto que no hablas con ella?

Esta vez fue Camile quien pasó un mal rato, pero no por un *macaron*.

—Desde Navidades. Bueno, en realidad, desde el día en que me marché —respondió cabizbaja.

Camile solía pasar los fines de semana en casa de Isla, pero, por sus palabras, Beca estaba segura de que su última noche juntas no había sido lo que se dice romántica. De ahí el abatimiento de su amiga y que no quisiera hablar del tema.

—¡Pero de eso hace más de quince días!

—Veintitrés días y veinte horas para ser exactos.

Eso le indicó a Beca que, a pesar de lo que hubiera ocurrido entre ellas, Camile la quería y la tenía en su pensamiento. Si sucedía lo mismo con Isla, algo que no dudaba, sabía que existía la posibilidad de que lo arreglaran. Después de todo, no llevaban ni un año saliendo juntas y aún estaban en la fase inicial de enamoramiento, tal y como la pasaba a ella con Kieran. Movió la cabeza para que sus pensamientos no fueran por otros derroteros y fijó su atención en Camile.

—¿Puedo preguntarte qué es lo que pasó entre vosotras? Isla ha estado muy poco

comunicativa durante las últimas semanas.

—Llevo tiempo queriendo que conozca a mis padres, pero siempre que saco el tema se cierra en banda y es imposible hablar con ella.

—¿Y ese es el problema? —preguntó Beca, sin entender bien.

—Ya sé que llevamos poco tiempo saliendo, pero yo siempre he sido muy abierta sobre mi sexualidad y no le escondo nada a mi familia. De hecho, todo parecía ir bien entre Isla y yo, mejor que bien, diría, pero fue mencionar esto y todo se fue al traste.

—Yo pensé que los padres de Isla lo sabían —titubeó la repostera.

—Y yo también, pero no he parado de darle vueltas y es la única razón de peso que encuentro para que Isla no quiera que conozca a sus padres.

—Pero ella te quiere. No para de decirlo a todo aquel con el que se cruza.

—Lo sé. Y tal vez por eso todo esto sea más duro.

—Pero ¿tienes pruebas de que sus padres no lo sepan? —Beca intentó jugar una última baza.

—¿Las tienes tú de que sí? —le replicó Camile a su vez. La repostera calló—. Beca, a mi modo de ver, ya está todo hablado. La pelota está en su campo. De ella depende que lo nuestro tenga futuro.

—Todavía sigo sin creerme que hayáis roto.

—Es difícil de asimilar. Yo he necesitado toda una semana para hacerlo —dijo con una calma solo aparente.

—Será mejor que me vaya —anunció Beca, al ver que la conversación había llegado a su fin. Camile la acompañó hasta la salida—. Me ha gustado verte. Sea como sea, espero que nos sigamos viendo.

—Sí, claro —aceptó ella, sorprendida.

La repostera salió por la puerta, pero antes de que Camile tuviera oportunidad de cerrar, esta se giró hacia ella.

—¿Puedo pedirte un favor? —La joven asintió—. No le digas a Isla que hemos hablado. Ella… no lo entendería.

—Tranquila. Sé que solo quieres lo mejor para ella y yo jamás haría nada que pudiera herirla.

Beca se marchó, dejando a Camile con más dudas de las que tenía en Navidades, cuando se marchó a casa, y con una terrible sensación de desasosiego por dentro.



Valladolid
Sábado, 14 de enero

¿Qué tal tu pie, cielo? —preguntó Kieran, nada más entrar en el piso de Beca.

Le entregó la rosa que llevaba consigo y le robó un beso, arrebatándole el aliento. Ella tuvo que ponerle una mano en el pecho para alejarlo y poder respirar. Sus labios se curvaron en una sonrisa.

—Yo también te he echado de menos —respondió ella, con guasa—. En cuanto al pie, progresa adecuadamente.

Beca olió la flor sin apartar la mirada de él. Kieran se quitó la chaqueta y la colgó de una silla.

—No puedo creer lo que voy a decir, pero voy a apagar ahora mismo el móvil y no pienso encenderlo hasta el domingo por la noche —declaró, acercándose a su cuello de forma peligrosa.

Beca se apartó de él lo suficiente para resistir la tentación. Kieran era muy fogoso y el sexo con él era... mmm, pero, si quería llegar a algo más con él, debía empezar por evitar que todas sus conversaciones terminaran en el mismo sitio: la cama. Incluso en Irlanda habían hecho otras cosas además de sudar juntos como ir de picnic, ver películas o viajar en carretera.

—¿Quizá he escuchado mal? Tú, el señor No-me-tomo-días-libres-en-el-trabajo-porque-cada-minuto-es-vital-para-el-proyecto-en-el-que-estoy-ahora, ¿vas a apagar el móvil?

—Todo es culpa tuya. Tienes la habilidad de volverme loco con tu sola presencia. —Sus caricias y su voz ronca hicieron que las buenas intenciones de Beca se frustraran por completo.

—¿En serio? Demuéstralo.

Dicho y hecho, Kieran la sujetó en volandas y la llevó hasta el dormitorio, a pesar de los pataleos de Beca. Cerró la puerta de un puntapié y la dejó caer sobre la cama mientras la desnudaba con avidez. Ella comenzó a reír sutilmente hasta que terminó estallando en carcajadas.

—¿Puedo saber de qué te ríes? —preguntó curioso.

—De nada —dijo ella, tratando de aguantar la risa.

Kieran retomó sus caricias donde las había dejado, posando suavemente las yemas de los dedos sobre su piel desnuda y marcando un sendero de caricias que le provocó un dulce hormigueo. Beca no tardó en volver a reírse y se llevó la mano a la boca.

—Y ahora ¿qué?

—De verdad. No es nada.

Kieran se apartó de ella y se sentó sobre la cama. La miró y esperó a que ella se incorporara también.

—No me voy a mover de aquí hasta que me lo cuentes.

—Es una tontería, créeme —aseguró tirando de su camisa hacia ella.

—Me ha picado la curiosidad y quiero saberlo. Necesito saberlo.

—Buff. ¡Qué testarudo! Está bien. Ya te he dicho que era una bobada, luego no digas...

—No me quejaré. Adelante —prometió, alzando las palmas de sus manos.

—Tengo cosquillas —confesó Beca.

—Sigue.

—No hay nada más.

—No lo entiendo. Todo el mundo tiene cosquillas.

—Tal vez sí, pero yo suelo tener más que el resto. A veces es un problema. Como ahora.

—¿Lo dices en serio?

Beca asintió.

—Y, ¿por qué no lo he descubierto antes?

—No sé si te has dado cuenta, pero tú y yo antes no éramos lo que se dice demasiado íntimos. Kieran se quedó pensativo, pero no dijo nada—. No te quedes callado. Di algo.

—¿Qué quieres que te diga?

—No sé. Que no te parece raro.

—No me lo parece —dijo con una sonrisa lobuna, mientras se aproximaba a ella, dispuesto a devorarla.

A diferencia de Kilkenny, donde se arriesgaban a ser descubiertos, en Valladolid disponían de intimidad y podían tomarse todo el tiempo que quisieran sin el apremio de que alguien estuviera esperándolos o buscándolos.

Tras desenrollar el preservativo y ponérselo, Kieran la envolvió con su cuerpo. Rodaron alrededor de la cama mientras se tomaba su tiempo en acariciar, pellizcar y lamer cada centímetro de Beca. Sus caricias y mimos la hacían sentirse a salvo, protegida y algo más. Su rastro de besos le erizó la piel y Kieran frenó por un instante.

No solo la miró, sino que se detuvo en cada uno de sus rasgos, como quien contempla una escultura de cerca y descubre los finos trazos del artista en la veta. Recorrió con el índice la ondulada línea de sus cejas. Beca cerró los párpados al adivinar su siguiente paso y Kieran continuó de forma tenue por la curvatura de sus ojos y de estos a su perfilada nariz. Su respiración se había acelerado. Podía notarlo en su tembloroso cuerpo y en cómo se mordía el labio. Sus dedos separaron su boca y juguetearon con esta al punto de necesitarle con urgencia en su interior. Beca extendió sus brazos hacia Kieran y este los sujetó por encima de su cabeza, excitándola aún más.

Beca notó su aliento en la cara y abrió los ojos. Kieran permanecía muy quieto. Mantuvieron un duelo de miradas como aquella vez en la ribera del río. Ella sintió vértigo ante el torbellino de sentimientos que la inundaba y, por primera vez, se dio cuenta de que sería capaz de cualquier cosa por él y eso le dio miedo. Él no podía ocultar la llama de deseo que brillaba en sus ojos y,

entonces, rompió el silencio entre los dos.

—No te haces idea de cuántas noches te he imaginado así en mi cabeza. En mi cama —dijo, acariciando el cabello que enmarcaba su rostro.

—¿Y estoy a la altura de tus expectativas? —preguntó Beca, nerviosa.

—Mucho más —dijo antes de penetrarla sin previo aviso y hacer que ella diera un respingo.

Se sumergió en su boca y, con delicadeza, la irguió y la apoyó contra el cabecero. Beca veía en pequeños detalles como ese un amor sin fin y todos sus temores desaparecieron de golpe. No necesitaba que Kieran hablase. Sus actos lo hacían por él.

Disfrutaron de cada minuto juntos, sin prisas, sin obligaciones. Solo ellos dos. Eran lo único que importaba en ese momento. Lo único que existía para el otro en su pequeña burbuja. Nada excepto ellos dos.

Kieran no tardó en llegar a la cima sin apartar la mirada del rostro de Beca, a quien sostenía contra sus caderas. Incluso así, con el cabello alborotado y el rostro perlado de sudor, le hacía perder la cabeza. La había visto de todas las maneras humanamente posibles —al natural y en vaqueros, como era habitual en ella; en bikini, haciendo que subiera la temperatura de más de uno en la piscina, y vestida para matar como aquella Nochevieja en la que no había podido resistir la tentación—, pero ninguna mostraba más su belleza y su fragilidad que en ese instante.

Si Beca era una musa para Kieran, Kieran se había convertido en un dios para Beca. Uno al que adorar y amar sobre todas las cosas. En poco tiempo, su visión de él había cambiado y lo veía como Eurídice a Orfeo. Sus dedos habían conseguido sacar de ella los acordes más melodiosos y vibrantes que cualquier lira hubiera emitido.

Poco después, Beca sintió una fuerte oleada de placer. La mano que había estado acariciando el torso de Kieran se detuvo de inmediato mientras su cuerpo se arqueaba y se dejaba llevar.

Ambos se quedaron dormidos durante un rato y, cuando abrieron los ojos, descubrieron con asombro que ya había oscurecido.

—¿Qué hora es? —preguntó Beca, rodando hasta él con el pelo enmarañado.

Incluso así, Kieran la encontraba la mujer más bella del universo. Una parte de él se activó por inercia y trató de relajarse para hacer que disminuyera la hinchazón.

—No lo sé, pero ¿acaso importa? Si no tuviera que comer o trabajar, me quedaría así contigo para siempre —confesó mirándola de hito en hito.

Beca se llevó las manos a la cara borracha de felicidad. Kieran se las apartó y le besó en la nariz. Solo él podía hacer que un gesto tan inocente como ese la volviera loca. Acababan de hacerlo dos veces y a ella no le hubiera importado un tercer asalto sino hubiera sido porque las tripas le rugían.

—La cena debe estar fría —pensó Beca, en voz alta.

—La calentaremos.

—Y tú en eso eres un experto, ¿no?

Esta vez fue él el sorprendido por el ingenio de ella y trató de hacerle cosquillas, pero Beca fue más rápida y se apartó a tiempo. Se puso en pie y se plantó la camiseta del pijama dejando al descubierto sus nalgas. La mirada de Kieran se había quedado fija en ellas.

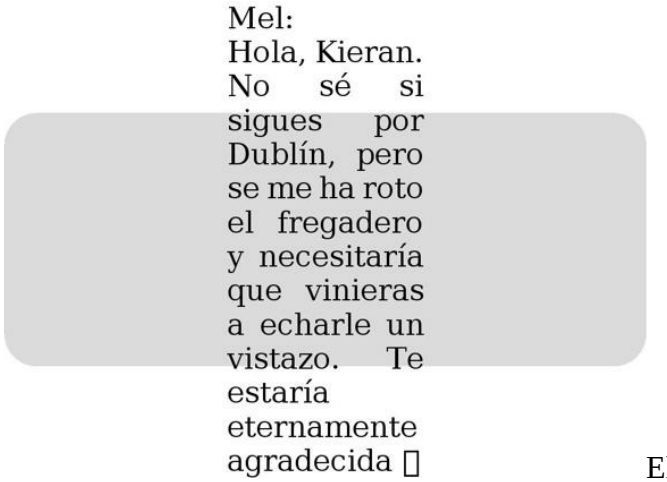
—Deja de mirarme el culo —se quejó con guasa.

—Cúbrete con algo si no quieres que lo haga —dijo tirándole los pantalones a la cabeza y dándose la vuelta para cubrir su henchido miembro.

Beca se metió en el baño y cerró con llave. Metió la nariz por debajo de la camiseta y percibió el olor a sexo que ya le era tan familiar desde Navidades. Se echó a reír al recordar cómo el sudor y los fluidos de Kieran, en lugar de asquearle, le excitaban aún más si cabe. La felicidad la embargaba. Hacía mucho que no se sentía así. No, al menos, durante tanto tiempo.

La repostera se duchó y se dirigió a la cocina antes de que Kieran la interceptara de nuevo. Sabía que, si la detenía, sería incapaz de resistirse. Por su parte, el irlandés buscó su ropa y se dirigió al baño.

En cuanto Beca estuvo sola de nuevo recordó que debía usar la muleta si quería recuperarse lo antes posible. No sabía dónde la había dejado, por lo que trató de hacer memoria mientras la buscaba.



El sonido del móvil interrumpió el hilo de sus pensamientos. La melodía le hizo darse cuenta de que no era el suyo, sino el de Kieran. Fue a buscar a este, pero la puerta del baño estaba cerrada y el agua corriendo. Entonces, buscó el teléfono para ver si se trataba de algo importante. Sabía que se hallaba sumergido en un proyecto a gran escala y, según le había dicho, recibía constantes notificaciones de los progresos. Miró la pantalla en el mismo momento que la llamada se cortó y vio que era de una tal Mel. Se planteó alejarse cuando el teléfono de Kieran volvió a encenderse una vez más a causa de un mensaje. Vio que se trataba de una respuesta a una conversación que había tenido Kieran hacía escasos minutos. Arrastró hacia arriba y pudo leerla al completo.

Kieran:
Hola, Mel. Lo siento, pero ahora estoy fuera. Llama a un fontanero. Con el sueldazo que te pago, no creo que haya problema.

Mel:
Ya sabes que nunca me ha gustado meter desconocidos en casa. Ya veré cómo me las apaño. Nos vemos el lunes

Beca se quedó desconcertada ante el WhatsApp. No conocía a Mel, pero al parecer trabajaba con Kieran y tenían la suficiente familiaridad para que el irlandés le hubiese dado su teléfono. No quería ponerse en lo peor. Los mensajes de Mel eran una insinuación en toda regla y la respuesta de Kieran no dejaba lugar a dudas. La ignoraba y no quería saber nada de ella. Bueno, nada no, porque sino habría borrado su número de la agenda y no le permitiría esas confianzas. ¿Acaso se traía un doble juego con las dos? ¿Podía ser que Kieran hubiera vuelto a las andadas? ¿Y si la había hecho creer que la amaba y en realidad solo había estado utilizándola? Negó con la cabeza. El irlandés le había demostrado con creces que había cambiado. Ya no era el Kieran que ella había conocido. Él mismo se lo había dicho y había pequeños detalles que lo corroboraban. Decidió creer en él. La confianza era un pilar fundamental para una relación sana y duradera.

Escuchó como Kieran cerró el agua. Eso significaba que había terminado y saldría pronto. Si no quería traicionar esa confianza, debía dejar el teléfono donde lo había encontrado y huir de allí de inmediato. Trató de moverse sin hacer ningún ruido que la delatase y, cuando llegó a la cocina, notó que su corazón iba a mil por hora. Respiró hondo tratando de tranquilizarse.

Encendió la radio por el simple hecho de distraerse, no porque le apeteciera escuchar música o tuviera ánimo para ello. No le gustaba estar en silencio, nunca le había gustado. Era algo superior a sus fuerzas.

Encendió la placa y volcó el contenido de los dos platos en una sartén para recalentarlo. Mientras se afanaba con la espátula, Kieran se apoyó sobre el marco de la puerta, observándola con los brazos cruzados.

Había salido de la ducha y se la había encontrado cocinando, más seria de lo normal. No adivinaba qué podía estar pasando por esa cabecita suya, pero sabía qué podía hacer para distraerla. Caminó hacia ella y la rodeó por detrás, besándola detrás de la oreja.

—Si quieres comer, no sigas por ahí —le amenazó Beca.

—Está bien —dijo el irlandés, alzando las manos en alto—, pero solo porque estoy muerto de hambre.

Un rato después, se sentaron a la mesa, a la luz de las velas, y dieron buena cuenta de la cena mientras sus pies jugueteaban por debajo del mantel.



Valladolid
Domingo, 15 de enero

Era domingo por la tarde y Kieran se había despedido de Beca sin saber cuándo podrían volver a verse.

—Me temo que nuestra relación durante las próximas semanas va a ser algo complicada —anunció con cierto pesar. Kieran quería ser ante todo sincero con ella.

—Para algo existen el teléfono móvil y las videollamadas —dijo Beca, tratando de ver el lado positivo.

—¡Vaya! ¿Dónde está Beca y qué has hecho con ella?

—Ja, ja. Muy gracioso. ¿Qué quieres que haga? ¿Que me enfade? ¿Que llore? ¿Qué solucionaría con eso?

—Esa es mi chica. Práctica como ella sola —reconoció poniendo las manos en su cintura y acercándola a él.

—¿No es por eso por lo que te gusto?

—Entre otras cosas —dijo inclinándose hacia ella y poniendo su alma en ese beso.

Era en momentos como ese cuando Beca sentía que Kieran la amaba de verdad y no era solo un capricho. Por muy absurdo que pudiera parecer, podía diferenciar sus besos. y ese le decía «Te llevaría ahora mismo conmigo si entraras en la maleta». Los otros que ya había probado y le gustaban eran «Soy adicto a tus besos», cuando Kieran le daba besos cortos que le dejaban con ganas de más; «Estoy en casa», cuando la besaba con suavidad los párpados creyendo que estaba dormida, y «Quiero hacerte mía hasta quedarme sin aliento» cuando le mordía los labios con suavidad mientras se besaban.

Se había hecho la fuerte delante de él, pero cuando Kieran se había marchado, un extraño vacío se había instalado en el corazón de Beca. A su mente sobrevino el mensaje que había leído el día anterior y la misteriosa relación que Kieran podía tener con esa mujer. Sabía que debía habérselo preguntado para no asentar su relación sobre desconfianzas, pero si lo hubiera hecho, habría demostrado eso mismo. Para colmo, no se le olvidaba que ella había pecado de infiel con el propio Kieran cuando estaba saliendo con Fer, por lo que no podía reprocharle nada al irlandés.

Comenzó a darle vueltas y pensó que lo más sensato sería ocupar su cabeza con asuntos más productivos. Barruntó todo lo que tenía en su lista de pendientes: arreglar las cosas con sus padres; recuperarse lo antes posible, pues estar metida en casa estaba comenzando a pasarle factura, y, por último, regresar a la pastelería, porque echaba de menos el trabajo tanto como a Nieves y Antonio.

Además, hacía una semana que no veía a Isla, el mismo tiempo desde que esta la había dejado plantada en la cafetería. No habían hablado desde entonces, pues su amiga había vuelto al trabajo y eso significaba hacer previsiones, hablar con los distintos proveedores, organizar menús, hablar con novios y una miríada de cosas más que copaban su agenda y que la impedían tener vida social a diario.

La llamó aún a sabiendas de que tal vez no le cogiera el teléfono.

—Hola, Isla. ¿Estás ocupada? Puedo llamarte en otro momento si no.

—Tranquila, estaba terminando de arreglarme. Pensaba ir a verte para ver cómo estás y pedirte disculpas por lo del otro día. No sé qué me pasó. Yo no suelo ser así.

—No hay nada que perdonar —le aseguró Beca sin más—. Estaba preocupada por ti y no actué de la mejor manera. En cuanto a venir a verme, prefiero que salgamos y que me dé un poco el aire. Estar tanto tiempo en casa me está volviendo majareta.

—¿En serio? Un pajarito me ha dicho que has estado bastante ocupada el fin de semana —dijo su amiga, volviendo a ser la chica divertida y sin cortapisas que ella conocía.

—¡Isla! A veces eres peor que un tío. Siempre consigues sacarme los colores.

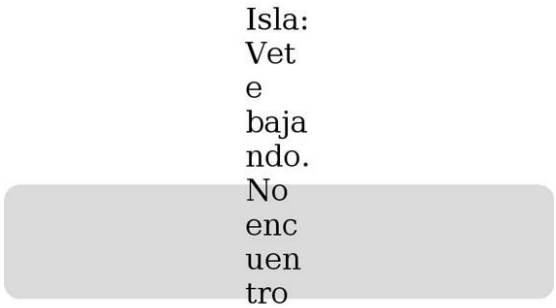
—Ahora paso a buscarte, pero a diferencia de Cris y Noe, no quiero que me cuentes los detalles.

—Dalo por hecho. Nos vemos en nada.

—*See youuu*.

Beca soltó una risita cuando la línea se cortó. Su amiga no podía evitar algunos anglicismos que denotaban su origen irlandés.

La repostera calculó que Isla tardaría unos quince o veinte minutos en llegar a su casa, dependiendo del tráfico. Beca vivía en un piso cerca del Hospital Clínico, a diez minutos del centro, y tenía a mano todo lo que cualquier persona pudiera necesitar.



Se dio una ducha rápida y se puso lo primero que encontró. Unos vaqueros y una camiseta. Tomó el abrigo y el bolso y, cuando echó un vistazo al reloj, comprobó que habían transcurrido diez minutos. Se asomó a la ventana y no vio a nadie en la calle. Tampoco llovía —lo cual hubiera hecho que el tráfico estuviera imposible—. Miró el móvil y vio un mensaje de su amiga.

Tomó la muleta y se encaminó hacia el ascensor. Por suerte, su bloque era uno de los pocos que contaban con uno y había sido gracias a las remodelaciones que se habían hecho en los últimos años.

Cuando salió a la calle, Isla la esperaba en su Renault con una imagen poco corriente a la habitual. Con solo mirarla, Beca supo que algo le había ocurrido.

—¿Va todo bien?

—¿Por qué lo dices? —le respondió con otra pregunta—. ¿Por esto? —dijo señalando las marcas violáceas de sus párpados.

—No es la primera vez que tienes ojeras, pero diría que sí es la primera vez que sales con ellas a la calle.

—No me apetecía maquillarme.

—Eso es lo extraño. Nunca te he visto con la cara lavada. Da igual que fuera ligero y casual que más elaborado. Es algo inherente en ti. Tú siempre has sido muy coqueta, Isla. ¿Qué es lo que no me estás contando?

—A ti es difícil ocultarte nada.

—Reconozco que estas Navidades no he estado muy accesible que digamos —dijo con cierto pesar.

—No tienes nada de lo que lamentarte. Son las primeras fiestas que has podido escaquearte del trabajo y disfrutar con el aliciente añadido de mi hermano. Eso me hace muy feliz.

—No sé si hacerte mucho caso. Siento que no he sido una buena amiga contigo, pero espero cambiar eso ahora mismo.

—Muy sutil —comentó Isla, con una ligera sonrisa antes de que el sonido de un claxon llamara su atención—. Por cierto, será mejor que nos movamos si no queremos tener problemas —advirtió mirando al conductor del vehículo que esperaba tras ellas.

Isla condujo hasta el centro, dio las intermitentes y detuvo el coche para que Beca pudiera salir. A dos pasos estaba La Alborada, su lugar de escapada siempre que podían. Beca subió el bordillo con cuidado y, una vez dentro, buscó una mesa libre. Pidió un par de sus conocidos batidos con fruta natural y nata artesana para congraciarse con su amiga. Veinte minutos después, esta apareció.

—¡Santo Cielo! ¿Adónde te has ido a aparcar?

—A la calle de la estación.

—Pues sí que te has ido lejos. Luego cojo el bus y tú te vas directa para casa. Y Santas Pascuas.

—¿Estás segura? No es ningún trabajo.

—Sí y, ya que lo dices, ¿qué tal va el trabajo? Siempre estás desbordada. Ya te he dicho más de una vez que pidas una ayudante. Estoy segura de que no te pondrían objeciones.

—Claro que no, pero tendría que invertir mucho tiempo en enseñar a alguien que me abandonaría a la primera de cambio para poner su propio negocio.

—Aunque no lo creas, te entiendo. A mí tampoco me gustaría tener que compartir el horno con otra persona. —Isla la miró con la ceja alzada—. Tú ya me entiendes. Antonio y Nieves son diferentes. Sé cuáles son sus manías y ellos conocen las mías. Funcionamos bien juntos, pero eso no siempre pasa.

—Exacto —confirmó la irlandesa antes de morder una rodaja de melón.

—Aunque también es verdad que, si nunca pruebas con un ayudante, nunca sabrás si darás con la persona correcta.

—Ensayo y error.

—Exacto —dijo Beca, replicando la forma de hablar de Isla.

Esta sonrió por segunda vez en poco tiempo.

—Está bien, si no es el trabajo lo que te quita el sueño solo puede ser otra cosa. ¿Van bien las cosas con Camile? Me dijiste que se había ido a pasar las Navidades a casa de sus padres.

—Si te soy sincera, estoy algo preocupada. No he tenido noticias de ella hasta hoy. Parecía algo molesta cuando se fue, pero no quise preguntarle. Llámame cobarde, pero no quería que pasáramos nuestra última noche juntas discutiendo.

—Lo más seguro es que esté harta de la cantidad de horas que dedicas al trabajo y que apenas os veáis, aunque esa es solo mi opinión desde fuera.

A Isla le costó tragar saliva. Sabía que Beca, en parte, tenía razón.

—Es algo que hablamos en su día y a lo que no puso reparos.

—Puede que en un primer momento estuviera de acuerdo con tus horarios y tu estilo de vida, pero tienes que ser consciente de que no sois compañeras de piso sino pareja, y eso implica pasar tiempo juntas. —Beca expuso su modo de verlo—. Camile no habrá querido decirte nada porque teme ponerte entre la espada y la pared y salir perdiendo. Te quiere demasiado y por eso ha aguantado hasta ahora.

—No, no tiene sentido. Si fuera eso, no se habría enfadado de esa manera. Me lo habría dicho y lo habríamos solucionado de algún modo —comenzó a darle vueltas Isla.

—Recuerdo que, cuando estaba con Fer, no hacía más que quejarme de que nunca hacíamos nada juntos, pero él siempre hacía oídos sordos. Era algo que me irritaba sobremanera. ¿Hay algo que Camile te haya mencionado varias veces, pero a lo que tú no le hayas dado demasiada importancia? —Dejó caer la bomba con cuidado para que no le explotara en las manos.

—Ha habido varias cosas. ¿Cómo saber cuál de ellas es? —reconoció avergonzada.

—Tú la conoces bien, mejor que Noe o yo. Sabes cómo piensa y cómo siente. Si profundizas más, seguro que sabrás cuál es el problema.

Isla miró a su amiga hasta que su rostro se tornó pálido.

—Lleva tiempo queriendo que reunamos a nuestros padres, pero siempre trato de retrasarlo. Temo no caerles bien a los suyos.

—¿Estás de broma? ¿A quién no le gustarías? —preguntó Beca de forma retórica—. Y que conste que no lo digo solo porque sea tu amiga. Eres creativa, inspiradora y cariñosa. Eres el propio Cupido en carne y hueso. Camile tiene suerte de que yo no sea lesbiana porque me habría enamorado de ti al instante.

—Está bien, lo pillo. Soy una tía genial y tengo que afrontar mis miedos —aceptó Isla, que por primera vez en su vida se sentía extraña al necesitar ayuda en aquellas lides—. Estás hecha toda una psicóloga. Creía que eso solo funcionaba con los camareros y taxistas.

—Ya te dije cuando nos conocimos que soy una caja de sorpresas. Eso y que, si no te has dado cuenta aún, lo analizo todo al milímetro.

—Algo sí había notado, sí —comentó su amiga, riendo nuevamente.

Dicen que la felicidad es contagiosa y, en este caso, el animado rostro de Isla era un claro indicio de ello.

—Entonces, ¿me prometes que quedarás con Camile para hablar? —le pidió Beca, retomando el tema.

—Síííi, pesada. Te lo prometo —aceptó más tranquila—. Y ahora, ¿podemos seguir disfrutando de nuestros batidos sin hablar de cosas demasiado serias?

—Por supuesto —aseguró Beca, alzando su copa. Isla la imitó y las estrecharon en un brindis

que sellaron con una mirada cómplice.



Valladolid
Lunes, 16 de enero

Todo en la vida de Beca parecía estar saliendo a pedir de boca. Había disfrutado de unas vacaciones maravillosas, con gente cálida y acogedora, con un chico que la había hecho tocar el cielo en más de una ocasión y, en cuestión de semanas, la distancia con sus padres sería cosa del pasado. Además, su pie iba mejorando día a día, por lo que no había tenido necesidad de ir al hospital para que le revisaran la fisura. La vida le sonreía en todos los aspectos. O en casi todos.

En cuanto a su trabajo, había estado en contacto con Nieves y Antonio de forma puntual para comunicarles su baja y para conocer los progresos de la pastelería.

Los echaba de menos. Beca se sentía agradecida de haberlos conocido y tenerlos presentes en su vida. No sabía cómo expresar con palabras el cariño que le habían dado y, en una de sus llamadas en Navidad, había terminado bromeando sobre el asunto.

—Me miméis demasiado. Cualquiera diría que sois mis padres en lugar de mis jefes —contestó ante el consejo de Antonio de que se tomara el tiempo que necesitara para recuperarse.

El cariño que se tenían se acercaba bastante a esa definición.

—Nieves nunca se atreverá a confesarlo, pero te quiere como a una hija. Y, ¿por qué no decirlo? Yo también —confesó él por teléfono, menos comedido que de costumbre y aprovechando que su mujer no le escuchaba.

—Eso significa mucho para mí, Antonio. Nos veremos pronto. Un abrazo.

El matrimonio había estado trabajando todas las Navidades a contrarreloj para que el local estuviera a punto antes de San Valentín, una de las fechas clave en su negocio.

Cuando el lunes Beca se presentó en la pastelería, esta tenía las puertas y ventanas abiertas de par en par. El olor a pintura había desaparecido dejando hueco al aroma de tartas, pasteles y bollería en general. Uno bastante embriagador. Sin embargo, eso no era lo extraño. Una música muy familiar con aire celta salía del interior y se preguntó si se estaba volviendo loca o si se había traído consigo la morriña por Irlanda.

Se decidió a entrar, pero no había nadie a simple vista. Siguió hasta la trastienda y allí se topó con un joven, de espaldas a ella, que se manejaba a sus anchas por el obrador mientras cantaba a voz en grito.

¿Recuerdas aquella noche en la cabaña del Turmo?
Las risas que nos hacíamos antes todos juntos

Era un poco más alto que ella, bastante robusto y vestía una chaquetilla de cocina que no le daba demasiadas pistas de quién podía ser. Se apoyó sobre la encimera y observó divertida al extraño. Este cogió una espátula y, a modo de improvisado micrófono, se lo acercó a los labios y siguió dándolo todo.

Hoy no queda casi nadie de los de antes
Y los que hay han cambiado
Han cambiado, sí

Cuando llegó al *sí,* el joven levantó el brazo en alto y gritó, como si estuviera dando un verdadero concierto en vivo. A Beca no le había hecho falta escuchar mucho para descubrir que se trataba de *20 de abril* de los Celtas. Un grupo que había seguido desde cría y que, con sus influencias celtas, podía considerar una señal premonitoria de su destino.

El pastelero se movía alegre y pizpireto al ritmo de la música mientras trasladaba unas preparaciones de la mesa a la bandeja.

Pero bueno, ¿tú qué tal?, di
Lo mismo hasta tienes críos
¿Qué tal te va con el tío ese?
Espero sea divertido

Yo, la verdad, como siempre

Tomó la bandeja de la mano para llevarla al horno y, entonces, se topó de frente con Beca. Las palabras se ahogaron en su garganta y a punto estuvo de caer todo al suelo. Se acercó a la radio, rojo como la grana, y la apagó.

Beca se cubrió la boca con la mano, pero era evidente que estaba pasando un buen rato.

—Hola, Javier. ¿Cómo tú por aquí? No me digas que ahora te ha dado por la pastelería —bromeó divertida.

El joven se mostró desconcertado y tardó unos segundos en darse cuenta de que ella no sabía nada. Se llevó la mano a la nuca y sonrió avergonzado, como si le hubieran descubierto haciendo una travesura.

—Hola, Beca. Creí que estabas de baja. Mis tíos me contaron que te lesionaste el pie.

—Sí, fue un accidente muy tonto, pero estoy bastante mejor. Y tú, ¿qué tal por Madrid?

—Bien, de hecho, he terminado las prácticas y mis tíos… Hablando de ellos, mira por dónde vienen —cortó abruptamente la conversación.

Nieves y Antonio entraron hablando de forma muy jovial hasta que vieron a Beca y la sonrisa

se desdibujó de su rostro. Beca, que no era tonta, comenzó a atar cabos y no le gustó la conclusión a la que llegó. Los miró con el ceño fruncido.

—Hola, Beca. Te hacía en Irlanda.

—La última vez que hablamos te dije que el lunes estaría aquí.

—Sí, y yo te dije que descansaras si no querías que el pie tardase el doble en curarse.

—Eso es cierto, pero el médico acaba de verme y me ha dado esto —dijo alzando el papel del alta para que pudieran verlo.

El matrimonio cruzó miradas con su sobrino y todo ello con Beca en medio, que no perdía detalle.

—Javier, creo que ahora sería un buen momento para hacer esa llamada que tenías pendiente.

—¿Eh? ¿Qué llamada? —preguntó distraído. Antonio le señaló la puerta con la cabeza de manera poco sutil—. ¡Ah, vale!

El joven se quitó la chaquetilla, cogió su cazadora y salió sin despedirse siquiera.

—Beca, siéntate, por favor. Tenemos que hablar —pronunció Nieves.

Esas tres fatídicas palabras le golpearon en la mejilla con tanta fuerza como el día en que Fer la acusó de ser una pelandusca.

—Estoy bien. Me quedaré de pie.

Beca los miró con respeto y esperó a que hablaran.

Fer estudiaba todo el día y la principal motivación de Beca era conseguir dinero para que este terminara Arquitectura. Después, ambos vivirían más desahogadamente y podrían permitirse los caprichos de los que se veían privados entonces. Se había desvivido trabajando porque a su novio no le faltase de nada, por lo que no había tenido tiempo de hacer nuevas amistades desde que se mudaran.

Nieves y Antonio la habían ayudado desde el primer momento: al principio, quedando con ella a tomar un café, al verla siempre sola y sin amigos. Después, presentándole a su sobrino Javier para que hicieran buenas migas.

El día en que quedó con Javier y sus amigos fue el primero que Beca disfrutó de verdad desde hacía mucho. Se había sentido tan cómoda con ellos que, cuando Beca quiso darse cuenta, se le había hecho muy tarde. Se despidió de ellos agradeciéndoles la conversación y las risas, algo que había echado mucho en falta.

Sus labios permanecían curvados en una sonrisa al introducir la llave en la puerta de casa. Fer la esperaba impaciente y molesto. Le exigió saber dónde y con quién había estado y, cuando lo descubrió, la acusación llegó en forma de dardo envenenado.

—¿Así que es así cómo consigues el dinero para pagar el alquiler y la comida? ¿Saliendo con chicos y haciendo a saber qué mientras yo me mato a estudiar?

Un dolor punzante atravesó su pecho y las lágrimas no tardaron en aparecer. Beca se restregó las mejillas, avergonzada ante tal humillación.

—Javier es el sobrino de Nieves y es solo un amigo.

—¿Ahora se llama así? Y los otros chicos, ¿qué?

—Javier pensó que me sentiría más cómoda si quedábamos con más gente. Solo estaba tratando de ser amable.

—¿Cómo puedes ser tan ingenua? Has tenido suerte de llegar a casa sin un solo rasguño —espetó Fer molesto, cambiando de táctica—. ¿Te imaginas que hubiera ocurrido si no hubieras quedado en un lugar público? Podrían haber abusado de ti.

Por mucho que tratara de salir en defensa de los chicos, su novio no quedó satisfecho hasta que la joven le prometió que no volvería a salir con ellos. Y así fue. Aquel había sido otro de los sacrificios que Beca había tenido que hacer para estar con Fer.

Cuando este la dejó, pensó mucho en si llamar a Javier o no. Se merecía una explicación. Sin embargo, el gusano que se había ido instalando en su cabeza —con cada maldad que Fer pronunciaba contra ella— le dijo que solo estaba tratando de sustituir a un hombre por otro y abandonó la idea. Después, Beca siguió trabajando sin descanso para no caer en el abatimiento.

El recuerdo se había marchado tan rápido como había llegado.

—Como quieras —aceptó de buen grado Antonio, quien tomó la palabra.

—No es que me muestre desagradecida por todo lo que habéis cuidado de mí, pero ¿qué hace vuestro sobrino aquí?

—Pensamos que nos vendría bien un poco de ayuda puesto que tú estabas de baja.

—¿Y tenía que ser Javier? ¿El mismo Javier que abandonó Económicas por ser restaurador de obras de arte y después por ser pintor? ¿Ese Javier?

Su tono irónico no le pasó desapercibido al matrimonio. Antonio podía llegar a entenderlo. Beca temía por su puesto de trabajo, pero para Nieves, Javier era su ojito derecho a falta de hijos y le dolió su reproche.

—No sé si te lo ha comentado, pero acaba de terminar un curso en *Le Cordon Bleu* y está lleno de ideas que pueden ayudar a mejorar el negocio.

—¿Eso significa que estoy despedida?

—No, claro que no, pero a partir de ahora tendrás que tratar con el futuro dueño.

—¿Te refieres a Javier?

Nieves asintió.

—Ya sé que en su momento hablamos de traspasarte el negocio cuando nos jubilásemos, pero ahora todo es distinto. Tienes que entenderlo. Javier es nuestro sobrino.

« Sí, claro. Después de todo, yo solo soy una empleada », pensó para sí mientras rumiaba una respuesta más suave.

—¿Y cómo me afecta eso a mí? —preguntó ahogando la rabia y la frustración.

—Estarías a media jornada. Iríais rotando entre semana salvo los findes que estaríais a turno completo.

—¿A media? Eso significa la mitad del sueldo.

—Así es, pero solo sería durante un tiempo —explicó Nieves—. Aun así, entenderemos que quieras dejarlo y buscar otro trabajo.

—¿De cuánto estamos hablando?

—Un par de meses, quizás tres. Hasta que Javier se haga con todos los entresijos de la tienda y podamos jubilarnos. —El silencio de Beca se asentó como una losa tensando el aire entre los presentes—. ¿Qué opinas? —preguntó Nieves, esperanzada.

—Eso suena… aceptable —dijo, tratando de buscar una palabra convincente que no mostrara su desazón.

—Sabía que lo entenderías —dijo estrechándola entre sus brazos.

—Gracias —vocalizó Antonio, satisfecho de que la incipiente disputa hubiese quedado en agua de borrajas.

Unos nudillos llamaron a la puerta y Beca y Nieves se apartaron de inmediato. Javier había regresado. Los miró con rostro serio y Beca se preguntó cuánto de su conversación habría escuchado. Tragó saliva con dificultad.



Javier había terminado su turno por la mañana y Beca había regresado por la tarde para ayudar al matrimonio. Repartidos los turnos, todo debería haber ido a las mil maravillas. Sin embargo, cuando llegó la hora de cierre y Nieves se dejó caer sobre una silla de la trastienda, notó que le costaba respirar y sentía una opresión en el pecho. Trató de serenarse. Si se ponía nerviosa, eso no haría más que empeorar la situación. Beca se acercó a ella al ver que no tenía buena cara.

—Nieves, ¿estás bien? —preguntó sujetándole del brazo.

—Antonio —fue lo único capaz de decir entre tos y tos.

La repostera asintió y salió atropelladamente hacia la tienda. Su cara descompuesta hizo que el dueño se alarmara y corriera hacia ella. La sujetó de los brazos antes de interesarse por su estado.

—¿Va todo bien? ¿Qué ocurre?

—Es Nieves. No sé qué le pasa.

Antonio la soltó y entró raudo en la trastienda. Beca lo siguió, sacó el móvil y marcó el 112.

El hombre cogió a su esposa en brazos y le pidió a la joven que le abriera la puerta.

—Voy a llevarla al Clínico. Es ridículo que esperemos a una ambulancia cuando tenemos el hospital justo enfrente. Además, pueden tardar horas en venir y...

Antonio no quiso terminar la frase. Beca asintió, comprensiva.

—Me acercaré cuando cierre.

—No te preocupes. En cuanto sepa algo, te lo haré saber —dijo saliendo de la tienda con ella a cuestas.

Por suerte para Antonio, estaba acostumbrado a manipular grandes sacos de harina de dos en dos, por lo que transportar a su mujer no le supuso mayor esfuerzo.

En Urgencias les atendieron nada más llegar y tumbaron a Nieves en una camilla. Sus labios se habían vuelto azules y su consciencia iba y venía por momentos. Los médicos lograron estabilizarla y le diagnosticaron asma bronquial.

Después de hablar con los médicos y visitar a su mujer, Antonio llamó a Beca para tranquilizarla.

—Nieves está bien, pero no podrá regresar a la pastelería. Tiene asma muy severa. Los médicos me han dicho que tiene suerte de estar viva. Un ataque así podría haber sido letal —confesó con un nudo en la garganta.

—Gracias a Dios que está bien.

—Sí, lo está, pero en unos días le darán el alta y no puedo dejarla sola en casa ni tampoco puedo permitirme pagar a una enfermera.

—No te preocupes por eso ahora, Antonio.

—Me preocupo porque esta mañana dejaste bien claro que no soportabas estar con Javier en la misma habitación y ahora mismo necesito saber que podrás trabajar mano a mano con él.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Beca, sin ser consciente de lo que le pedía.

—Creo que está claro. Sin nosotros allí, tendréis que estar los dos juntos a tiempo completo. Sabes que no te lo pediría si no fuera necesario.

—Entiendo que queráis jubilaros, pero soy perfectamente capaz de manejarme yo sola.

—No lo dices en serio. Habitualmente somos tres y vamos apurados entre el obrador y la tienda. ¿Cómo te manejarías?

—Vendría temprano. Horrearía los dulces y luego atendería a los clientes. Cerraría a mediodía para descansar un rato y volvería por la tarde.

—Es demasiado para una sola persona.

—Será mucho más si tengo a Javier a mi cargo. Tendré que enseñarle dónde está cada utensilio, nuestra forma de trabajar y me hará perder mucho tiempo repitiéndole todo hasta que aprenda.

—No tendrás que enseñarle. Al menos, no mucho. Recuerda que él se ha preparado para esto. Y, en cuanto a lo demás, podréis empezar desde el principio: repartiros las tareas, crear una nueva hoja de ruta y, de esa manera, limar asperezas.

—Lo pintas muy bonito, pero sabes que trabajar con alguien no es así.

—¿Y qué me dices de nosotros?

—Fuisteis la excepción. Acababa de salir de la escuela de cocina y era una página en blanco. Me ayudasteis a mejorar y a desarrollar todo mi potencial.

—Y eso es lo que queremos que hagas con Javier. Que le pongas las cosas fáciles y aprendáis el uno del otro —reconoció tragando saliva—. Ya has dejado más que clara la animadversión que sientes hacia él, pero también sé que eres una profesional y no permitirás que eso influya en la pastelería —apeló a su sentido del deber.

Las orejas de Beca enrojecieron de vergüenza.

—Yo, yo... de acuerdo, lo haré —dijo vencida por las circunstancias.

Beca se sentía en deuda con ellos y, en ese instante, se dio cuenta de que cedería a cualquier cosa que le pidieran.

—Gracias, Beca. Por cierto, espero que puedas ser paciente con mi sobrino. Que haya estudiado en *Le Cordon Bleu*, no significa que conozca todos los trucos de este oficio. Tú ya me entiendes.

—Creo que sí. Descuida, Antonio.

—Así me gusta. Buena chica —dijo Antonio antes de colgar.

Esa misma noche, Antonio habló con su sobrino. Por extraño que pareciese, con Javier había sido mucho más sencillo. Tal vez porque el joven ya se había hecho a la idea, mientras estudiaba, de que trabajaría con Beca. Su tía le había prometido que, si conseguía sacar el curso con buena nota, la tienda sería suya.

—Mira Javier, no sé lo que escuchaste hoy, lo que crees saber y lo que no, pero te lo pondré muy fácil. Esa chica es canela en rama. Salió con un sinvergüenza que se aprovechó de ella. Aún no está preparada para lidiar con ningún hombre, así que no te tomes a pecho nada de lo que haga o diga. No eres tú, es su situación.

—No te preocupes, tío. Me hago cargo.

—Tenemos que arroparla y cuidarla entre todos. No lo está pasando nada bien.

—Lo sé.

—¿Cómo que lo sabes?

—Aunque no lo creas, yo sé escuchar —bromeó Javier, con una sonrisa pícara.

A Antonio le sorprendió su actitud. Su sobrino era buena persona pero con mucho carácter. En eso le recordaba a Beca. Sabía que había escuchado perfectamente lo que la repostera había dicho de él y a Javier le hervía la sangre cuando hablaban de él a sus espaldas. Así que, ¿qué podía haber tras esa aparente calma? ¿Qué intenciones ocultaba?

Le conocía como si fuera su propio hijo y era extraño que no se mostrara molesto o incluso ofendido porque Beca no quisiera trabajar con él. Lo que Antonio no podía imaginar era que su sobrino sabía de la situación de Beca desde hacía años. Más concretamente, desde la noche en que salieron juntos y la repostera le contó de su vida personal.



Dublín
Martes, 17 de enero

Los negocios, por norma, solían llevar su tiempo y eso Kieran lo sabía, pero no podía evitar desesperarse cuando veía que todo avanzaba tan despacio. Ahora daría lo que fuera por tener un trabajo fijo, como cualquier español de pro. Sobre todo, porque podría vivir en Valladolid, ir a buscar por sorpresa a Beca a la pastelería y llevarla a tomar algo por ahí. Incluso antes, con su hermana en la distancia, había aprendido a ver a Isla un par de veces al mes. Sin embargo, desde que estaba con la repostera, esta le había hecho ver lo que se perdía y valorarlo con otros ojos.

—¿Quieres respirar? Te va a dar un soponcio —le aconsejó Cara, cediéndole su taza de té.

Eran las dos únicas personas que quedaban sentadas en la sala de reuniones. El resto se había levantado con prisas y se disponía a seguir con sus respectivas agendas. Kieran tenía ante él un sencillo dossier de veinte páginas del que dependían muchos trabajos.

—Gracias, Cara. Los nervios me están jugando una mala pasada.

—Ya sabías, cuando nos metimos en esto, que iba a ser un proceso largo y tedioso, pero piensa en los resultados. Esto nos ayudará a entrar en el mercado europeo —trató de calmarle mientras posaba la mano en su brazo.

—Tienes razón. Es solo que he estado tan centrado en mirar hacia adelante que no me he percatado de todo lo que hemos logrado en este tiempo —se sinceró Kieran, tras dar un sorbo a la infusión.

—Me conoces y sabes que no suelo decir nada a la ligera.

—Sí, ¿por qué?

—Creo que eres una persona muy curtida. Cuando llegaste aquí no sabías hacer la O con un canuto, pero eras comprometido y perseverante. Podrías haber aceptado cualquier puesto de dirección y recibir un sueldo desorbitado sin tener que hacer nada, pero en lugar de eso preferiste ensuciarte las manos y empezar desde abajo —le alabó por primera vez desde que se conocían.

—En realidad, no me las ensucié mucho. Llevaba guantes de protección —se burló Kieran, quien afrontaba los momentos de tensión con buen humor. Isla le había apodado cariñosamente Chandler, por el famoso personaje de *Friends* al que hacía honor—. Y hablando de eso. Mi madre siempre ha dicho que tengo manos de pianista. Puede que me equivocara de profesión.

—Entonces, soy una chica con suerte —dijo ella de forma sutil, sin la habitual coquetería que la caracterizaba.

—¿Tú crees? —respondió Kieran, sorprendido ante su actitud.

—Sí. La pena es haberme dado cuenta tarde de ello —reconoció Cara poniendo su mano

sobre la de él.

—¿Qué habrías hecho al respecto?

—Por de pronto, no romper. ¿Quién sabe dónde estaríamos ahora?

—Sentados donde estamos —dijo Kieran socarrón.

—Sí, pero probablemente llevaríamos dos años saliendo.

—Tienes mucha imaginación —se rio ante su ocurrencia.

—Venga, hombre, sígueme el juego. No seas aburrido —le instó ella.

—Está bien. Te habría pedido irnos a vivir juntos —le siguió el juego.

—Yo me habría hecho de rogar cuando por dentro estaría deseando decir que sí —sonrió avergonzada al confesarlo en voz alta.

—¿Crees que habríamos seguido el camino estándar? Boda. Niños. Coche familiar.

—No lo sé, puede que sí —dijo entre risas y provocando la de Kieran también—. Yo te habría pedido un par de años para nosotros solos antes de tener la parejita. Un niño y una niña.

—¿Cómo los habríamos llamado? —se animó Kieran.

—Martina, como tu madre, y Declan, como mi padre.

—Un momento...

—Sí, nos habríamos peleado porque tú preferirías Niall a Declan y los abuelos se habrían visto envueltos en una batalla encarnizada.

Kieran soltó una carcajada y la miró de hito en hito.

—¿Cómo lo haces?

—¿El qué?

—Sorprenderme. Sacarme de mi zona de confort. Hacerme dudar de todo.

—Talento natural. Ser una *rara avis*. ¿Honestidad? —respondió a cada una de sus preguntas.

El teléfono de Kieran sonó, sacándolos de golpe de su extraño y retorcido juego. Donnelly relajó el rostro y volvió a su gesto serio. Se puso en pie y, antes de salir de la oficina, la miró una última vez.

—Me alegra haber charlado contigo, Mel[3] —admitió recuperando la familiaridad con la que se habían tratado en el pasado.

—A mí también, Kieran.

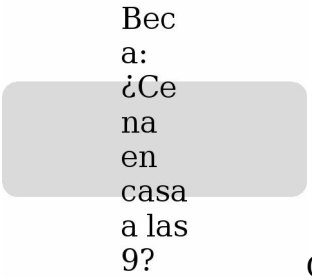


Valladolid
Miércoles, 18 de enero

Se despertó extrañando a Kieran entre las sábanas y, por qué no decirlo, entre sus bragas. Su mano se deslizó hacia el otro lado de la cama y arrugó el ceño. Sujetó la camiseta que llevaba para dormir y se la llevó a la nariz. Conservaba la fragancia de su dueño y eso hizo que lo echase en falta aún más.

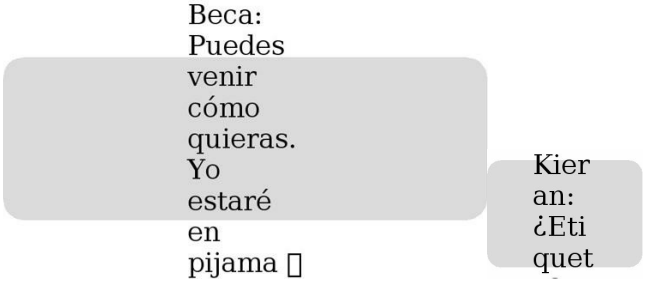
Hacía cuatro días que no veía a Kieran, los mismos desde que había tenido el mejor sexo de su vida. Después de la cena, habían regresado a la cama a por un tercer asalto antes de caer en el sopor y quedarse dormidos.

Kieran había salido corriendo en algún momento de la noche debido a su trabajo. Tenía que ir a casa, darse una ducha y cambiarse de ropa. El irlandés ya le había avisado de que, durante un tiempo, apenas se verían, pero nadie dijo que no pudieran usar el teléfono para mantener su relación en la distancia. Gracias a las videollamadas, todo seguiría como hasta entonces y, tal vez, incluso mejor. Podrían verse más a menudo, hablar durante lapsos cortos y compartir su día a día.



Como él mismo le había dicho, «ni te enterarás de que me he ido». Sin embargo, en eso se había equivocado. Echaba de menos su sonrisa, sus bromas y la forma en que la escuchaba como si todo lo demás no existiera.

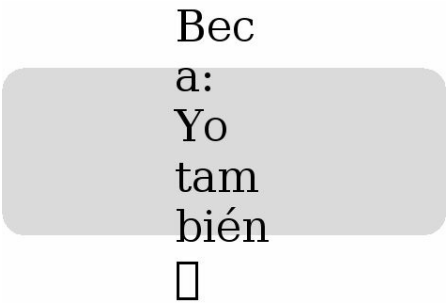
Decidió entonces escribirle un mensaje.



Kieran: Entonces, empezaré por el postre Me muero por verte.

Kieran: Entonces empezaré por el postre Me muero por verte.

Beca: Yo también



Beca sonrió ante la idea de una cita con él esa noche, aunque fuera online. Pensó en qué cenaría. Habitualmente no se preocupaba demasiado por lo que se llevaba a la boca. A veces era un bocata, otras una ensalada o una tortilla francesa, y otras nada de nada. El vivir sola la eximía de responsabilidades con nadie más y le daba una libertad que, si no tenía cuidado, como alguna vez Isla se había encargado de recordarle, la haría descuidar su alimentación.

Pensó en algo rápido y sencillo. Podía hacer unos canapés con salmón, queso crema y miel, y unas tostas de mermelada de tomate con pimientos. Tenía todos los ingredientes en la despensa, así que no se preocupó más que por estar de vuelta en casa a tiempo.

Se dio una ducha, se vistió y salió hacia el trabajo, preguntándose lo que le depararía el nuevo día.



Desde su charla con Antonio, Beca estaba viviendo un infierno en el que *Pesadilla en la cocina* se quedaba corto al lado de su propia experiencia.

A pesar de que el obrador era lo suficiente amplio para que dos personas trabajaran a la vez en su interior, siempre terminaba tropezando con Javier. Si cruzarse cada dos por tres con una persona con quien no había cerrado heridas ya era difícil de por sí, hacerlo con alguien que no tenía claro lo que quería en la vida —y que probablemente la semana siguiente se propusiera ser astronauta o bombero— y tenía en sus manos el poder de arruinar su felicidad era un verdadero desafío.

El joven parecía haberse aliado en contra suya. Cada vez que Beca necesitaba un utensilio, Javier lo tenía en la mano por arte de magia o lo había desechado en el fregadero, lo que le suponía tardar más, algo que no podía permitirse cuando estaban haciendo masas y cada

producto tenía sus tiempos calculados. Y cuando no era eso, Beca simplemente se volvía loca buscando un bol o una varilla porque Javier había decidido reestructurar la cocina sin contar con ella.

Aquel hombre estaba consiguiendo lo que ningún otro en su vida: que se cuestionara abandonar la pastelería, lo único que se había mantenido estable en su vida hasta entonces. Trabajar con Javier estaba siendo un verdadero calvario y lo peor era que la idea que Kieran le propuso en Navidades le estaba comenzando a resultar atractiva, salvo por un pequeño detalle, que no tenía dinero para montar un negocio propio.



Valladolid

Jueves, 19 de enero

Un escueto mensaje de WhatsApp de Kieran le advirtió de que no la vería el fin de semana por retrasos en las negociaciones. Su padre había exigido que fuera él mismo quien se encargara de todo y no delegara en nadie más. Beca lo entendía. Se trataba de una empresa familiar y era la que, a fin de cuentas, pagaba dispendios tales como un castillo en Kilkenny, un piso en Parquesol[4] y otras tantas cosas que ella no se atrevía ni a imaginar.

Por la tarde había apagado el móvil y se había tumbado en el sofá sin expectativas de levantarse pronto. Al principio había hecho *zapping* y se había topado con *Cómo perder a un chico en diez días*. Había dejado el mando a un lado y se había dedicado a ver la película disfrutando de los típicos errores de pareja llevados al extremo. Sin embargo, poco a poco terminó cerrando los ojos y cayendo en los brazos de Morfeo.

Isla aporreando su puerta fue lo que la hizo salir del fantástico sueño que estaba teniendo. No es que lo recordara al cien por cien, pero el sentimiento de paz que sintió durante ese instante fue suficiente para ella.

Su amiga la convenció para que se diera una ducha, se arreglara y saliera con la pandilla a tomar algo. Lo hizo a regañadientes, pero una hora después, entre risas, lo agradeció. Se sentía más tranquila y relajada.

La diversión pronto se vio interrumpida por el móvil de Beca. Era Kieran haciéndole una videollamada. La repostera se disculpó con las chicas y salió fuera del bar para hablar con más calma. Apenas estuvieron cinco minutos. Kieran parecía nervioso y un tanto borracho, pues arrastraba las frases sin apenas darse cuenta.

—Hola, Blake. ¿Qué tal todo por allí? —Beca sonrió ante la broma.

—Estoy tomando algo con las chicas. ¿Y tú? ¿Qué es ese ruido de fondo?

—Estoy de cena con el comité y me he escapado un ratito para hablar contigo —se disculpó de antemano porque la conversación fuera a ser tan breve.

—¡Kie-pie[5], date prisaaa! —Una misteriosa voz femenina le interrumpió mientras una mano tiraba de su brazo. Beca no pudo verla bien.

—Mel, estate quieta. ¿No ves que estoy hablando por teléfono? —espetó Kieran molesto. Beca había sido testigo de toda la escena y rápidamente el nombre de la mujer encendió todas las alarmas en su cabeza—. Cielo, tengo que irme.

—Está bien, no te preocupes. Te quiero —dijo Beca, pero hacía rato que la línea se había cortado.

Se quedó mirando el teléfono y se dio cuenta de que las cosas con Kieran no serían tan fáciles como había imaginado en un primer momento. Si conseguía dejar a un lado las sospechas de que

hubiera algo entre Kieran y esa mujer, aún le quedaba su trabajo. La compañía de los Donnelly era lo primero para el irlandés y siempre sería la tercera pata en su relación. Debía comenzar a asumirlo si quería que lo suyo tuviera un futuro.

Beca regresó al interior del bar donde las chicas la esperaban con una ronda de chupitos. Cris y Noe se retiraron pronto pues al día siguiente tenían que madrugar. Sin embargo, Isla no dejó que la repostera se marchara a casa hasta que todos los bares estuvieron cerrados. Eso fue alrededor de las doce. En lo que Beca preparó la ropa del día siguiente y se dio una ducha para relajarse, le dio la una. Cuando consiguió despejar su mente de preocupaciones y cerrar al fin los ojos, el reloj marcaba las dos.



Dublín

Jueves, 19 de enero

Era jueves y la semana se le estaba haciendo cuesta arriba por toda la carga de trabajo que tenía encima y que había terminado acumulándose en sus cervicales. Se llevó la mano al cuello y trató de girar este para encontrar un poco de alivio.

—Deberías relajarte un poco. Que seas el jefe no significa que no puedas tomarte un pequeño descanso de vez en cuando —le dijo Cara, deteniéndose ante la puerta de su despacho.

Era tarde. La joven se había quedado ultimando unos detalles con los compañeros.

—¿Y qué sugieres, Mel? —le preguntó Kieran, curioso.

—Creo que un cóctel y buena música serían el antídoto perfecto para todos tus males —le aconsejó después de sujetarse la barbilla y fingir que lo meditaba.

—¿Un cóctel? Ya había olvidado cuánto te gusta disfrutar, pero recuerda que mañana hay que trabajar y no todos tenemos el mismo saque que tú[6].

—¿Y si en lugar de un cóctel fuera cerveza?

—Te diría que empezamos a hablar el mismo idioma —aseguró mostrando una fugaz sonrisa.

—Entonces coge el abrigo y vamos.

Kieran se dio cuenta de que las cosas habían cambiado y, ahora que estaba con Beca, debía ser honesto con ella.

—Lo siento, Mel —dijo recuperando el tono formal entre los dos—, pero será mejor que me vaya a casa. Necesito descansar.

—Sí, como todos en esta oficina, pero también necesitas distraerte y no lo harás metido entre esas cuatro paredes —le sermoneó como haría su propia madre—. Además, deberías socializar con tus empleados y mostrarte cercano. ¿Y qué mejor oportunidad que yendo a la fiesta que he organizado en mi apartamento?

—¿Y se puede saber cuál es el motivo?

—¿Es que acaso necesito uno?

Kieran la miró de hito en hito.

—Todo lo que haces siempre tiene un por qué.

—Me conoces demasiado bien. A ti no puedo mentirte —reconoció con una encantadora sonrisa. Kieran sabía que Cara podía ser el mismísimo diablo cuando se lo proponía—. Me he fijado en Brendan, el chico nuevo del departamento de contabilidad, pero es demasiado tímido.

—¿Desde cuándo eso te ha impedido hacer nada?

—Kieran, a veces creo que me sobrevaloras demasiado —admitió en un arranque de sinceridad—. Es solo que no quiero espantarlo. No sé qué habrán podido decirle de mí, pero quiero ir con tiento esta vez.

Esas dos últimas palabras dejaban claro que se culpabilizaba de que lo suyo con Kieran no hubiera funcionado. Demostraba una madurez que no casaba con ella.

—No te preocupes, Mel. Yo hablaré a tu favor —dijo cerrando su portátil, cogiendo la chaqueta y apagando la luz tras de sí.

—¡Vaya! Es bueno saber que todavía cuento con aliados dentro de la empresa —siguió con tono jocoso mientras caminaban hacia el ascensor.

—Por supuesto que sí. Como bien me acabas de recordar, debo ayudar a mis empleados en todo lo que sea posible. Un empleado feliz es un empleado motivado —replicó Kieran con ironía.

Ambos compartieron risas.

Una vez en el ascensor, el silencio volvió a instalarse entre ellos y a Kieran le vino a la memoria algo que ella le había dicho el otro día. «La pena es haberme dado cuenta tarde de ello».

¿A qué se refería Cara con eso? ¿Se habría lamentado porque lo suyo no fuera más allá de pasar un buen rato o es que se había enterado de lo suyo con Beca? Lo primero resultaba absurdo si, como bien decía ella, estaba interesada en el chico nuevo de contabilidad. Y lo segundo era imposible. Cuidaba mucho su privacidad y lo suyo con la repostera era muy reciente como para que hubiera surgido cualquier rumor.

Kieran la contempló durante un segundo y Cara, al sentirse observada, le sonrió de forma cordial. Él le devolvió el gesto y respiró aliviado. Siempre que la asesora lo citaba en el pasado, esta solía darle una de cal y otra de arena. Era su manera de volverle literalmente loco y a la vez hacerle ver que lo suyo solo era ocasional. Durante los últimos días, la joven se mostraba de forma profesional con él, por lo que apartó sus sospechas de un manotazo.

Ya en el *parking*, decidieron que irían cada uno en su coche. Después de todo, al día siguiente debían acudir de alguna manera a las oficinas, puesto que Dublín no disponía de metro y las líneas de tranvía no llegaban hasta allí.

Cara arrancó el coche y se detuvo en la señal de STOP esperando a que Kieran se colocara tras ella para indicarle el camino, pero, tras unos segundos sin que este apareciera, apagó el motor y volvió sobre sus pasos.

—¿Va todo bien? —dijo preocupada.

—No estoy seguro —respondió Kieran, intentando arrancar por segunda vez y descubriendo así la raíz del problema.

Una luz roja se había encendido en el salpicadero indicándole que estaba en la reserva.

—Y bien, ¿cuál es el dictamen?

—Me he quedado sin gasolina.

Lo primero que hizo Cara fue desternillarse de la risa. Después, se apiadó de él.

—Pero ¿cómo puede ser posible? ¿No te diste cuenta?

—He estado tan centrado en las negociaciones que... —dijo alzando las manos al aire.

—Está bien. Iremos en mi coche y luego te llevaré a casa. De todos modos, no podrás conducir.

—¿Qué hay de ti?

—Por lo general soy una chica precavida y suelo cargar el depósito cuando aún lo tengo por la mitad —dijo con sorna.

—No. Me refiero a que si me llevas a casa no podrás beber.

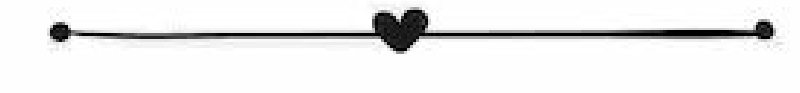
—Creo que podré sobrevivir a una noche sin alcohol —aseguró divertida—. No te preocupes, prometo no aprovecharme de ti.

—¿Por qué? ¿Acaso has hecho voto de castidad? —le preguntó sin pensar.

—Muy gracioso. Estoy tratando de reformarme, pero no me pidas demasiado. Roma no se construyó en un día —le respondió apoyada en el techo del coche—. Además, olvidas a Brendan.

—Ah, sí. El chico nuevo —replicó de manera ambigua, sin explicar si se refería a que era el nuevo de la oficina o el nuevo en la larga lista de conquistas de Cara.

—¡Ajá! —confirmó ella antes de montar en el asiento del conductor y poner rumbo a la fiesta.



Una vez que llegaron a su apartamento, se encontraron con que la calle estaba abarrotada de coches, pero, por suerte, Cara disponía de plaza propia en el garaje.

Cuando el ascensor abrió sus puertas, la música, el ajetreo y la gente les golpearon de lleno. *With or without you* de U2 sonaba en ese momento y Kieran tragó saliva. Parecía escrita para sus yos del pasado, cuando Cara y Kieran estuvieron juntos. Si es que podía llamarse así a tener sexo salvaje y descontrolado en el cuarto de las fotocopiadoras o en habitaciones de hotel baratas, sintiendo la adrenalina de verse descubiertos, entrando y saliendo por separado y enviándose mensajes subiditos de tono en espera de su siguiente encuentro. Podía imaginarse a Cara susurrándole esas palabras al oído.

Through the storm *A través de la tormenta*
We reach the shore. *Alcanzamos la orilla.*
You give it all but I want more. *Tú entregas todo, pero quiero más.*

And I'm waiting for you. *Y estoy esperándote.*

Kieran dirigió la mirada hacia ella, pero esta observaba distraída el ambiente, buscando aparentemente a alguien. Quizás a Brendan. Tal vez no le hubiese engañado después de todo. Había sido un desconfiado. Decidió relajarse y disfrutar un rato. No le vendría mal con todo el estrés acumulado de las últimas semanas.

Nunca había estado en el apartamento de Cara, pero, por lo que conocía a su compañera, que no era mucho, sabía que disponía de un buen sueldo y de gustos caros, y su *loft* cumplía con esos requisitos.

Habían accedido a este a través de un código que el dueño introducía en el ascensor, sin necesidad de puertas ni pasillos. Kieran rápidamente llegó a la conclusión de que debía vivir con alguien más allí o tenía la suficiente confianza para darle su código a otra persona.

El apartamento era muy amplio y contaba con un par de habitaciones y un baño. La cocina y el cuarto de estar ocupaban el resto del espacio. Sillas, sofás y algún que otro diván se distribuían a lo largo de la estancia de manera muy artística. Esculturas de formas imposibles y cuadros que llamaban a la meditación eran parte del atractivo en el *loft* y tema recurrente cuando algún invitado se quedaba sin conversación.

—Por fin has llegado. ¿Qué sería de una fiesta sin su anfitriona? —cuestionó uno de sus compañeros apartándola de Kieran.

La mayoría habían decidido ir directamente desde el trabajo, sin cambiarse. Solo unos pocos, los que vivían cerca de ella, habían podido escaparse a casa para encerrar su faceta responsable y dejar salir su lado más loco y divertido.

Kieran decidió sumergirse en el ambiente y para ello no dudó en buscar *la mesa*. Esa donde había bebida, y esperaba que comida también. Estaba muerto de hambre. No se había llevado nada a la boca desde mediodía.

Tardó un buen rato en llegar al refrigerio, pues se paraba cada poco con empleados de los diferentes departamentos. A excepción de algunos jefazos que se debían a sus responsabilidades familiares, la plantilla al completo parecía estar allí. Se asombró de descubrir a cuántos de ellos conocía. Unos por ser los más veteranos, otros por ser el pilar sobre el que se sostenía la empresa. Unos porque llevaban bollos a la oficina, otros porque eran los que se los comían sin decir nada.

Saludó, estrechó manos e intercambió un par de chascarrillos. Una hora después llegó a su prometida cerveza. Abrió la nevera que había junto a la mesa, sacó una lata de *Guinness* y, allí mismo, le dio un buen trago.

Si *With or without you* podía considerarse el himno con el que Cara había abierto las puertas de su casa a Kieran cinco años tarde, la canción que comenzó a sonar en ese instante lo retrotrajo

a la época en que Holly lo dejó.

La pérdida de su abuela había dejado muy tocado a Kieran y ni Isla ni Holly consiguieron recuperar al hombre que había sido. Después de permanecer seis meses a su lado viendo que era una persona completamente diferente a la que ella conoció y de la que se enamoró, decidió romper con él y buscar su felicidad en otra parte.

This Romeo is bleeding *Este Romeo está sangrando*
But you can't see his blood. *Pero no puedes ver su sangre.*
It's nothing but some feelings *Solo es una sensación*
That this old dog kicked up. *Que levantó este perro viejo.*

It's been raining *Ha estado lloviendo*
Since you left me. *Desde que me dejaste*
Now, I'm drowning *Ahora, me estoy ahogando*
In the flood. *En la inundación.*
You see, I've always been a fighter *Ves, siempre he sido un luchador*
But without you, I give up. *Pero sin ti, me doy por vencido.*

La melodía taladró los oídos del irlandés hasta que comenzaron a dolerle y algo dentro de él se removió. *Always* de Bon Jovi había supuesto un punto de inflexión entre su compromiso con Holly y la vida libertina que había estado viviendo hasta entonces. En ese momento había conocido a Cara, cuando más hundido estaba por la pérdida de su abuela y, más recientemente, de su prometida.

Sin embargo, la historia de Cara y Kieran no parecía estar escrita en piedra sino, más bien, en arena. Donnelly era un náufrago a la deriva y había visto a Cara como el flotador al que aferrarse mientras que ella no buscaba nada serio y solo le utilizó. Kieran aprendió de esa relación a ocultar lo que sentía tras una armadura de hombre cínico y divertido para protegerse y no volver a sufrir y le había funcionado hasta la fecha.

Ahora que Beca había derribado todos los muros que él había levantado, Cara se daba cuenta del hombre que tenía ante ella y del error que había cometido en el pasado. Sin embargo, las tornas habían cambiado y ahora la posibilidad de un futuro juntos estaba en manos de Kieran. ¿Qué decidiría él? Por de pronto, se sumergió en la cerveza para acallar las lágrimas que habían venido a sus ojos como un torrente. No podía soltar de golpe todo el lastre que había estado reteniendo hasta entonces y, aún menos, en aquella fiesta, por lo que el alcohol sería su aliado

esa noche.

Perdió la cuenta del número de botellines que había bebido cuando vio a Cara acercarse a él.

—¿Qué haces aquí tan solo? —le preguntó esta, al comprobar que no quedaban más que ellos dos en el *loft*.

Cuando el reloj marcó las once, la gente había comenzado a disgregarse. Cualquiera diría que la escasez de bebidas les habría ahuyentado, pero existía un motivo más legítimo y era que al día siguiente era laborable.

Kieran alzó la vista, sentado como estaba, y una pequeña nube pareció instalarse sobre su cabeza. Se sentía algo extraño, pero aún era capaz de razonar con lógica.

—Dijiste que me llevarías a casa cuando terminara la fiesta.

—No pensé que fueras a esperarme —se sinceró Cara—. Podrías haberle pedido a cualquiera que te acercara.

—Podría, pero, por norma, no suelo escaquearme de las promesas, sean propias o ajenas.

—Vamos, Príncipe Azul —dijo ayudándole a levantarse—. Te llevaré antes de que desfallezcas en mi sofá.

Con las mismas, igual que se había alzado, Kieran volvió a derrumbarse como peso muerto sobre el asiento. No conseguía mantener el equilibrio y Cara era fuerte, pero no tanto.

—¿Qué voy a hacer contigo? —preguntó mirándolo con las manos apoyadas en las caderas.

Kieran tiró de ella y la joven cayó sobre su regazo.



Valladolid
Viernes, 20 de enero

A pesar de las plantillas que llevaba en el calzado, la tira que seguía poniéndose para mantener el dedo gordo pegado a su vecino y los baños de agua con sal en que sumergía el pie al llegar a casa, Beca no sabía con seguridad si la fisura había sanado ya o no.

Teniendo en cuenta cómo funcionaba Sanidad —si pedía cita para el traumatólogo, le darían fecha para dentro de tres meses, si no era algo más—, decidió acudir a Urgencias y decir que tenía unas ligeras molestias. Puede que así le hicieran una radiografía y le dijeran el estado de su fisura. Sabía que no estaba bien, pero si la Sanidad no iba a ella, ella iría a la Sanidad.

Vivía a solo diez minutos del hospital, por lo que caminó con calma y, durante el trayecto, contestó un par de mensajes. Al llegar a la entrada, buscó la recepción e informó de lo que le ocurría. Le mandaron sentarse en una sala donde otros pacientes como ella esperaban su turno. Uno se quejaba del retraso que había después de una hora allí. Otro replicó que no se quejara tanto, pues una tarde de verano se había pasado cerca de cinco horas esperando su turno, sin tener nada que beber, a pesar del calor. Cada vez era más notoria la escasez de médicos y de recursos que habían llevado a cerrar varios centros médicos rurales de la provincia, a crear saturaciones en Urgencias y a ampliar las ya de por sí largas listas de espera en la capital.

—Rebeca Garrido. —Su nombre sonó por el altavoz dos horas más tarde.

Al parecer, los médicos hacían lo que podían, revisando todos los casos que llegaban y gestionándolos por nivel de gravedad, pero aun con todo, los pacientes no estaban nada contentos.

Beca se levantó y cruzó las puertas automáticas que separaban el pasillo y la sala de espera del resto del hospital. Allí aguardaba un celador que la acompañó a un box y la dejó de nuevo esperando.

La puerta se abrió, pero nunca habría imaginado quién se encontraba al otro lado del pomo.

—Rebeca, ¿eres tú?

—¿Y tú eres?

—Estela. Fuimos juntas al colegio.

—¡Lagartija! —exclamó Beca, pizpireta. Se levantó de la camilla y se dieron dos besos.

La enfermera se rio divertida a la par que un tanto avergonzada.

—Hacía mucho que nadie me llamaba así.

—Discúlpame. Sabes que te lo llamábamos con cariño.

—No te preocupes, no me molesta, aunque prefiero que me llames por mi nombre.

—De acuerdo. Te llamaré Estela si tú me llamas Beca.

—Perfecto, Beca. Hacía tiempo que no nos veíamos. ¿Cuánto? ¿Diez? ¿Doce años?

—Sí, puede. Hace mucho. Es cierto.

—Me extrañó no verte antes.

—Y eso, ¿por qué?

—Por lo de tu padre. Tu madre se queda por las noches con él y tu hermana llama a menudo para ver cómo se encuentra.

—¿Mi padre? ¿Está aquí? ¿Qué le pasa? —preguntó Beca, visiblemente alterada.

—Pensé que lo sabías. No debí decirte nada. Perdona —pidió antes de intentar escabullirse.

—Espera, Lagartija. Por favor.

Estela no se lo tuvo en cuenta. Por su rostro podía ver que estaba en *shock*. Recibir una noticia de ese calibre de sopetón, podía traer las consecuencias más funestas. Bien lo sabía ella que trabajaba en un hospital.

—Estela —le recordó la enfermera con amabilidad.

—Estela. ¿En qué planta está?

—Sabes que no puedo decírtelo por la confidencialidad médico-paciente, pero si por casualidad pasas por la planta de Cardiología y te detienes en la habitación 713, puede que te encuentres con tu madre —dijo a modo de despedida.

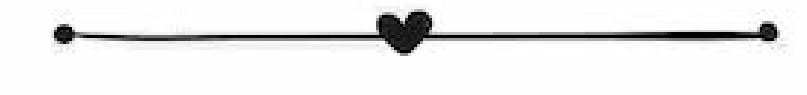
—Gracias, Estela. ¿Cómo puedo agradecértelo?

—Tomando un café conmigo cuando estés más tranquila.

—No tengo tu teléfono.

Estela sacó un bloc de notas de su bolsillo y garabateó algo rápido. Arrancó la hoja y se la entregó.

—Aquí lo tienes. Ha sido un placer verte —le dijo antes de despedirse y marcharse del box.



La puerta no tardó en abrirse para dejar paso, esta vez sí, al médico. En cuanto Beca lo vio, le pareció una mezcla perfecta entre un *amish* y un hípster en horas bajas. Tenía una frondosa barba bajo la que, estaba segura, se ocultaba una sonrisa cautivadora. Sin embargo, fue consciente de que, aunque era ciertamente mono, no le atraía en absoluto. Ella solo tenía ojos para Kieran.

Beca siempre había pecado de ingenua. Cuando se entregaba a algo, lo daba todo al cien por cien. Y en su relación con Fer, no fue menos. Sus amigas se habían burlado de ella más de una vez porque era incapaz de fijarse en otros hombres. Según Cris y Noe, mirar no hacía daño a nadie ni era considerado un engaño. Es más, era un regalo para la vista, como solían decir en

broma.

Observó cómo el médico miraba algo en el ordenador y, entonces, se dirigió a ella.

—Aquí dice que se hizo una fisura del dedo gordo hará 3 o 4 semanas.

—Eso es.

—Bien. ¿Y ha mantenido reposo como le aconsejaron?

—Sí. De hecho, lo poco que me he movido ha sido con silla de ruedas o muleta —mintió descaradamente.

—Pero le han vuelto los dolores.

—Sí —volvió a engañarlo.

—Está bien. Descúbrase el pie.

Beca obedeció y se descalzó. Se sentó en la camilla y extendió las piernas para que el médico pudiera examinar el pie.

—Lo tiene algo hinchado. ¿Sabe que si hace esfuerzos puede provocar que la fisura se convierta en fractura y tengamos que operarle? —la advirtió después de palpar con cuidado el dedo gordo y la zona de alrededor.

—¿Cómo que operarme?

—Sí. Tendríamos que abrirle el pie para implantarle placas o incluso tornillos hasta que el hueso se soldara. Por supuesto, luego tendríamos que operar de nuevo para extraerlos.

Beca se puso blanca como la nieve y tuvo que agarrarse a la camilla para no caerse.

—Tranquilícese. Solo la estaba poniendo a prueba —dijo ayudándola a recostarse. Beca era de ese tipo de personas que no siempre captaba la ironía o los dobles sentidos. El médico le puso un paño de agua fría en la frente y la presión arterial de la joven comenzó a estabilizarse—. Ya que está aquí, voy a hacerle una radiografía para asegurarme de que todo está bien. Espere aquí un momento.

—De acuerdo —aceptó sin más. «Tampoco es que pudiera irme ahora mismo a ninguna parte», pensó mientras se serenaba.

—¿Quiere que llame a alguien para que le haga compañía en lo que espera? —se ofreció visiblemente preocupado.

—He venido sola, pero no se alarme. Ya estoy mejor —aseguró con algo de color en sus mejillas.

El médico asintió y se marchó. Un rato después, con la radiografía de la mano, le dijo que no tenía de qué preocuparse. La fisura estaba casi cicatrizada. Eso sí, le instó a seguir manteniendo reposo y a que pidiera cita con el traumatólogo en un par de semanas para mayor seguridad.

Una vez que Beca salió del box, tomó el ascensor y se dirigió a la séptima planta con cuidado de no encontrarse con su madre. No tardó mucho en dar con la habitación. La puerta estaba entreabierta y por el quicio pudo ver a sus padres charlando animadamente. Beca sonrió y notó

cómo el ensordecedor ritmo de su corazón se apaciguaba de forma paulatina.

Ya lo había visto, sabía que estaba estable y podía irse tranquila. No quería que la descubrieran. Cuanto más tiempo pasara allí, más riesgo corría. Se dio la vuelta y huyó de allí como alma que lleva el diablo. Sin embargo, lo que no se imaginó es que alguien la había descubierto en el hospital mucho antes.



Valladolid,
Sábado, 21 de enero

Era sábado y Beca esperaba que el día viniera con la consiguiente satisfacción de ver de nuevo a Kieran. Había revisado el teléfono nada más levantarse, creyendo que habría recibido algún mensaje de él, tal vez incluso una llamada que no hubiera escuchado, pero no fue así. Comprobó que el sonido del móvil funcionara correctamente y se lo guardó en la cazadora antes de poner rumbo a la pastelería.

Se despidió del teléfono en la taquilla y rezó porque no le hubiera pasado nada a Kieran. Al menos, si este no venía a Valladolid, contaba con que le avisaría de alguna manera. Decidió que si no tenía noticias de él cuando saliera de la tienda, llamaría a Isla con algún subterfugio y descubriría si estaba bien.

—Buenos días, Beca —le saludó Javier nada más entrar.

Parecía de muy buen humor, algo que le molestó un poco. ¿Qué podía hacerle tan feliz cuando ella ya se sentía molesta con solo entrar por la puerta y saber que tendría que compartir el obrador con él? No le gustaba un pelo trabajar con Javier y creía que lo habría captado por cómo lo ignoraba. Había aceptado hacerlo porque se lo había prometido a Nieves y Antonio, pero eso no implicaba que tuvieran que llevarse bien.

—Buenos días —siseó con trabajo.

Sus padres le habían dado una buena educación y, a pesar de las circunstancias, Beca era incapaz de negarle a nadie el saludo. Tras ponerse el delantal, se dirigió al cuaderno donde se apuntaban los pedidos para saber cuál era la tarea de ese día, pero Javier se le adelantó.

—Tenemos que preparar una *Red Velvet*, un bizcocho de chocolate con Oreo y *cupcakes* de vainilla —concluyó llenando la encimera de ingredientes.

—¿Una *Red Velvet*? No lo vi apuntado antes de irme a casa. ¿Cuándo se tomó ese pedido? —preguntó extrañada.

—Es que no lo estaba. Llamaron justo antes de cerrar.

—¿Y no se te ocurrió llamar para preguntarme?

—¿El qué exactamente?

Beca subió las cejas, incrédula.

—Pues, tal vez, si podíamos aceptarlo o no.

—¿Hay algo que deba saber? —preguntó Javier, sopesando si Beca realmente se replanteaba su liderazgo o si había algo que él desconocía.

—Hay demasiados pedidos y solo tenemos cuatro manos. ¿Has olvidado que Antonio está cuidando de Nieves?

—No, no lo he olvidado —respondió él, de mala gana. La actitud de Beca le había agriado el

humor. Javier se consideraba un hombre paciente hasta cierto punto—, pero no creo que haya tantos pedidos. ¿Cómo os organizabais antes de que llegara yo?

—Para empezar, siempre hemos entregado todos los pedidos a tiempo, pero lo que quizás has olvidado es que hay una tarta de boda por montar y me llevará gran parte de la mañana.

—¿Y no crees que sea capaz de hacer esos pedidos por mi cuenta?

—Yo no he dicho eso —ladró molesta—. Solo digo que es demasiado trabajo para los dos y que tendremos que quedarnos hasta tarde para acabarlo.

—Bien. Yo no tengo planes hoy —aseguró Javier, muy tranquilo, alzando las manos al aire —. ¿Y tú?

Beca resopló para evitar decir alguna barbaridad de la que podría lamentarse más tarde.

—Me pondré con la tarta. Los bizcochos ya estarán fríos y la florista llegará en cualquier momento —apuntilló antes de dirigirse a la nevera.

—¿Necesitas que te eche una mano? —se ofreció voluntarioso.

—Me las arreglaré bien sola —contestó Beca, ofendida. Ella era perfectamente capaz de montar la tarta de boda. Es más, Javier no sabía cómo debía ir el montaje y corría el riesgo de estropearlo todo.

Mientras Beca se encargaba de cortar los bizcochos de chocolate por la mitad y rellenarlos con nata, el joven se dedicó a mirarla a escondidas entre encargo y encargo. La joven cubrió toda la tarta con una pasta de azúcar negro que, a su vez, pintó con una especie de tiza comestible. El mimo con el que escribía cada palabra, la concentración que exhibía al cuidar el *lettering* y la sonrisa que floreció en sus labios cuando contempló el resultado de un trabajo bien hecho hicieron que Javier admirara aún más a la repostera.

La tarta era completamente negra. Sin las habituales decoraciones con perlas, lazos o estampados. En el piso más alto había dibujos de filigranas y la palabra «LOVE»; en el intermedio, unos corazones envolvían los nombres de los enamorados, y en la base, unas flores adornaban una emotiva frase: «Nos conocimos, nos vimos, nos enamoramos, nos elegimos». En la cúspide iría un centro de flores naturales que llegaría de un momento a otro.

Cuando Beca alzó la vista, descubrió que Javier iba bastante rezagado. Si no se daban prisa, no cumplirían con los plazos según lo previsto. Aparcó la tarta a un lado hasta que estuviera terminada y pudiera llevarla al hotel y, entonces, revisó de nuevo los pedidos.

—El bizcocho de chocolate con Oreo está terminado y los *cupcakes* de vainilla están a punto. Me pondré con la Red Velvet y tú harás la bollería —dijo ella repartiendo el trabajo con nervios de acero.

—No será necesario, yo me encargaré —le cortó de forma brusca.

Beca sintió una punzada en el pecho. Si no conociera a Javier habría pensado que era una persona resentida y malhumorada, pero una sola tarde con él le había bastado para saber que era

divertido, además de protector con la gente que conocía. Si eso no era suficiente, su respuesta le decía que era una persona orgullosa, que no se dejaría vencer a la primera de cambio. Habría sido un amigo bueno y leal de por vida si las circunstancias hubiesen sido otras.

Se dio cuenta que la culpable de todo aquello no era otra que ella misma. Javier había aguantado estoicamente cada mala contestación y mal gesto que ella le había dado, pero la paciencia tenía un límite y ella había rebasado con creces la de él.

—Si sigues a ese ritmo, puede que la termines, pero no estará fría cuando vengan a recogerla —señaló preocupada, dejando de lado el hilo de sus pensamientos.

—Estará lista a tiempo —espetó molesto.

La mañana avanzó con la misma cadencia que los dos se movían por la cocina: de forma frenética. Permanecieron en silencio, pero no pararon de lanzarse miradas furtivas evaluando y midiendo las creaciones del otro para ver si daban la talla o no. Era tal la tensión existente entre ellos.

Javier acabó el primero y metió la tarta en la nevera. Volvió a mirar a Beca y después a la encimera. Se decidió a recoger los ingredientes que le habían sobrado y limpiar.

—¿Nadie te ha dicho antes que eres muy competitiva? —le echó en cara sin alzar la vista de la mesa.

A Beca no le pillaron por sorpresa sus palabras. Sabía que no había sido justa con él. Todo lo contrario. Llevaba varios días poniéndole contra las cuerdas y él solo había hecho lo que cualquier otro en su situación: reaccionar.

—No sé de qué hablas. Me gusta hacer bien mi trabajo.

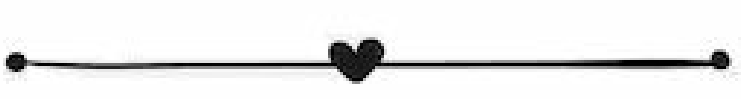
—No se trata de eso. Una cosa es que seas perfeccionista y otra que actúes como una bruja mezquina y rencorosa. Puedo entender que te cueste aceptar a alguien nuevo cuando eres tan cuadriculada y meticulosa, pero acepta de una vez que yo soy quien heredará esta pastelería —soltó a bocajarro haciendo que Beca se quedara blanca como la nieve.

Ambos se miraron por un instante y a Javier no tardó en visitarle la culpa.

—Voy a averiguar por qué la florista aún no ha llegado —añadió la repostera, recobrando el ánimo y dándole la espalda para ocultar sus ojos vidriosos.

—Beca, yo...

Javier quiso redimirse, pero ya era tarde.



Cuando el reloj dio las dos, Beca dio la vuelta al cartel de *Abierto*, se quitó el delantal y lo lanzó al cubo de la ropa sucia. Cogió sus pertenencias y salió escopetada antes de que Javier pudiera retenerla.

La repostera sabía que era quisquillosa, ¿pero de verdad lo era tanto? La había llamado mezquina, rencorosa y cuadriculada. ¿Cuadriculada? ¿En serio? ¿Tan malo era querer tener todo controlado a la perfección sin dejar espacio para el más mínimo error? A ella le había funcionado. ¿O no? ¿Y si ese era el motivo por el que Fer había huido de su lado?

Sacudió la cabeza tratando de alejar todas aquellas ideas. En poco tiempo se le habían juntado demasiadas preocupaciones y no estaba habituada a ello. Podía gestionar el estrés en el trabajo o en su vida personal, pero no ambas a la vez. Decidió aparcar el que más dolores de cabeza le estaba dando en ese instante y se centró en la ausencia de noticias de Kieran.

Comprobó que el móvil no tenía notificaciones. Suspiró resignada y marcó el número de Isla. No sabía si la pillaría en medio de algo importante, pero su preocupación era mayor que su vergüenza. Una voz de mujer le indicó que el número al que llamaba estaba apagado o fuera de cobertura. Le escribió un mensaje y devolvió el teléfono al bolso antes de alzar la vista y toparse de frente con el hospital.

Solo hubo una cosa que logró animar a Beca y fue cruzar la carretera y ver a su padre. Era la segunda vez que iba a visitarlo, pero se manejaba por sus pasillos como si ese fuera su lugar de trabajo y no la pastelería.

El día anterior se le había hecho cuesta arriba verle tumbado en una cama, con una aguja en el brazo y fingiendo que aquello era normal. Había dos tipos de personas en el mundo: las que sufrían en silencio y las que no les importaba mostrar su dolor en público. Su padre era de las primeras. Sabía que lo único que conseguiría quejándose sería preocupar más a su mujer y eso era algo que no quería.

Desde que era cría, su padre había sido su referente, su modelo a seguir, su héroe. Era alguien que lo sabía todo, que nunca se equivocaba y al que podía pedir consejo siempre que lo necesitaba. Según fue creciendo, se fue dando cuenta de que Jesús era una persona normal y corriente como ella y de que tampoco lo sabía todo. Al menos, no en cuanto a lo que Fer y ella sentían. Cuanto más crecía, más notaba que las cosas que antes les unían como padre e hija eran ahora las mismas que los separaban. Beca ya no era una niña, lo cuestionaba todo y su rebeldía no hacía sino poner patas arriba la vida de la familia al completo. El rechazo que sus padres habían mostrado por su relación con el futuro arquitecto había sido la gota que había colmado el vaso.

Beca era consciente de que había madurado más rápido que otras chicas de su edad. A los diecisiete, otras discutían con sus padres por hacerse un *piercing* o un tatuaje mientras que ella luchaba por pagar un alquiler y tener algo que llevarse a la boca. Lo único que lamentaba de esa época era haber estado tan ciega. Si hubiera sido más avispada, se habría dado cuenta de que el precio que Fer le exigía era demasiado alto.

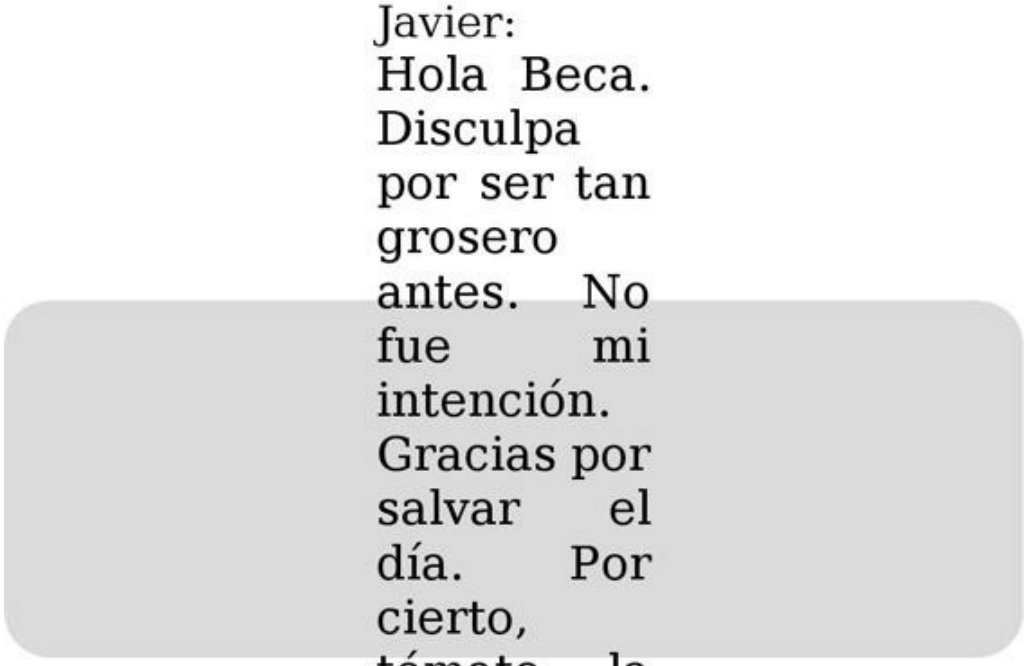
Había pasado seis años sin ver a sus padres más que a través de las pocas fotos que

conservaba de ellos. Pensó en lo afortunada que era de que los dos siguieran con vida y rezó para que Paula regresara cuanto antes. Deseaba estrecharlos entre sus brazos y besarlos, pero sabía que eso solo sería posible si su hermana intercedía por ella. Era consciente de que no sería algo inmediato, sino más bien gradual.

Debía darles tiempo para que aceptaran la posibilidad de volver a verla después de tantos años. Además, también existía la opción de que no la quisiesen a su lado. Solo ellos sabían el daño que Beca les había causado. Algo así no podía perdonarse tan fácilmente.

Vio a su padre bromeando con la enfermera mientras esta le dejaba la cena. No había cambiado en todos estos años, seguía siendo el mismo bromista de siempre. Sonrió emocionada antes de que la enfermera saliera y ella tuviera que darse la vuelta y simular que contestaba un mensaje para que sus padres no la reconocieran.

Cuando salió del hospital, su móvil le avisó de que tenía una notificación. La abrió de inmediato esperando encontrarse con un mensaje de Kieran, pero quien lo enviaba no era él sino Javier.



La sorpresa de la repostera fue mayúscula, pero agradeció no tener que volver esa tarde a la

pastelería y enfrentarse a su jefe tras sus duras palabras. Necesitaba desconectar un poco de todo lo que le estaba pasando y qué mejor manera que hacer lo que más le apasionaba.

Volvió a casa y decidió ponerse a hornear algunas de las recetas que le había inspirado su viaje a Irlanda. Creía que era hora de renovar el catálogo de la pastelería y había pensado en hablar con Nieves a su regreso. Sin embargo, su indisposición y la aparición de Javier habían complicado las cosas. Si esperaba a dar con la ocasión adecuada, esta nunca se presentaría. Ella bien lo sabía. Había dejado pasar seis años en una relación de pareja que no iba a ninguna parte, sacrificando en el camino a sus seres queridos.

La tarea tendría una doble función. Primero, la mantendría distraída sin darle vueltas a la cabeza. No quería pensar y ponerse en lo peor, que a Kieran no le hubiera pasado nada, que simplemente se hubiera cansado de ella porque había encontrado a otra mejor. Después de todo, habían pasado cinco años desde su única relación seria conocida y, desde entonces, no había hecho sino alternar un ligue tras otro. De Holly ya no quedaba más que un vago recuerdo y ella, si sus sospechas se confirmaban, sería otra muesca más en su cinturón. Y segundo, y más importante, llevaría los postres como ofrenda de paz a Javier, además de una manera de plantearle su propuesta.

Se había quedado varias horas horneando y el cansancio acumulado del día había podido con ella. Sentada como estaba sobre uno de los taburetes, había apoyado la cabeza sobre la encimera y allí seguía cuando el teléfono la despertó. Levantó la cabeza y notó algo caliente sobre su mejilla. Se trataba de algo de chocolate que le había sobrado y que había terminado fundiéndose con su cara.



Valladolid

Domingo, 22 de enero

El teléfono seguía sonando y Beca terminó de despertarse.

—¿Sí? —preguntó con voz somnolienta.

—¿No me digas que te has quedado traspuesta? No puedo creer que la señorita Miss Perfección se haya dormido —se burló la mujer del otro lado de la línea.

—Ja, ja. Muy graciosa, Isla. Estuve toda la tarde horneando mientras esperaba noticias tuyas.

—Así que ahora te consideras el referente moderno de Penélope[7].

—Te aseguro que no estoy dispuesta a esperar veinte años ni por Kieran ni por nadie.

—Ahí está la fierecilla domada[8] —siguió con las bromas su amiga.

—Te confundes de libro o ¿es que has decidido reescribirlo?

—Que seas la pequeña de las dos hermanas no quiere decir que no puedas ser la malhumorada. Las cosas no siempre salen como deberían.

—¡Qué me vas a contar! —exclamó antes de mirar el reloj de la pared y ser consciente de la hora que era—. Esto... Isla, no es que sea una desagradecida, pero tengo el pelo cubierto de chocolate y aún tengo que ducharme antes de ir a la pastelería.

Se oyeron unas risas al otro lado de la línea.

—Pagaría una fortuna por verte. ¿Me envías un *selfie*?

—IIIsla —alargó su nombre mostrando su enfado.

—Está bien. Solo llamaba para decirte que no te preocupes por mi hermano. Sigue vivito y coleando. Trabajando duro, así que este finde no le verás el pelo.

—Te lo agradezco —dijo más tranquila.

—Bueno, te dejo, Cenicienta, *bye*.

—De acuerdo. Luego hablamos.

Fue al baño, se miró al espejo y se sintió un poco como Bridget Jones, con esa coleta medio desecha y una desastrosa vida sentimental. Se dio una ducha rápida, se vistió y cogió las llaves. Por suerte para ella, vivía a tan solo diez minutos andando de la pastelería.

Llegó al establecimiento más tarde de lo planeado. Rezó porque Javier no se tomara la revancha con ella. De hecho, si lo hacía no se lo tendría en cuenta. Se lo tenía más que merecido.

Javier atendía a un cliente cuando ella entró cargada con dos bolsas de las que destilaba un delicioso aroma. Este terminó de despachar y siguió a Beca a la trastienda.

—¿Te encuentras bien? No tienes buena cara —preguntó Javier, sabiendo que Beca no estaba pasando por su mejor racha.

—Estoy algo cansada. Solo eso.

—Deberías irte a casa. Tal vez tengas fiebre —le propuso, preocupado, alzando la mano para ponérsela en la frente.

—No será necesario —se apartó Beca de inmediato—. Se me pasará en cuanto me mueva un poco.

—De acuerdo —zanjó el tema Javier, pues la curiosidad podía con él—. ¿Qué traes ahí?

—Estuve probando recetas nuevas y decidí traer unas muestras —dijo abriendo la bolsa.

Beca empezó a sacar las bandejas, perfectamente colocadas y tapadas con film transparente, y las desplegó a lo largo del mostrador. Había algo más de una docena y la variedad en color, tamaño y sabor, como descubriría Javier muy pronto, era amplia.

El joven cortó un trozo de lo primero que encontró: una *Tarte Tatin*, que tenía la manzana abajo y la pasta arriba. Al igual que los ojos, su paladar no le engañó. Estaba realmente deliciosa. Luego probó un pedazo del Milhojas; un par de *éclairs* rellenos de café y chocolate, y una porción de *Tarta Tropézienne* —un *brioche* relleno de crema pastelera—. El contraste de sensaciones era espectacular. Sin embargo, el sobrino de sus jefes no mostró emoción alguna. Le recordó de inmediato a ese presentador tan inflexible del conocido *talent-show* de cocina.

¿Cómo podría plantearle que añadieran alguna de esas recetas al *stock* de la tienda si ni tan siquiera le gustaban? Entendía que cambiar el repertorio de dulces en fechas tan señaladas no era algo para tomar a la ligera. De ello dependía el éxito de la caja y que siguieran abriendo después de San Valentín.

—¿Y bien? —preguntó Beca, expectante, cuando Javier posó la cuchara sobre la mesa.

—Creo que están bien, pero no me convencen.

—¿Por qué?

—Espera un momento —dijo mientras una sospecha asaltaba su mente—. Los trajiste porque querías incluirlos en el catálogo de la pastelería. ¿Me equivoco?

Ella negó con la cabeza.

—La idea me vino estas Navidades. Me di cuenta de que Tanto Monta[9] se centra únicamente en postres tradicionales de Castilla. Tal vez deberíamos abrirnos al mundo exterior. Incluir recetas más cosmopolitas.

—Es una buena idea, pero no podemos cambiar a estas alturas los confites y, aún menos, mezclar repostería tradicional y vanguardista.

—En realidad, había pensado que podíamos cambiar todo de golpe.

Javier la miró perplejo.

—¿Le comentaste algo de esto a mi tía?

—No tuve oportunidad. Cuando volví, me topé contigo al mando.

La joven despejó la mesa mientras Javier daba la estocada final.

—Voy a ser sincero contigo, Beca. Tu idea es buena pero no para Tanto Monta, así que seguiremos como estamos. Y ni una palabra a mi tía. No quiero alterarla más de lo necesario, ¿entendido?

La repostera asintió, mustia. Sabía cuando había perdido la partida y esta era una de esas veces. Al menos parecían haber hecho las paces sin tener que hablar de lo ocurrido.



Un rato más tarde

Nada más comer, Beca llamó a Paula para hablar con ella y preguntarla por su gira, pero esta no le contestó. Estaría ensayando o quizá incluso descansando un poco antes de su siguiente actuación.

Era temprano, así que fue al hospital a ver a su padre. No podía considerarlo una visita como tal, puesto que no había interacción entre ellos dos, pero, al menos, se aseguraba de su estado y se quedaba tranquila.

Tomó el ascensor como el día anterior y fue derecha a la planta de Cardiología. No vio a Estela por ninguna parte. Caminó despacio hasta la habitación 713 y se asomó con cuidado. Estaban las pertenencias de su padre, pero allí no había nadie. Puede que se lo hubieran llevado para hacerle alguna prueba o simplemente estuviera en el baño. Saldría a las escaleras, donde nadie la vería, y regresaría en cinco minutos. Comenzaba a sentirse como una verdadera acosadora y sonrió ante la ocurrencia.

Se dio la vuelta y se tropezó con alguien que le resultaba familiar. Un hombre alto, de rostro enjuto, la examinaba con detalle.

—¿Le conozco de algo? Su cara me resulta familiar.

—Sí, la vi en Urgencias hace un par de días. Más concretamente, a su pie, pero espero que no le haya ocurrido nada serio para verla en esta planta.

—Disculpe, no le había reconocido sin la barba —se excusó Beca por su falta de modales—. No, de hecho, no estoy aquí por mí —comenzó a divagar, no queriendo entrar en detalles.

—Ya veo que eso de seguir las normas no va con usted. Las horas de visita son por la tarde, pero no se preocupe. No se lo diré a nadie —bromeó el médico, guiñándole el ojo.

—Será mejor que me vaya. Puede que otro no sea tan amable como usted.

—Sí, será lo mejor. ¡Ah! Y cuídese ese pie.

Beca asintió antes de darle la espalda y dirigirse al ascensor.

Una vez regresó a casa, llamó de nuevo a su hermana. Esta no tardó en responder. Algo extraño de por sí, pues cuando estaba de gira solía tener el teléfono en silencio y muchas veces era ella quien le devolvía la llamada. Primera sospecha. La segunda vino cuando Paula le dijo que «tenían que hablar» y la tercera, y más definitiva, fue cuando el timbre de su piso sonó en ese mismo momento.

—Hola, Beca. ¿Me invitas a un café?

La sorpresa fue mayúscula. Sobre todo cuando le había dicho que tardaría cerca de un mes en regresar. Comenzaba a plantearse si algo de todo lo que le había dicho era cierto.

—¿Desde cuándo tomas café? —preguntó Beca, apalancada en mitad de la puerta para no

dejarla pasar. Como si montar una escena en el pasillo comunal fuera a solucionar algo a esas alturas.

—Es una forma de hablar, pero ¿vas a dejarme entrar?

—Aún lo estoy pensando.

—Pues no tardes mucho o pronto habrá tema del que hablar en la próxima junta de vecinos.

Beca la echó una mirada que podría haberla atravesado de pleno. Entonces, se apartó a un lado y le permitió entrar. Cerró y la siguió hasta la cocina.

Paula se había sentado en una silla y la observaba detenidamente.

—¿Me vas a decir qué haces aquí?

—¿Y tú me vas a poner un vasito de leche?

—Paula.

—Beca —le siguió el juego, pronunciando su nombre y mirándola de hito en hito.

—¿Vas a responder a mi pregunta?

—Creo que ya sabes la respuesta.

—¿Por qué no me dijiste nada?

—Creo que eso también lo sabes.

—¿Vas a evitar cada pregunta que te haga?

—Solo las que sean demasiado obvias.

Beca se sentó, cansada como estaba, y la miró. Una tenue sonrisa surgió de manera fugaz en su rostro. Paula compartió su gesto y el ambiente pareció relajarse un poco.

—La primera cosa que quise hacer nada más verle ingresado fue llamarte, pero papá...

—Te pidió que no lo hicieras.

Paula asintió.

—Lo siento mucho. Era una decisión que no me correspondía a mí y tuve que respetarla.

—Lo entiendo.

—¿Y cómo te enteraste?

Bajé la mirada a mi pie y lo moví ligeramente hacia los lados, por si no había quedado lo suficiente claro.

—¿Qué tal lo llevas? Ya he visto que apenas usas la muleta.

—El pie va bien, el resto es otro cantar.

—¿Y eso?

—Desde que regresé de Irlanda todo han sido malas noticias. Antonio y Nieves han decidido traspasar la pastelería a su sobrino Javier y no puedo hacer nada sin que él dé el visto bueno antes, apenas veo a mi chico y, ahora para colmo, esto.

—Eres una reina del drama. Lo de Javier se veía venir de lejos —dijo mostrando el pulgar a modo de enumeración—. Ellos se van haciendo mayores y ya no pueden con todo como antes.

En cuanto a lo de tu chico —esta vez levantó el índice—, me imagino que, si tiene un trabajo de gran responsabilidad, le absorberá por completo. No le des tantas vueltas. Acabáis de empezar y estáis en la mejor etapa. Y a papá —sentenció tras alzar el dedo corazón—, le van a dar el alta en breve, así que no tienes nada de qué preocuparte.

—Según tú, mi vida es maravillosa y me quejo de vicio.

—Algo así, sí —aceptó mientras se levantaba y comenzaba a hurgar entre los armarios de la cocina para prepararse ella misma un vaso de cacao.

—Estupendo —soltó Beca, con ironía.

—Tú has preguntado.

—Hablemos de otra cosa —cortó de raíz.

—Como quieras.

—¿Qué le han dicho los médicos a papá? —adquirió un tono más sereno.

Paula se dio la vuelta, perpleja.

—Creí que ya lo sabías.

—Algo sé, pero supongo que tú estarás mejor informada que yo —le recriminó sutilmente—. He estado yendo a verle sin que él se entere y eso implica cero conversaciones con médicos y enfermeras. Lo sorprendente es que me cruzase con una enfermera que conozco. Si no, no habría llegado a enterarme.

—Vale, vale —cortó sus réplicas antes de retomar la palabra—. Papá lleva un tiempo bastante estresado. En la empresa está habiendo recortes y teme que él sea uno de los que despidan. A su edad no lo contratarían en ningún sitio y ya sabes lo que le cuesta manejarse con las tecnologías. —Beca asintió—. El médico le ha dado pastillas y algunos ejercicios para controlar la ansiedad, pero no está bien.

—Y mamá, ¿cómo lo lleva?

—Ya sabes cómo es. Se lo calla todo. En eso son los dos iguales.

Volvieron a compartir una tenue sonrisa que se disipó casi al instante.

—Ahora te toca responder a ti algunas preguntas —dijo mientras calentaba en el microondas un vaso para su hermana y otro para ella.

—¿Yo? —la miró Beca, interrogante.

—¿Vas a ver a papá y no te atreves a hablar con él? Mejor oportunidad que esa para hacer las paces...

—Lo sé, pero no estaba preparada. Además, no quería que nuestra reconciliación fuera así.

—¿Así cómo? ¿Feliz y agradecido de estar vivito y coleando?

—Nooo —dijo rodando los ojos—. En un hospital. No quiero que cuando se hable de ello algún día, salga a colación este recuerdo tan triste.

—Me vas a disculpar, pero lo que acabas de decir es una soberana tontería. Puedo hablar por

papá si te digo que para él estar en el hospital es una bendición. Y es lo mismo que pensamos mamá y yo.

—Entonces, ¿qué me sugieres?

—Que te dejes de rodeos y vayas a verlos de una vez.

—Ya te lo dije. No me siento capaz.

Paula la miró como solo haría una hermana mayor y se apiadó de ella.

—¿Y si esperásemos a que le dieran el alta y yo te acompañara a verlos?

—Serías la mejor hermana del mundo mundial —respondió Beca haciéndole la pelota.

—De acuerdo. Iré contigo tal y como te prometí.

—Gracias, Paula —dijo Beca cogiéndole de las manos y apretándoselas con cariño.

Paula asintió conforme.

—Y ahora, ¿vas a contarme algo de ese misterioso chico que te tiene tan loquita? —se interesó su hermana llevando a la mesa dos vasos con Nesquik y un pack de galletas, como cuando eran pequeñas y se hacían confidencias.



—Estás de broma, ¿no? —soltó Paula tras escupir la leche que tenía en la boca—. No puedes hablar en serio. ¿Estás saliendo con el imbécil de Kieran?

—Entiendo que te caiga mal, pero una vez que lo conoces es una persona muy agradable.

—¿En serio? —preguntó su hermana, incrédula—. Que me caiga bien o mal es lo de menos. Es su forma de ser. Ese chico no puede tener cerrada la bragueta por mucho tiempo.

Beca se rio ante la forma de hablar tan descarada de su hermana. Algo insólito en ella.

—Espero que te haga la misma gracia cuando descubras la cornamenta que tienes.

Aquel comentario le hizo perder la sonrisa a la repostera. Sobre todo porque recordó el mensaje de aquella chica en el móvil del irlandés.

—¡Basta! Kieran no me haría eso. Me quiere.

—¿Te lo ha dicho?

—Sí y, de hecho, más de una vez.

—En la cama no cuenta.

Beca se quedó sin saber qué decir y cerró la boca para no quedar como una estúpida. Su hermana la conocía demasiado bien.

—Sabes de sobra que los hombres no son muy dados a compartir sus sentimientos.

—Puede que lo que vaya a decirte te duela, pero hay hombres que sí lo hacen. Y no son con

los que, por norma, terminas cruzándote —le sermoneó mientras le acariciaba el hombro con cariño—. Pareces tener un imán para esa clase de tipos.

—¿Qué quieres decir? ¿Que no me merezco ser feliz? —estalló Beca entre lágrimas por la impotencia.

—No, cariño. Solo digo que Kieran no te conviene. A la larga te hará mucho daño.

—Es mi vida y son mis decisiones. Él me hace feliz. ¿Es que no puedes entender eso?

—Demasiado bien, pero cuando él te rompa el corazón, seré yo quien venga a recoger los pedacitos. Otra vez.

—Paula, solo te pido una cosa y no es tan difícil. Que me apoyes en mi relación con Kieran y, si no estás dispuesta, lárgate —espetó Beca, en un arrebato.

Su hermana cogió el bolso y se puso en pie.

—Solo espero que recapacites antes de que te quedes más sola de lo que ya estás —pronunció Paula, sin miramientos.

Beca permaneció sentada y vio cómo su hermana se marchaba de su piso. La rabia la invadía. Paula no tenía pareja y parecía estar celosa de que ella sí, de que existiera la más mínima posibilidad de que pudiera ser feliz. La odió por ello, pero también se sintió culpable porque una parte de ella, aunque mínima, también pensaba como su hermana.

Agarró el florero que había sobre la mesa y lo arrojó con todas sus fuerzas contra la pared. No se sintió mejor y, para colmo, tendría que recoger los trocitos si no quería cortarse. Fue a la cocina en busca del recogedor y comenzó a recoger los cristales uno a uno para no rayar el parqué. Notó un pequeño pinchazo, soltó el cristal de golpe y la sangre, aunque poca, comenzó a manar de la herida.

—¡Maldita sea! ¿Puede pasarme algo más? —ladró furiosa mientras ponía la mano bajo el grifo y esperaba a que la sangre se cortase.



Dublín
Lunes, 23 de enero

Puesto que no se habían visto en todo el fin de semana, Kieran hizo lo imposible por escribirla y hablar con Beca. Desayunaron juntos y, aunque a ella le tocó madrugar en su día libre, no le importó demasiado. Verlo merecía la pena.

La repostera colocó el móvil de pie frente a ella y comenzó a untar las tostadas con mantequilla y mermelada. Kieran se mostró divertido al verla dar buena cuenta de todo lo que había en la mesa. Sabía que para su chica aquella era la comida más importante del día y con su actitud no dejaba lugar a dudas. Le habló de las últimas novedades que había tenido en el trabajo. Se le pasó por la cabeza en un par de ocasiones contarle que estaba trabajando junto a su ex, pero eso solo fomentaría su desconfianza, por lo que descartó la idea. Además, hasta hacía bien poco, había tenido la absoluta certeza de que lo que sentía por Beca le impedía de lleno liarse con Cara o con cualquier otra mujer. Sin embargo, lo que había ocurrido el jueves pasado le había demostrado claramente que no.

Beca le habló de Javier y de cómo los días se le hacían cuesta arriba horneando a su lado. Su empleo soñado había tristemente dejado de serlo. Kieran la escuchó con atención y le dijo que tuviera paciencia. Sabía que, si le ofrecía de nuevo dinero para montar su propio negocio, se sentiría ofendida y se lo tiraría a la cara. Beca era de ese tipo de mujeres que quería hacer las cosas por sí misma. Tardaría lo que tardase, pero lograría triunfar por sus propios méritos. Era una de las cosas que le gustaba de ella. Le inspiraba a ser mejor persona.

—Tengo que irme, cielo.

—¿Ya? ¿No puedes quedarte un ratito más?

—En lo que me limpio los dientes y me visto.

—Hagámoslo juntos.

Kieran no pudo evitar soltar una carcajada.

—Está bien.

Dicho y hecho, los dos se cepillaron los dientes y se enjuagaron teniendo a su pareja al otro lado de la pantalla. Después, Beca le aconsejó a la hora de elegir camisa y corbata y él decidió en cuanto a su ropa interior.

—He de reconocer que mantener una relación a distancia resulta de todo menos práctico. Me pones a cien en cuestión de segundos y me voy con las ganas —protestó él.

—Piensa que si estuvieras aquí llegarías siempre tarde a todos los sitios.

—Me pondría la alarma media hora antes.

—Y no sería suficiente —alegó divertida.

—¡Maldita sea! Tienes razón —contestó Kieran, uniéndose a sus risas.



Valladolid
Martes, 24 de enero

Habían pasado un par de días desde la visita de su hermana y Beca seguía dándole vueltas a la conversación con Paula. Se preguntaba si había hecho bien en contarle lo suyo con Kieran. Llegó a la conclusión de que sí. Si lo hubiera mantenido en secreto, se habría convertido en un estigma para ella.

No paraba de repasar cada palabra que habían hablado. Entendía su sorpresa y que no viera con buenos ojos su relación. Y con razón. ¡Cuántas veces no le había hablado de todas las cosas que no soportaba de Kieran y había echado pestes sobre él! Ahora que lo pensaba se sentía muy avergonzada.

Ella, que siempre había presumido de tener buen criterio, de saber juzgar a las personas y, sobre todo, de ser constante tanto en sus valores como en sus acciones, ahora se había convertido en la peor versión de sí misma. Saliendo con una persona a la que, hasta hace unas semanas, declaraba odiar acérrimamente y discutiendo con su hermana —quién la había apoyado siempre — por él.

Si lo pensaba bien, ella no era la única que había actuado mal. Paula se había callado lo de su padre y había terminado confesándolo después de que la hubiera descubierto. Sin embargo, Beca se había excedido echándole en cara su actitud.

La repostera seguía muy enfadada con su hermana, por lo que no se replanteó siquiera el pedirle perdón. Sabía que tarde o temprano tendría que hacerlo. Había sentido la ausencia de sus padres durante seis años. No quería perderla a ella también.

Estos y otros pensamientos ocupaban su mente mientras caminaba hacia la pastelería.

Cuando llegó allí, no pudo entrar con su llave. La puerta estaba cerrada por dentro. Llamó al timbre y esperó a que alguien saliera y le abriera.

—¡Buenos días, Beca! ¿Qué haces aquí tan pronto? —preguntó el dueño, sonriendo al verla.

—Hola, Antonio. ¿Y tú me lo preguntas? La duda ofende.

—Sí, tienes razón. Eres puro nervio. Anda, pasa —le dijo echándose a un lado y volviendo a cerrar una vez que entró.

Javier salió de la trastienda en ese instante, vestido con una chaquetilla blanca que esta vez llevaba su nombre bordado. Al parecer, no había tardado mucho en hacerse con el lugar. No quería ni imaginar lo cambiado que estaría todo en el obrador tras dos días de ausencia.

—¿Quién anda por ahí? —preguntó el joven antes de descubrir de quién se trataba.

—Hola, Javier —lo saludó con cierto pudor.

—Hola, Rebeca —contestó, lacónico.

Antonio arrugó el ceño y suspiró. Decidió que esa no era su batalla y, para sorpresa de los

dos, los dejó allí solos.

—Acabo de recordar que tu tía me encargó algunas cosas para la comida. Será mejor que me vaya ahora si no quiero encontrarme con una cola kilométrica.

Ambos le miraron divertidos mientras se alejaba. A esas horas no había ningún comercio abierto. Estaba claro que se trataba de una pobre excusa para que limaran asperezas. Unos segundos después volvieron al presente y se observaron atentos.

—¿Cómo va tu pie? Espero que ya estés mejor —preguntó Javier, conciliador, propiciando un acercamiento.

—Bien —respondió Beca de forma fría.

La repostera se sorprendió de su propia actitud. Ella no era así. ¿Por qué ese hombre le irritaba tanto? En cierta manera, le recordaba a Kieran. Solo que con el irlandés había sentimientos ocultos de por medio y con Javier, no sabía por qué, le preocupaba lo que pensara de ella. Tal vez porque este iba a heredar el negocio y, aunque sabía que había más pastelerías, ella no sentía la necesidad de trabajar en ninguna otra más que allí. Aquel era su hogar y no estaría cómoda en otro lugar que no fuera ese.

—Deberíamos entrar en la trastienda y hablar.

—No hay tiempo que perder. Las masas no se harán solas.

—Solo serán cinco minutos.

Beca decidió aceptar. Sabía que Javier no cedería tan fácilmente.

—Está bien. Tú dirás.

—No he venido a hacerme con tu puesto de trabajo.

—Lo sé, ya me lo dijo tu tía.

—Entonces, ¿por qué esa actitud?

—Me cuesta mucho madrugar por las mañanas —espetó mordaz.

—Quiero que nos llevemos bien y eso solo podrá ser si dejamos las cosas claras desde el principio —inició lo que prometía ser un largo discurso—. Mis tíos ya te habrán dicho que he estudiado en *Le Cordon Bleu*.

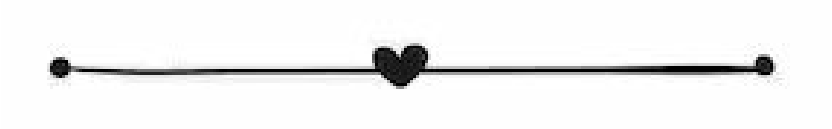
—Sí, pero no hace falta que te des tantos aires.

—Pasé un año aprendiendo de los mejores —dijo Javier ignorando a la joven—, pero también compitiendo a diario con mis compañeros. No estoy dispuesto a pasar otra vez por lo mismo. Si no estás a gusto, puedes irte. Pero antes, solo te pido que me des una oportunidad. Puede que te sorprenda.

Beca lo estudió detenidamente. Pensó en su relación con Kieran, en cómo se había dejado llevar por los prejuicios y, sobre todo, en la petición de Antonio. Decidió aceptar el reto que se le presentaba ante ella y le ofreció la mano.

—Gracias. —Javier se la estrechó con una sonrisa afable—. Y, ahora, ¿por dónde

empezamos?



Beca y él habían decidido dividir el horno con una cinta imaginaria. Cada uno tenía su zona de trabajo y no se inmiscuía en la del otro. No importaba si veían algún fallo por su parte. Al igual que el sitio, se habían dividido también las tareas. Ese día, Javier haría un brazo de gitano y una tarta personalizada mientras que Beca se encargaría de la bollería y el hojaldre.

Lo único que aparentemente parecían compartir era la radio. Javier la había encendido nada más llegar y Beca no se había atrevido a cambiar la emisora. Al principio, para no provocar más tensión de la ya existente entre ellos y, después, porque le agradaban los grupos que tocaban: Celtas Cortos, Fito y Fitipaldis, M-Clan…

La mañana había empezado aparentemente bien, pero según avanzó el día, se fue complicando cada vez más. Isla había llamado para realizar un pedido urgente de última hora y eso, acumulado con los encargos que Javier había tomado por teléfono, había hecho que los dos se encontraran en medio de una carrera de Fórmula 1: dando lo mejor de sí para llegar de forma eficaz y a tiempo a la meta.

Por suerte, ambos habían conseguido superar las tensiones y trabajaban de manera compenetrada. Cuando uno utilizaba el horno, el otro se encargaba de ir preparando la siguiente remesa.

A mediodía, pudieron tomarse un descanso y se miraron satisfechos. El ambiente había quedado impregnado con un toque dulzón gracias a la nuez moscada y la canela que habían utilizado en sus composiciones.

—No ha ido nada mal —dijo Javier, apoyado sobre el mueble.

—Te has defendido bastante bien.

—¿Bastante bien? —repitió sus palabras con sorna.

—De acuerdo. Muy bien —pronunció las dos últimas palabras alto y claro para que su compañero las oyera.

—Eso es otra cosa —rebatió satisfecho—. Gracias. Sin ti, no podría haberlo hecho.

—No te quites méritos. Estás más que preparado.

—Diría que nací para este puesto.

—Bueno, bueno, tampoco te des alas —le cortó, quitándose el delantal y doblándolo un par de veces.

—¿Ya te vas?

—Sí, y creo que tú también deberías —dijo señalando el reloj.

Eran las tres y habían cubierto su horario con creces. En apenas un par de horas debían regresar.

—Creo que me quedaré aquí un rato más. Te veo después.

—Hasta luego —se despidió Beca, exhausta como estaba.

No tenía demasiado hambre. Lo primero que haría cuando llegara a casa sería echarse en el sofá. Ya comería algo cuando se despertara.

Cogió sus cosas y salió a la tienda donde Antonio despachaba a los últimos rezagados.

—Deberías estar con Nieves.

—No te preocupes, se ha quedado su hermana con ella. Así se han desahogado las dos de lo lindo y mientras yo he llevado el pedido de Isla.

—Y nos has ayudado despachando —apuntilló Beca, valorando el esfuerzo que hacía.

—Es lo menos que podía hacer teniendo en cuenta que todavía soy el dueño y que os he dejado con el marrón.

—No te angusties, Antonio. Lo importante es que Nieves se ponga bien. Esas cosas no se planean, surgen en el momento más inesperado.

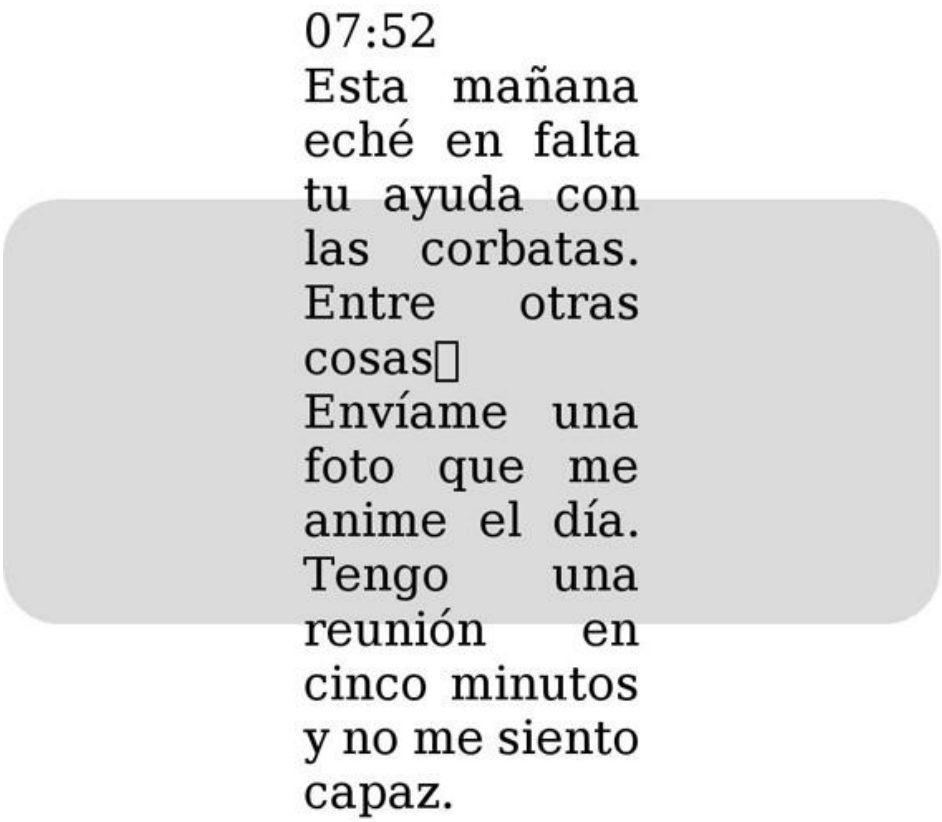
El hombre asintió, apenado.

—Gracias por ser tan comprensiva. Cualquier otra, en tu situación, se habría marchado.

—No exageres. Además, ya sabes que estoy acostumbrada a las horas punta. Manejo bien el estrés.

—Eso es verdad. Me alegro de que Javier y tú por fin os entendáis. —Beca asintió. Ella también se sentía mejor sin toda esa rabia circulando por sus venas—. Los dos sois muy trabajadores y estoy seguro de que sabréis sacar adelante la pastelería sin nosotros.

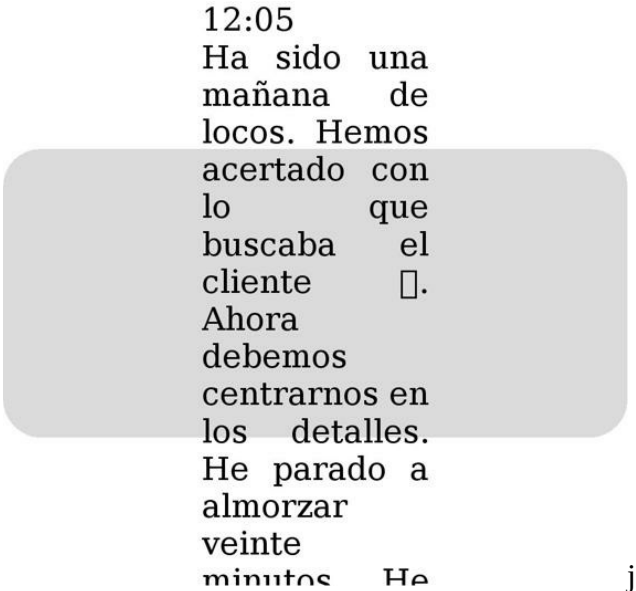
—Tengo que reconocer que me ha sorprendido y mucho. Sabe manejarse en situaciones de estrés y trabajamos bien juntos, pero no se lo digas a él o se le subirá a la cabeza —dijo ella entre risas.



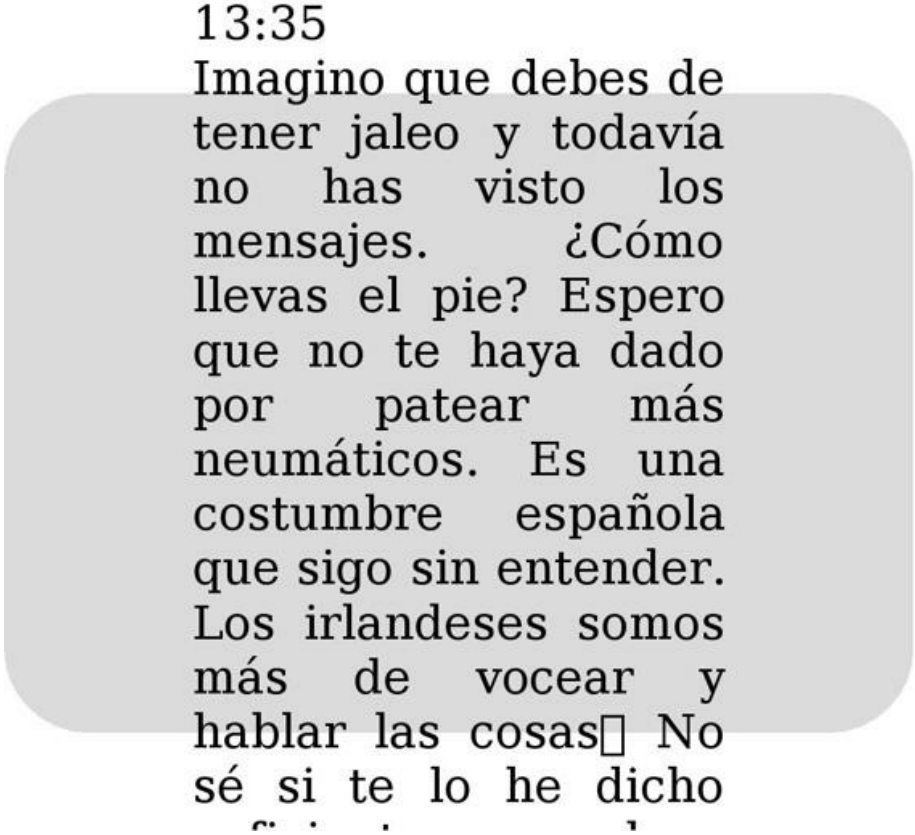
De camino a casa, Beca miró el móvil. Tenía varios mensajes y todos eran de Kieran.

El mensaje venía acompañado de un *selfie*, ante un espejo, donde se veía a Kieran llevar una camisa rosa palo con una corbata rosa chicle. El contraste era marcado y le daba un porte elegante y varonil.

Recordó lo felices que habían estado los dos en Kilkenny, compartiendo risas, confidencias y sábanas. Era pensar en Kieran y la sonrisa de Beca florecía como lo había hecho ese día en los



jardines del castillo. Era un comediante nato. No conocía a nadie que se tomara la vida tan a broma, a excepción de Isla, pero no llegaba ni de lejos a su nivel.



Kieran solía llamarla con otros nombres que no eran el suyo con el único fin de molestarla. Sin embargo, tras una pequeña discusión en Kilkenny, aquella había pasado a ser una broma entre los dos.

—¿Cuándo vas a dejar de llamarme por otros nombres? —le preguntó Beca, sentándose sobre él a horcajadas, en la cama. Le sujetó las muñecas para que no tuviera escapatoria y Kieran no pudo evitar reírse ante lo maravilloso de ese momento.

—¿Por qué? ¿No te gusta?

Beca lo miró alzando una ceja. Kieran aprovechó para deshacerse de su amarre y hacer que cayera de espaldas sobre la cama. La contempló desde arriba. Esta vez era él quien la retenía para que no escapara.

—A decir verdad, no. No lo soporto —gruñó molesta.

—Pues a mí me encanta. Sobre todo, cuando frunces el ceño de esa manera —confesó mientras se acercaba a ella con mirada hambrienta.

—Entonces tendré que buscar un apodo para ti también —insinuó ella, amenazadora.

Se adentró en su cuello y lo acarició con su nariz dejando un rastro de caricias que hizo temblar a Beca.

—¿Y en qué habías pensado?

—Puede que… algo que tenga que ver con… tu afición por… las pelis de ciencia ficción.

—¿Por ejemplo?

—Hawke[10].

Kieran alzó el rostro y la miró curioso.

—Por mucho que me guste el actor, no termina de convencerme.

—Está bien. ¿Qué hay de Kirk?

—¿Kirk?

*—Sí, el capitán de la Enterprise —Kieran permaneció callado—. ¿James Kirk? ¿*Star Trek*?*

—¿Acaso has visto Star Trek?

—¿Tengo pinta de haber visto Star Trek*? —bromeó ella, divertida.*

—Entonces, ¿por qué la has mencionado?

—Sé que eres un apasionado de la ciencia ficción y solo hay dos grandes sagas. Simplemente probé con una de ellas —se justificó Beca, acorralada como estaba—. ¿No me digas que he acertado?

—Ha dado en el clavo, teniente Garrido.

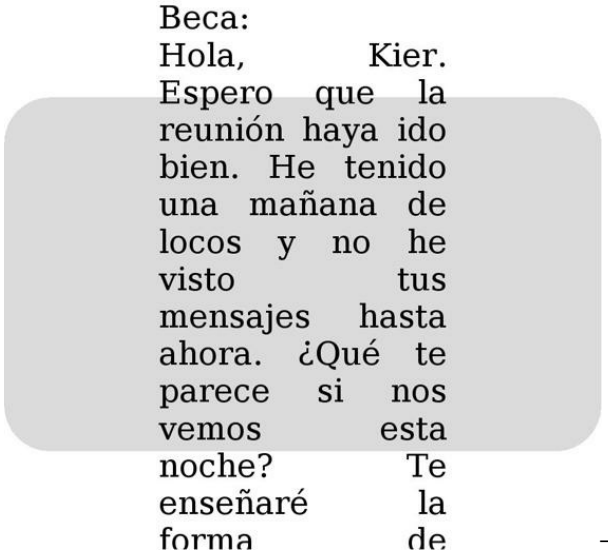
La repostera rodó los ojos ante el cúmulo de sensaciones que el irlandés le suscitó al mordisquearle la oreja. Ancló las piernas a su cuerpo y rodó haciendo que él quedara de nuevo bajo ella. Beca devoró con impaciencia sus labios robándole el aliento. Cuando se apartó por unos segundos, Kieran la miró complacido de arriba abajo.

—Que la fuerza me acompañe —pronunció arrancándole una carcajada a Beca, que enseguida ella misma se encargó de acallar. No querían que les descubriesen retozando juntos.

—Distinta saga —puntualizó Beca, poniendo los brazos sobre sus hombros.

—Las dos están en el mismo sitio al que voy a llevarte —le informó cogiéndole las manos y reduciendo la distancia entre los dos.

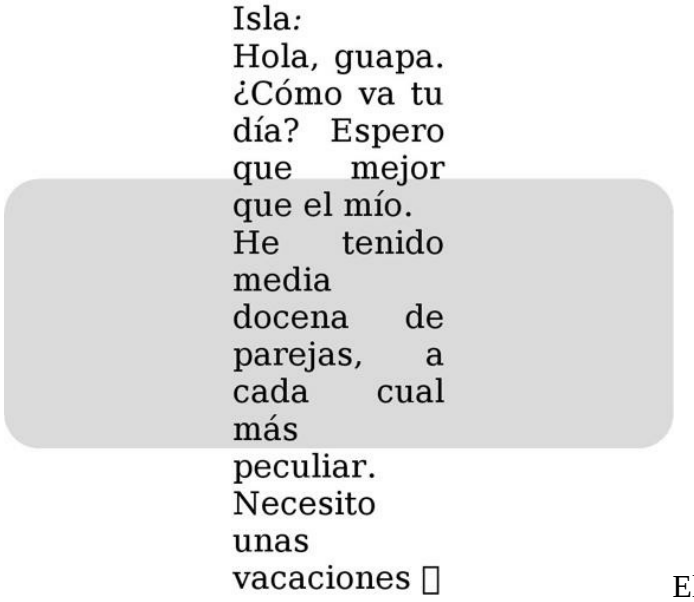
—Y eso, ¿dónde es, capitán Kier? —preguntó curiosa.



—A las estrellas —sentenció mientras se aventuraba a explorar su anatomía.

Metió la llave en la cerradura, entró en casa y fue directa a cocinarse algo de pasta. Solo se molestaba en preparar algo digno de comer cuando tenía visita y eso era en contadas ocasiones. Para dedicarse al gremio, era algo bastante insólito. Como su hermana se dedicaba a recordarle en más de una ocasión, hacía digna mención del refrán « En casa del herrero, cuchillo de palo » .

Una vez terminó, se metió en la carpeta de fotos del móvil y se dedicó a mirar todas las que se había hecho en Navidades con Kier. Se los veía super acaramelados, nada que ver con cómo se mostraban delante de los Donnelly. Volvió al índice y buscó otras más antiguas en las que saliesen. Quería comprobar algo. Dio con algunas grupales —las únicas en las que ambos aparecían juntos por entonces— y se fijó en los rostros de ambos. Ninguno daba señales de estar interesado en el otro a diferencia de lo que se habían confesado estando en la Isla Esmeralda. ¿Cómo podía haber estado tan ciega? ¿Y él? ¿Acaso se habría liado con Kieran si no hubiese sentido algo por él desde el principio?



El propio móvil la sacó de sus pensamientos con la alarma. Había gastado el tiempo que tenía para echarse una pequeña siesta. Debía recoger rápido y regresar a la pastelería. Justo entonces le llegó un mensaje.

Beca: Siempre dices lo mismo, pero cuando llega la hora de la verdad terminas llevándote el trabajo a casa. Eres de lo

Isla: Tienes razón, pero es que es superior a mí. Ya sabes que tengo complejo de hada madrina

Beca: Pues podrías agitar tu varita y hacer que limara asperezas con Javier.

Isla:
¿Aún seguís a malas?

Beca:
Las cosas no terminan de funcionar y, en parte, es culpa mía.
Fui demasiado dura con él y ahora mantiene las distancias.
Para colmo, intenté ganármelo con unos dulces y me salió el tiro por la culata.

Isla:
¿Ganártelo?
¿Qué
pretendías
en realidad?
Tú no sueles
cocinar para
alguien que
apenas
conoces.

Beca: Puede que también lo hiciera para convencerle de ampliar el catálogo. Probé algunas recetas nuevas.

Beca: Puede que también lo hiciera para convencerle de ampliar el catálogo. Probé algunas recetas nueva

Beca: Y nada. Fue bastante suave para lo que me merecía.

Isla: ¿Y?

Isla:
¿Y ya has pensado en cómo contratacar?

Beca*:*
¿A qué te refieres? Me ha dicho que no.

Isla:
Desde que te conozco, eso nunca te ha parado. Deberías pensar en algo. De hecho, he visto algo que podría ayudarte. Hay un concurso de repostería en la ciudad.

Beca: ¿Qué sugieres?

Isla*:* Podrías plantearle que os presentaras is ambos. Si gana él, os quedáis como estáis. Si ganas tú…

Beca*:* Suena bien, aunque no creo que acepte. Fue bastante tajante.

Isla:
El no ya lo tienes. Yo que tú lo intentaría.

Beca:
Tengo que dejarte o llegaré tarde y entonces no hará falta que le plantee nada porque estaré despedida.

Beca:
¿Qué sugi

Isla:
Vale. Está bien. Ya me contarás

Isla*:*
Vale.
Está
bien.
Ya
me
cont
arás


Valladolid
Miércoles, 25 de enero

Era verdad que Beca no había parado desde que se había incorporado a la pastelería. Llegaba a casa tan cansada que de lo único que tenía ganas era de acostarse y no levantarse hasta el día siguiente. Si no hubiera sido por Isla, probablemente habría adelgazado unos cuantos kilos.

Para colmo, cada vez se escribía menos con Kier, apenas se veían y cada vez que la repostera le decía te quiero, este siempre respondía con un «yo también». Aquello más que una relación con el irlandés se estaba convirtiendo en una relación con su teléfono móvil. Kieran no había dado señales de que le importase de veras y Beca no pensaba denigrarse una tercera vez. Decirle de nuevo que le quería sin recibir la misma respuesta a cambio resultaba demasiado doloroso.

Tanto la angustiaba el tema que había llegado a soñar con el irlandés abandonándola y, de hecho, había sido un sueño tan vívido que se había despertado llorando. Beca lo había visto desvanecerse sin más tras soltar la demoledora noticia.

Eso era lo que su vida junto a Kieran le estaba pareciendo. Un sueño del que, en cualquier momento, despertaría tal y como había hecho minutos después mientras retorcía la almohada y se deshacía en lágrimas.

Sabía que las relaciones no resultaban fáciles, pero no estaba dispuesta a ser el segundo plato de nadie de nuevo. No después de todo el infierno que había vivido con Fer.

Por eso cuando quedó con Isla en una cafetería, no dudó en exponerle sus dudas. Sabía que era su hermano, pero también que Isla conocía los defectos y virtudes de ambos y podía aconsejarle mejor que cualquier otra persona.

—Creo que Kier me oculta algo —planteó Beca, con ciertas dudas.

—¿Por qué lo dices?

—Porque el otro día recibió un mensaje de una tal Mel que no dejaba lugar a dudas. Le pedía que fuera a arreglarle el fregadero, pero la cosa no acaba ahí. Cuando hablamos la semana pasada, estaba en una cena de empresa y escuché a una mujer hablándole cariñosamente. Creo que se trata de la misma persona.

—Y sospechas que está liado con ella. —Isla leyó su pensamiento.

Beca asintió.

—Puede que no sea lo que tú crees.

—Entiendo que eres su hermana y lo tienes en alta estima.

—Es más que eso. Lo conozco de toda la vida.

—Entonces, ¿me harías un favor? —le pidió Beca, preocupada.

—Si está en mi mano...

—Habla con él.

—Lo siento, pero no me pidas eso. No puedo.

—¿No puedes o no quieres? —le recriminó Beca, molesta.

—Sabes que os quiero a los dos. Demasiado.

—¿Pero? —intuyó Beca.

—Pero, por favor, te pido que no me metas en medio de vuestra relación —terminó la frase por ella—. Si te preocupa algo, háblalo tú con él. Kieran sabe escuchar.

A la mente de Beca vinieron los momentos que habían pasado juntos en el castillo y cómo esos días la habían unido más a él si cabe. Los dos parecían tener sentimientos hacia el otro desde hacía mucho, pero ninguno había sido capaz de aceptarlos hasta entonces. Solo el hecho de cruzarse todos los días y de que Kieran la viera haciendo tan buenas migas con Shawn ayudaron a que el resto viniera solo.

Se preguntaba qué habría pasado si ella no hubiera accedido a ir a Irlanda, si la pastelería no se hubiera quemado, si no hubiera escuchado a Isla... Probablemente Kier y ella seguirían llevándose como el perro y el gato y nunca se hubieran confesado sus sentimientos. Era culpa de ambos el haber esperado durante tantos años a que las cosas se precipitaran por sí solas.

Llegados a este punto y si lo pensaba un poco, Isla tenía razón. Una relación era de dos personas, y si Kieran y ella no hablaban y la cuidaban, esta jamás se vería fortalecida ni podría seguir adelante.

—Perdona. No debí pedirte algo así, por muy amigas que seamos. No sé en qué estaba pensando.

Isla negó con la cabeza quitándole importancia y cambió de tema.



Dublín
Jueves, 26 de enero

Hacía una semana que Kieran se había levantado con una resaca espantosa y lo había hecho en el *loft* y en la cama de Cara. Lo primero que había hecho era comprobar que llevaba la ropa interior puesta, pero, para su sorpresa, estaba desnudo. Si ataba cabos, todo aquello no podía significar más que una sola cosa. Se había acostado con Cara completamente borracho. Algo que no habría ocurrido de estar sobrio. De eso era de lo único que podía estar seguro a esas alturas.

Tragó saliva, se incorporó y buscó la ropa por la habitación sin éxito. Agradeció que Cara no estuviera junto a él. No se imaginaba la cara que debía de tener, pero estaba seguro de que se encontraba entre el miedo y el desconcierto.

—Buenos días, dormilón —le saludó la anfitriona con una amplia sonrisa, que no dejaba lugar a dudas—. He preparado el desayuno. Levántate y come algo si no quieres que lleguemos tarde a la oficina.

—¿Dónde está mi ropa? —preguntó Kieran, tapándose con una de las almohadas.

—¡Ah, sí! Nos empapamos de cerveza cuando me caí sobre tu regazo —dijo entre risas, como si detrás de eso hubiera alguna anécdota—. ¿De veras te da vergüenza? Te he visto docenas de veces sin ropa.

—Ya, pero ahora es distinto. Estoy con alguien —dijo apartando la mirada de ella.

—Ayer no decías eso —le reprochó molesta—. Hablabas de retomar lo nuestro y hacer planes juntos.

Kieran se acercó a ella, pero esta lo rechazó.

—Bebí demasiado. No recuerdo nada de lo que pasó.

Cara lo miró dolida.

—¿De verdad vas a mentirme? Parecías lo bastante despierto como para follarme en todas las posiciones habidas y por haber —espetó molesta.

—Tienes que creerme. Te digo la verdad.

—En mi vida me han colado muchas excusas, pero esta se lleva la palma —dijo Cara, dejándolo solo.

Al rato volvió con su ropa seca y planchada y se la tiró sobre la cama.

—Vístete. Desayuna si quieres. Me da lo mismo —reconoció con acritud—. Me marcho en cinco minutos. Te llevaré a la oficina, como te prometí ayer, pero en cuanto lleguemos no quiero saber nada más de ti.

Kieran asintió. Se sentía fatal. ¿Cómo podía haberla cagado tanto? Le había fallado a todos, a Cara, a Beca e incluso a sí mismo. Comenzaba a pensar que nunca podría reformarse. Se había

pasado tantos años de ligue en ligue que puede que su mente se hubiera acostumbrado a ese sentimiento de libertad y disfrute y hubiera buscado replicarlo esa noche. Ya no estaba seguro de nada.

Fue incapaz de llevarse nada a la boca. Se vistió deprisa, entró en el coche y permaneció callado durante todo el trayecto. Cara encendió la radio para tratar de distraerse, puesto que podía masticarse la tensión entre ambos.

Desde ese día, cada vez que la asesora de cuentas le veía, se paraba a hablar con alguien dándole la espalda o buscaba otro camino para no cruzarse con él. ¿Era cosa suya o todo el mundo los miraba? ¿Acaso lo sabrían? Rezó porque nadie le fuera con el cuento a su padre o incluso a la propia Beca.

El papeleo tenía tan absorbido a Kieran que no había podido ir a Valladolid el fin de semana pasado y no sabía si podría ir este. Por un lado, echaba de menos a Beca, pero por otro, agradecía no tener que estar frente a ella y mentirle. No es que ella fuera a preguntarle si se había acostado con una ex que no debería estar trabajando con él, pero el simple hecho de ocultarlo le estaba carcomiendo por dentro.

—Disculpa, Kieran. Necesito hablar contigo. —La voz más inesperada le sacó de sus pensamientos.

—Hola, Mel. Creí que no querías volver a verme —le recordó en voz alta, a pesar de que la puerta estaba abierta de par en par.

A fin de cuentas, no le importaba demasiado si su secretaria se enteraba de la conversación. Cara y ella eran íntimas, por lo que sabría de sobra lo que había ocurrido en la fiesta.

—Estoy segura de que querrás escuchar lo que tengo que contarte —dijo antes de darse la vuelta y cerrar la puerta del despacho para que nadie escuchara su conversación.

—Siéntate, por favor.

—Gracias —siseó Cara, no muy contenta—. No sé cómo decirte esto, pero llevo una semana sin que me baje la regla.

—Perdón, ¿qué?

—Creo que estoy embarazada.

—¿Es una broma?

—¿Tengo cara de estar bromeando? —preguntó con el ceño fruncido.

—No.

—¿No vas a decir nada?

—¿Y qué quieres que te diga?

—No sé. Algo como «No te preocupes. Todo va a salir bien» o «Puede que se trate de un error, pero pase lo que pase, estaré contigo en todo momento».

—Mel. ¿Es mío?

—¿Cómo puedes preguntarme eso?

—Sabes cuánto respeto la libertad sexual de la mujer, pero tú y yo sabemos que no soy el único con el que te has acostado en las últimas semanas.

—¿Acaso me estás llamando promiscua?

—Yo no he dicho eso.

—Eres un maldito hijo de puta —le insultó inclinándose sobre la mesa.

—Nadie es perfecto —aseguró con calma.

—Te aseguro que no pienso tener este bebé yo sola. O me apoyas a partir de ahora o toda la empresa sabrá el tipo de desalmado que eres.

—¿No has pensado que pueda haber otra posibilidad?

—Ni se te ocurra mencionarlo.

—¿Por qué? No estamos preparados para ser padres. Ninguno de los dos es lo suficiente maduro, nuestros trabajos nos absorben por completo y, por supuesto, está el hecho de que no nos queremos.

—Habla por ti —soltó Cara, de forma acalorada.

Kieran la observó y descubrió en ella un pequeño atisbo de sinceridad.

—No puedo creerlo. La sexy y ruda rompecorazones de Mel está enamorada y nada más y nada menos que de mí —afirmó divertido.

—No sé qué tiene tanta gracia —ladró poniéndose en pie—. A diferencia de ti, el resto de gente termina madurando más pronto que tarde. Ya me he cansado de tener aventuras de una sola noche. Veo a los altos ejecutivos y sueño con tener lo mismo.

—¿Una amplia cartera de acciones?

—No, imbécil. Tener alguien con quien hablar cada noche, a quien escuchar y que quiera comerse el mundo conmigo.

—Puedo regalarte un loro si te sientes sola.

—Siempre tienes una frase para todo. Eso era lo que más me gustaba de ti —pronunció con nostalgia.

—¿Y ahora?

—Creo que estoy enamorada de alguien que no existe. Gracias por nada, Kieran —dijo antes de dar un portazo.

La noticia le había sentado como un jarro de agua fría y el irlandés había reaccionado como siempre solía hacer con todo, con un toque de humor. Vio cómo Cara se alejaba discretamente, sin llamar la atención. Nunca antes, hasta entonces, se había dado cuenta de que incluso la persona más fuerte en apariencia podía terminar siendo la más débil.

Cara siempre había dado la imagen de mujer fuerte e independiente, pero en realidad, era como la gran mayoría. Buscaba una persona que la quisiera, con la que compartir su vida y su

futuro. ¿Acaso no era algo que deseaba todo el mundo? Y eso no era algo exclusivo de mujeres.

Puede que Holly tuviese razón. Él seguía estancado en la Navidad de cinco años atrás. El día en que su abuela murió. No había querido seguir adelante con su vida y eso había tenido sus consecuencias. Mientras las personas que conocía y amaba evolucionaban, crecían y se comprometían, él se había quedado varado. A la deriva.

La mente de Kieran estuvo toda la tarde en plena ebullición y, cuantas más veces leía los documentos que tenía ante él, menos entendía lo que estos decían. Había un solo tema en su mente y le pedía a gritos que hiciera algo al respecto. Decidió responsabilizarse de su vida y, por ende, de las consecuencias de sus actos. Abrió el email y comenzó a escribir.

Hola, Mel.

Antes de que borres este correo, te ruego que lo leas hasta el final. Tienes razón. He sido un imbécil y te pido perdón. No debería haber actuado como lo hice ni decirte las cosas que te dije. No estuvo bien. Sé que no tengo excusa, pero la noticia me pilló por sorpresa.
Si te decides a perdonarme, te prometo que pase lo que pase, decidas tenerlo o no, estaré contigo en cada paso del camino. Esto es nuevo para mí también y sé que da mucho miedo, pero si lo hacemos los dos juntos, dará mucho menos.

Te daré todo mi apoyo y comprensión, pero lo único que no puedo darte es mi corazón, puesto que ya lo entregué a otra persona. Te pido perdón, aunque eso no valga mucho para ti y no pueda reparar todo el daño que te he hecho.

Espero que sepas perdonar a este imbécil que no ha sabido apreciarte como merecías

Lo repasó una vez más antes de enviarlo y después se decidió a escribir a Beca. Miró la foto de perfil de WhatsApp, una en la que ambos salían riéndose, y supo que no podía soltárselo en un mensaje, de una forma tan fría e impersonal. Ella se merecía saberlo en primera persona. De su boca.

Escribió a Isla para pedirle ayuda. Quería organizar una velada especial para demostrarle a Beca cuánto la quería antes de soltarle a bocajarro la fatídica noticia. Tenía la esperanza de que se apiadaría de él y le perdonaría. Después de todo, Beca también había pecado una vez de infiel. El día que se lio con él estando aún con Fer. En cuanto al bebé, eso era harina de otro costal.



Valladolid
Viernes, 27 de enero

El viernes, de buena mañana, las calles estaban vacías salvo por los cuatro borrachos que caminaban en zigzag hacia casa. Si Kieran hubiera estado allí, lo más probable es que hubiera acompañado a Beca hasta el trabajo. No le gustaba que fuera sola a esas horas y aún menos que pasara miedo, aunque ella misma se empeñara en negarlo.

¡Cuál fue la sorpresa de Beca al pasar por una marquesina y escuchar una voz que la llamaba por su nombre! Al principio creyó que se trataba de Kier, tal era su preocupación al no tener noticias de él durante tantos días.

Se giró para descubrir que en realidad se trataba de Javier. Corrió hacia ella y, cuando apenas quedaban un par de pasos entre los dos, se detuvo.

—Hola, Rebeca —la saludó con el aliento entrecortado mientras sus poros desprendían un olor a salitre, madera y lirios del valle que aturdió por un segundo a Beca. Esta se imaginó que el aroma procedía de su champú, puesto que una de las normas más básicas de un pastelero era no usar perfumes fuertes que pudieran aturdir su olfato—. Te he visto por la ventanilla y he pensado que podríamos hacer el último tramo juntos.

—Hola, Javier. Ando tan dormida que si no me llamas no te habría visto.

—Entonces no mentías —confirmó divertido.

—¿En qué?

—Ayer me dijiste que te cuesta madrugar, pero por tu tono creí que…

—¿Qué te estaba vacilando? —Él asintió—. Un poco sí, la verdad.

Ambos rieron.

Javier hizo un gesto con la cabeza y retomaron el camino hacia la tienda.

—Quería hablarte sobre lo del otro día —inició Beca, con cierto temor.

—Tendrás que ser un poco más concreta.

—Me refiero a las muestras que traje. ¿Qué fue lo que no te gustó?

—No fue lo que no me gustó.

—Explícate —le pidió, confusa.

—La pastelería de mis tíos siempre fue de barrio hasta que llegaste tú y comenzaste a hacer tartas de boda.

—Creo que es algo normal en cualquier comercio. Evolucionar o morir.

—Hablas como toda una empresaria —bromeó él.

—Tus tíos se han portado muy bien conmigo desde que entré a trabajar…

—No quería incomodarte —dijo avergonzado.

—No lo has hecho. Quería decir que nunca me han puesto impedimentos. Me han permitido

quedarme hasta las tantas horneando como terapia de choque, añadir nuevos pasteles… Vamos, que me han hecho sentir una más.

—Si estás tratando de hacerme la pelota, creo que la idea es decir halagos sobre mí, no sobre mis tíos.

Beca volvió a sonreír.

—No te conozco tanto, pero por lo que he visto de ti hasta ahora, es mejor no alabarte demasiado.

—Y eso, ¿por qué?

—Porque tienes el ego más alto que el Duque de Lerma[11].

Esta vez fue Javier quien rio.

—¡Vaya! Veo que nos vamos a llevar bien —admitió satisfecho.

Beca esperó unos segundos antes de tomar la palabra.

—Perdona que sea tan pesada, Javier, pero necesito que me des tu opinión sobre las muestras.

—Por eso, estate tranquila. No había nada malo en ellas —le aseguró con una sonrisa conciliadora—. Es solo que necesito conocer el mercado y ver en lo que destacamos.

—Te sigo.

—Vendemos productos tradicionales junto con tartas muy innovadoras. Tengo que reconocer que me dejaste bastante asombrado con esa tarta pizarra. En fin, lo que quiero decir es que debemos tener una estrategia y no hornear por hornear.

—Eso puedo entenderlo.

—Hasta que no descubra quién es nuestro cliente-objetivo no podré tomar ninguna decisión.

—Veo que sabes de lo que hablas. Cuéntame lo que aprendiste en *Le Cordon Bleu* —pronunció estas tres últimas palabras con cierto retintín.

—Creí que no querías que me diera tantos aires. —Beca alzó una ceja, a modo de regañina—. Además, eso no lo aprendí en *Le Cordon Bleu*.

—Entonces, ¿dónde?

—No querrás oírlo.

—Sorpréndeme —pidió Beca, expectante.

—Di un curso de *Marketing* mientras estudiaba Económicas.

—Y eso, ¿cuándo fue? ¿Antes o después de querer ser pintor de brocha fina? —bromeó ella, rompiendo la tensión.

Ambos rieron.

—Está bien, me lo tengo merecido —dijo algo más relajado—. Reconozco que he estado confundido durante bastante tiempo, pero ¡eh! Dicen que a la tercera va la vencida.

Beca volvió a preguntarle sobre su estancia en la famosa academia francesa. Le prometió que

no se burlaría. Le picaba la curiosidad, puesto que ella no había podido permitirse ir a la prestigiosa escuela de Paco Torreblanca como para soñar siquiera con estudiar en París.

—Está bien, te lo contaré, pero avísame si me enrollo demasiado —le advirtió de forma inminente—. Tiendo a ponerme pesado cuando hablo de lo que me gusta.

—No te preocupes. Creo que en eso coincidimos.

Javier esbozó una fugaz sonrisa antes de entrar en detalles.

—Realicé el programa más completo, donde nos dieron clases de cocina y pastelería. Los chefs nos enseñaban sus técnicas y luego debíamos replicarlas en directo. Eso duraba cerca de tres horas, tras las cuales hacíamos una degustación que nos ayudaba a identificar las distintas texturas y sabores.

—¿Y os centrasteis en depurar alguna técnica?

—El temario era muy amplio. Nos enseñaron la cocina tradicional, la vanguardista y a arriesgar encontrando un término medio entre ambas.

—No consigo que sueltes prenda. Tendré que estar atenta a tu manera de trabajar.

—Eso si encuentras un hueco libre en tu agenda.

—¿Eres así de misterioso o solo disfrutas haciéndotelo?

—Mitad y mitad. Las chicas dicen que tengo cierto encanto.

—Pues vas a tener que presentármelas, porque están muy equivocadas —le espetó con guasa.

—Está bien, me lo merezco por bocazas.

Beca sacó las llaves de su mochila, pero Javier se adelantó sacando un juego del bolsillo de su pantalón y abriendo la tienda. Le sostuvo la puerta para que ella pasara. La repostera le agradeció el gesto y una sensación de desconcierto la invadió de pleno. ¿Sería posible que después de tantas fricciones pudieran congeniar? Solo el tiempo lo diría.



El día terminó siendo un tanto difícil. Antonio no había podido ir a la pastelería y, tal vez por eso o por la conversación que habían mantenido a primera hora, Beca y Javier habían tenido ocasión de soltarse y conocerse entre fogones. El afrontar una dura jornada les había unido un poco más y había eliminado cualquier posible rencilla que ella albergara respecto a él.

A pesar de estar tan cansada, Beca aceptó la invitación de Isla a tomar algo rápido. La apetecía estar con las chicas y relajarse un poco. No se arregló demasiado. Se puso unos vaqueros, un top y unos tacones. Se recogió el cabello, se pintó los labios y caminó hasta la Antigua. La sorpresa vino cuando vio que quien estaba allí era un miembro de la familia

Donnelly, aunque no el que ella esperaba. Sonrió al ver a Kier y se lanzó a su boca.

—¡Vaya! Me alegra ver que me has echado de menos —dijo interrumpiéndola. Se sentía culpable y no quería ir más allá sin antes contarle lo ocurrido. Sabía que, si la besaba, no habría vuelta atrás. Se estaría traicionando a sí mismo y demostraría a todos que no había cambiado un ápice.

—No te haces ni idea. Han pasado muchas cosas, pero esta noche será mejor que hables tú. Me vendrá bien desconectar del trabajo —confesó agarrándole de la mano y arrastrándole al bar más próximo.

Se sentaron en una mesa y pidieron un par de *Radler*. El camarero no tardó en llevárselas junto a un bol de frutos secos con chuches.

El volumen de la música les obligó a hablar a gritos. Kieran le contó lo extraño que se le hacía estar en Dublín sin ella, cómo la familia Donnelly la extrañaba y que Shawn había intentado sonsacarle algo sobre la amiga que iban a presentarle. Beca le habló de sus padres, de su hermana y de que estaban hasta arriba de trabajo. Cuando llegó la hora de marcharse, Beca no dudó en dar un paso adelante.

—¿Por qué no me acompañas a casa y te quedas esta noche? Creo que he cogido algo de frío y me vendría bien que me arroparas —sugirió traviesa.

—Por muy tentadora que sea esa petición, me temo que tendré que rechazarla —dijo ciertamente aliviado—. Mañana tengo un par de reuniones por Skype, pero te llamaré a mediodía.

Beca asintió, lo acompañó hasta el coche y se despidió de él con un beso.



Valladolid
Sábado, 28 de enero

Por fortuna para Beca, ese sábado Kieran la sorprendió yéndola a buscar al trabajo, alquilando una *suite* en plena Acera de Recoletos —para que se diera una ducha y se pusiera un vestido de Elvira San Juan — y llevándola a cenar al Sibaritas Klub, donde disfrutaron de los platos de Javier Peña.

Fue una noche espectacular en todos los sentidos. Beca se sintió dentro de una burbuja. Kier había cuidado cada pequeño detalle y la hizo sentir como una princesa de cuento. Volvía a vivir esos maravillosos días en Kilkenny, envuelta en un cálido manto de amor y cariño. La única diferencia era que el irlandés había añadido a la receta no unas gotas, sino un frasco entero lleno de opulencia y lujo.

Solo hubo un único momento en que Beca dudó de si todo aquello era realidad. Estaba acostumbrada al hecho de que cada vez que tocaba la felicidad con la punta de los dedos ocurría alguna desgracia que la alejaba irremediablemente de serlo de veras. Cuando conoció a Fer, sus padres se interpusieron en su relación; cuando Fer acabó Arquitectura y parecía que podrían vivir de forma más holgada, este reveló que la había estado utilizando todo ese tiempo, y más recientemente, cuando lo suyo con Kieran iba viento en popa, había descubierto que su padre estaba en el hospital aquejado del corazón.

Por mucho que Isla se riera de ella llamándola *drama queen,* Beca estaba segura de que no podía ser dichosa sin que algo emborronase aquel momento, pero luchó contra sus propios pensamientos y se dejó mimar por Kier. Este, a su vez, había convivido con el sentimiento de culpa desde que se despertó en el *loft* de Cara y esa noche no fue menos, así que cuando Beca se abalanzó sobre él en la habitación del hotel, el irlandés dio un largo bostezo.

—Kier, no bromees —le pidió Beca, dándole en el hombro.

—No lo hago, Bev. Es solo que estoy algo cansado —dijo desviando la mirada—. He dormido poco últimamente.

—¿Eso es verdad? —Kieran asintió—. ¿Por qué no me dijiste nada?

—Porque no era importante —dijo antes de abrir de nuevo la boca.

Beca lo miró unos instantes y se sintió muy lejos de Kieran. ¿Cómo era posible que en apenas una semana se hubieran vuelto tan íntimos y, un mes después, se sintieran como extraños? Apenas se veían, no se hablaban y no sabían demasiado el uno del otro.

—Deberíamos descansar. Ha sido un día muy largo —concluyó Beca, para satisfacción del irlandés.

Ambos se fueron a dormir, cada uno acurrucado a un lado de la cama. Kieran había llevado un neceser, un pijama y algo de ropa para que Beca pudiera asearse y cambiarse. Cuando llegó el

día siguiente, con él se deshizo el brillo y la magia de su hada madrina. Porque sí, todo aquello había sido ideado y confeccionado por Isla —Kieran solo había sido *El gran showman*[12]—, pero de eso ya se enteraría más tarde.

Recogieron sus pertenencias y dejaron el vestido en la conserjería.

—Tenga mucho cuidado. Alguien vendrá a por él —le dijo Kieran al conserje antes de pasar la mano por los hombros de Beca y salir abrazados de allí.

Caminaron hasta su coche y, una vez dentro, el teléfono del irlandés comenzó a sonar. Miró la pantalla y vio que era Cara. Cogió la llamada y habló para evitar que Beca escuchara la voz de la mujer y lo que esta tuviera que decir.

—Disculpa, pero ahora no puedo atenderte. Estoy ocupado. Te llamaré más tarde —dijo de forma apresurada antes de colgar. Por su cara, Beca adivinó que algo malo ocurría. Kier guardó el móvil y miró al volante, por un segundo, antes de dirigirse de nuevo a la repostera—. Problemas en el trabajo. No saben vivir sin mí —bromeó tratando de relajar el ambiente—. ¿Por dónde íbamos? —preguntó con una amplia sonrisa que Beca supo que era fingida.

—No cambies de tema. No estás bien. ¿Ha ocurrido algo?

—Beca, tenemos que hablar.

—Me estás asustando. ¿Es algo grave?

—Podría mentirte y decirte que no, pero no voy a hacerlo.

—Está bien. Sigue —le animó a hablar.

—¿Recuerdas el jueves pasado? Yo estaba en una cena con el comité de empresa.

—Sí, ¿por qué?

—Te mentí. No estaba en una cena, sino en una fiesta.

—Sí, algo me imaginé —comentó con cierto alivio—. Ya sé que no eres un santo, Kieran.

—No es solo eso. Bebí tanto que cuando me desperté no me acordaba de nada.

—Vale, lo pillo. Fue monumental —dijo rodando los ojos.

—Hay más —dijo él, con rictus serio.

—Ve al grano, por favor —pidió Beca, temiéndose lo peor.

—Me acosté con mi ex y ahora está embarazada.

La repostera reaccionó de manera espontánea y le soltó una bofetada. Después, respiró hondo y las lágrimas vinieron solas.

—Solo quiero saber una cosa. ¿Es la chica que oí por teléfono?

—Sí.

—¿Sabes? Mi hermana me lo advirtió y no quise escucharla. Terminé discutiendo con ella por defenderte a ti y, ¿de qué me ha servido?

—Te prometo que no significó nada.

—Tus promesas sí que no valen nada —le espetó antes de abrir la puerta y salir del coche, dejándole con un palmo de narices.

Beca buscó la parada de autobús más cercana mientras su mente analizaba cualquier indicio que hubiera delatado el comportamiento de Kieran. Algo que hubiera podido escapársele. Que no hubiera visto.

En ningún momento le había dicho que la quería, había visto mensajes sospechosos en su móvil y, para remate, había mantenido el contacto con su ex. Las pistas estaban ahí, solo había que saber leerlas y ella no lo había hecho.

—Becaaa. Becaa. —La repostera tardó un rato en darse cuenta de que Kieran la llamaba desde lejos.

Su voz se acercaba cada vez más. Dudó entre quedarse y continuar la conversación que había dejado a medias o escapar de él. Lo quería demasiado y había confiado en él tanto como con Fer para terminar traicionada de nuevo. Las comparaciones eran odiosas pero inevitables. Cuando quiso tomar una decisión, Kier ya estaba a solo un par de pasos de ella.

—¿Por qué te has marchado así? No habíamos terminado de hablar —dijo enfadado.

—¿Por qué eres tú el que ha actuado mal y soy yo la que carga con la regañina?

—Me asustó tu reacción. Temí que te hubiera pasado algo.

—Yo también me asusté —reconoció Beca, llena de una amalgama de sensaciones, a cada cual más compleja.

Era la segunda vez que la traicionaban, por diferentes motivos eso sí, pero eso no eliminaba la puñalada que había sentido en su corazón. Se suponía que una vez habías superado algo así, las siguientes veces se hacían más fáciles. El que dijera eso, claramente mentía. No había terminado de sacar todo su dolor y su rabia, pero sabía que en cuanto llegara a casa se encerraría en su habitación y no querría volver a salir en mucho tiempo. Tal y como había ocurrido cuatro meses atrás. Poco le importaba ya la pastelería, Javier o la pandilla. Todo su mundo acababa de colapsar.

—¿Estás bien?

—No, Kieran, no estoy bien —ladró molesta—. ¿Cómo quieres que esté cuando descubro que mi novio me ha estado engañando desde el principio de nuestra relación?

—Desde el principio, no —trató de corregirla.

—¿Y crees que eso cambia algo? —le replicó llena de amargura—. Pensé que yo te importaba.

—Y me importabas. ¡Me importas!

—Curiosa manera de demostrarlo.

—Acabo de decirte que estaba borracho.

—¿Cómo era ese refrán? ¡Ah, sí! Los niños y los borrachos siempre dicen la verdad.

Kier la miró desconcertado.

—¿Y eso qué tiene que ver con lo que estamos hablando?

—Mira, no sé —soltó nerviosa—. Solo que una persona borracha está libre de desinhibiciones y actúa como verdaderamente siente. Si te acostaste con ella es porque de verdad querías que ocurriera. Punto.

—¿Por qué lo simplificas siempre todo? La vida no es tan fácil.

—A mi modo de ver, sí. Las cosas son blancas o negras. O me quieres o no. O me pusiste los cuernos o no. Es muy simple.

—¿Cómo puedes pensar eso?

—Porque nunca me lo has dicho.

—Te lo he dicho cientos de veces.

—Sí, pero en la cama o con el consabido « yo también » .

—El amor es amor, da igual como trates de adornarlo. Sé que cometí un error, pero no puedes justificarte en que no siento nada por ti porque tengas demasiado miedo de afrontar esto juntos porque no es así.

—¿Lo ves? Aún no te he escuchado decir ni una sola vez « te quiero » . Eres alérgico a esa palabra —se burló sarcástica.

Beca dio las gracias de que no hubiera gente en la parada de bus o habrían dado todo un espectáculo.

—Tengo que coger un vuelo en un par de horas. Hablaremos cuando vuelva. ¿De acuerdo? —ofreció Kieran después de mirar nervioso el reloj.

Beca asintió, resignada.

Lo vio correr hacia su coche y desaparecer en la lejanía. Sintió cómo su corazón se encogía y pensó que, si la vida adulta era aquello, daba asco.



Valladolid
Lunes, 30 de enero

Tenía once llamadas perdidas y cinco mensajes de Kieran en el móvil. No había contestado ni una sola llamada y tampoco había leído ni uno solo de sus mensajes. Estaba muy enfadada como para hablar con él. Necesitaba tiempo y espacio para procesar que el irlandés iba a ser papá y que ella no era la madre.

Tampoco es que ella hubiera pensado nunca en tener hijos. Tal vez porque no había sido la ocasión adecuada o porque no había estado con la pareja correcta. Sabía que llevaba un mes con Kier y que apenas se habían visto más de tres días seguidos, por lo que era demasiado pronto para plantearse temas de ese calibre. Sin embargo, cada vez que estaba con él la hacía sentir fuerte e invencible, capaz de cualquier cosa. Sentimientos extraños —porque eran nuevos— a la par que liberadores.

Por suerte para Beca, la distancia no era un problema. Les separaban más de mil kilómetros, varios mares y una franja horaria. El tiempo era otra cosa. Sabía que no podría evitarle eternamente. Tendrían que hablar en algún momento de aquello, pero Beca no se sentía preparada. Ni siquiera se replanteaba si podría llegar a perdonarle. Lo único que pasaba por su mente era el dolor, la traición y la humillación a la que la había sometido. ¿Cómo podía haberle hecho algo así? No conocía a la ex de Kier, pero ¿y si aparte de Holly había otra mujer que hubiera llegado a marcarle de veras y daba la casualidad de que era esa ex? ¿Qué había sido entonces ella para el irlandés? ¿Un mero pasatiempo?

Cuando quiso darse cuenta, había estrangulado el cojín que tenía entre sus manos. Lo tiró al otro lado de la habitación, se dio la vuelta y trató de dormir un poco. Llevaba dos días seguidos dándole vueltas al tema de Kier y no había dormido demasiado bien la noche anterior. Debía reponer fuerzas si quería rendir en el trabajo al día siguiente.



Valladolid
Martes, 31 de enero

Tenían razón aquellos que decían que cuando una faceta de tu vida despuntaba, la otra pendía de un hilo. Un par de semanas atrás, la vida personal de Beca iba a las mil maravillas mientras que la laboral dejaba que desear. Ahora, el panorama había dado un giro de ciento ochenta grados. Su relación con Kieran se encontraba en la cuerda floja mientras que con Javier las cosas habían mejorado y mucho.

Beca decidió centrarse en el presente. Ya se ocuparía de cada problema según se fuera presentando. De poco le servía obsesionarse si con ello no solucionaba nada. Se sorprendió a sí misma por aquel pensamiento. Estaba claro que la compañía de Isla y sus consejos le hacían mucho bien.

—Buenos días, Javier. ¿Qué tal el fin de semana? —le saludó nada más entrar en la tienda.

—Con esa cara que me traes, estoy seguro de que a poco mejor que tú.

—No he descansado muy bien, eso es todo —dijo Beca avergonzada, pensando que su desazón no se reflejaría en su rostro, pero eso era imposible.

—Está bien, tendré que creerte —aceptó sin más.

Beca dejó las cosas donde siempre y se puso su chaquetilla. Recordó la conversación que había tenido con Isla. Ahora que las cosas con Javier se habían arreglado era el mejor momento para plantearle de nuevo su idea.

—Javier, le he estado dando vueltas a algo.

—Dime, ¿qué es lo que pasa por esa cabecita?

—Déjate de bromas, Javier. Esto es serio.

—Bien, te escucho —dijo cruzándose de brazos y mirándola de hito en hito.

Beca tragó saliva antes de continuar.

—Verás. Hay un concurso de repostería, aquí en Valladolid, y había pensado que podíamos presentarnos los dos.

—Ahora mismo estamos muy liados —incluyó a Beca en sus planes—. Seguramente haya otras maneras de publicitarse, mejores y más eficaces.

—No se trata de *marketing*, Javier.

—Entonces, ¿de qué?

Beca respiró hondo antes de soltar la bomba.

—Una apuesta.

—¡Vaya! Eso sí que no me lo esperaba —reconoció divertido—. ¿Y qué nos jugamos?

—Si ganas tú, seguimos con la repostería tradicional. Si gano yo, apostamos por mis ideas. ¿Qué te parece?

—Una niñería.

—¿Eso significa que no vas a participar?

—Sabía que lo captarías a la primera —respondió él, con ironía.

—Lo que yo no imaginaba es que confiaras tan poco en ti mismo.

—Sé lo que tratas de hacer.

—¿Y funciona?

—No. No pienso perder lo único que tengo por una absurda apuesta.

—Pues si no lo haces por la apuesta, hazlo por tu orgullo. Demuestra a tu familia y a los que te conocen que esto es lo que realmente quieres hacer con tu vida y que no es otro capricho más como estudiar Empresariales o Bellas Artes —le incitó Beca, con saña. Sabía dónde atacar y por su cara supo que lo había logrado.

Javier le lanzó una mirada emponzoñada.

—Está bien, acepto. Es más, voy a aumentar la apuesta para demostrarte lo seguro que estoy de no perder. Si ganas tú, te haré mi socia en la pastelería. Tanto monta, monta tanto —Javier extendió la mano y esperó a que Beca reaccionase.

La joven leyó entre líneas. No solo serían socios, sino que las opiniones de ambos serían igual de importantes en la toma de decisiones. Sonrió y le estrechó la mano sin dudarlo.



Beca había ganado un tanto en el trabajo, pero aún sentía que tenía muchos frentes abiertos. Se había pasado el domingo entero dándole vuelta a lo de Kieran de tal manera que había olvidado por completo ir a visitar a su padre al hospital.

Aún no podía creer que el irlandés se hubiera acostado con su ex y la hubiera dejado embarazada por accidente. Parecía algo sacado de una telenovela y no algo que pudiera pasarle a ella. Kier había dado muestras evidentes, en Navidad, de haber dejado esa vida de mujeriego de lado y de querer solo una cosa: a ella. ¿Podía estar más equivocada? Si hasta su hermana se lo había advertido…

Aprovechó el descanso a mediodía para estirar las piernas e ir hasta el hospital, para ver a su padre y comprobar cómo evolucionaba su estado. Se sentía una hija horrible. Había estado una semana sin ir a visitarle y sabiendo de él únicamente por Estela.

Entró directamente sin pasar por la recepción. Subió en el ascensor y caminó hasta su cuarto, pero cuanto llegó se encontró con que la cama que su padre había ocupado estaba vacía. Beca se mostraba confundida y no era para menos. ¿Dónde estaba Jesús Garrido? ¿Acaso había…?

Apartó la idea de inmediato de su mente. Quizá solo lo hubieran trasladado de habitación. Puede que le hubieran dado el alta. Sí. Lo más probable es que hubiera sucedido eso.

Se acercó a la unidad de enfermería y preguntó por Estela.

—Buenas tardes. Disculpe. Pregunto por la enfermera Estela García.

—Lo siento, pero no hay ninguna enfermera con ese nombre en esta planta. ¿Sabe en qué zona trabaja?

Beca se quedó en blanco. Había hablado varias veces con su antigua compañera de clase, pero ni una sola vez le había preguntado por su vida o su trabajo. Únicamente habían hablado de la evolución del señor Garrido. Ahora, a la acusación de mala hija se le unía la de mala amiga. Si su vida era un completo caos, no todo podía achacarlo al universo. Tal vez ella también tuviera algo de culpa y debía empezar a hacer algo para ponerle remedio. Por de pronto, salió a las escaleras de emergencia, se sentó y llamó a Paula para preguntarle por su padre.

—Hola, Beca. Disculpa, olvidé decírtelo —respondió su hermana, sin darle demasiada importancia—. Le dieron el alta el viernes por la mañana y, al final, nos lo llevamos a casa el sábado. Está tomando algunos medicamentos para el corazón y ya está mucho mejor.

—Últimamente se te olvidan muchas cosas —le reprochó molesta—. Que yo recuerde, aún sigo formando parte de esta familia.

—¿Qué te ocurre, Beca?

—No me pasa nada, estoy perfectamente —respondió de manera poco creíble.

A Beca nunca se le había dado bien mentir y, por mucho que tratara de disimularlo, Paula la conocía demasiado bien.

—¿Va todo bien con Kieran? Sé que no fui justa contigo el otro día. Debería haberme alegrado por los dos. De hecho, lo hago. Es solo que soy tu hermana mayor y no puedo evitar preocuparme por ti.

Aquella disculpa le dolió a la repostera. Sobre todo porque Paula había tenido razón desde el principio. Sin embargo, no sería ella quién se lo dijera.

—Nos vemos poco por culpa del trabajo, pero aprovechamos cada minuto juntos.

—No hace falta que entres en detalles —dijo Paula, entre risas.

Beca terminó riendo junto a su hermana. No sabía cómo, pero ella siempre tenía el poder de hacer desaparecer cualquier nubarrón que hubiera en el horizonte, no importaba cómo. Incluso a través de una fría línea de teléfono, sintió la complicidad con ella y el hilo rojo e invisible que las unía.

—No te he dicho la verdad, Paula. Al menos, no toda. —Su hermana lo sabía, pero no quiso sonar prepotente diciéndolo en voz alta y simplemente siguió escuchando. Sabía que era lo que Beca necesitaba en ese momento. Lo adecuado—. Verás. Tenías razón. Kieran se acostó con su ex y ahora ella está embarazada. Yo… la verdad… no sé qué hacer.

La joven deseó que Paula estuviera allí para abrazarla.

—¿Has hablado con él? ¿Qué explicación te dio?

—Me dijo que no se acuerda de nada, que estaba borracho.

—No estuvo bien lo que hizo, pero un error lo tiene cualquiera. Además, el hecho de contártelo dice mucho de él.

—¿De verdad vas a disculparle?

—Beca, creo que todos nos equivocamos. A veces más de una vez, pero necesitamos que nos den una segunda oportunidad para demostrar que lo sentimos y que podemos hacerlo mejor.

—Tú eras quien decía que era un mujeriego empedernido y que no cambiaría nunca.

—Puede que exagerase un poco.

—¿Y ese cambio de actitud? —la recriminó molesta.

—Yo también puedo equivocarme, Beca. Deja de ser tan cuadriculada. Nadie es perfecto. Todos tenemos defectos. Incluida tú.

Beca sabía que su hermana tenía razón, pero no le gustaba ceder tan fácilmente cuando era el caso y, aún menos, cuando se trataba de su vida amorosa. No estaba dispuesta a meter la pata de nuevo. La primera vez había perdido a su familia. ¿Qué podía perder en esta ocasión? ¿A los Donnelly? ¿A Shawn? ¿A Isla? Negó con la cabeza para borrar aquellos pensamientos de su mente.

—Dejando a un lado el hecho de que pueda aceptar lo que pasó entre Kier y su ex, va a tener que currárselo mucho si quiere que lo perdone —espetó muy digna.

El dolor seguía hablando por ella, pero, al menos, la posibilidad de seguir con Kieran estaba en el aire, pensó Paula.

—Tiempo al tiempo y, volviendo a papá y aprovechando que estoy en Valladolid, podríamos fijar un día para el ansiado reencuentro —sugirió la bailarina del Royal Ballet.

—Verás. Tal vez sería mejor que esperásemos un par de semanas a que esté recuperado del todo. No quiero provocarle un nuevo ataque y estoy segura de que verme será toda una sorpresa para él.

—¿Te das cuenta de que vuelves a retrasarlo? Siempre tienes una excusa. Cuando salías con Fer, te escudabas en él. Ahora que el innombrable ya no está, utilizas la salud de papá. Hermanita, te aconsejo que lo hagas cuanto antes.

—No me siento preparada.

—Y si esperas a estarlo, nunca darás con el momento adecuado. Deja de esperar y atrévete.

—Lo siento, Paula, pero no puedo. Tal vez más adelante.



Valladolid
Jueves, 2 de febrero

Shawn se había tomado un par de días en el trabajo y había viajado a Valladolid para ver a su prima Isla y a Beca. Puede que la promesa de que le fueran a presentar a una chica perfecta para él también hubiera influido algo.

Beca y Shawn no habían empezado precisamente con buen pie cuando se conocieron, pero un viaje en carretera hasta los acantilados de Moher había logrado que conectaran y se hicieran buenos amigos. Podría decirse que, en parte, su amistad con él había ayudado a que Kieran terminara aceptando lo que sentía por Beca de una vez.

—¿Cómo te va la vida, Beca? Estoy seguro de que sigues al pie del cañón —soltó divertido, antes de darle un trago a su cerveza.

Toda la pandilla se rio al unísono.

—Ha tenido mucha gracia, Shawn. Lo reconozco —aceptó con una fugaz sonrisa.

—Pero…

—No hay ningún pero.

—De acuerdo. Es que no te veo muy pizpireta.

—No estoy pasando por mi mejor racha —dijo ella de forma escueta—, pero vamos a lo que nos interesa. Noe estará a punto de llegar en cualquier momento.

—¿Estás segura de que le caeré bien?

—Tranquilo, sé tú mismo. Le encantarás.

Ambos compartieron una sonrisa cómplice.

Shawn se puso a hablar con Cristina mientras Isla se acercó a Beca.

—¿Qué tal el fin de semana de ensueño?

—¿Perdón?

—La cena a la luz de las velas con Kieran. Reconozco que yo le ayudé un poco, pero la idea fue por completo suya.

—¿Él no te ha contado nada? —preguntó vacilante.

—No. ¿Por qué? ¿Qué debería saber?

—Nada. Es mejor que lo olvides. No deberías inmiscuirte en esto.

Isla se sintió de inmediato culpable. Había trazado la línea donde amistad y hermandad se separaban y ella misma, sin saberlo, la había cruzado rompiendo sus propias normas. Volvería a hacerlo, esta vez, para ayudar a su amiga.

—Lo que te dije entonces fue egoísta y absurdo. Os quiero a los dos demasiado. Él es mi hermano y tú ya eres de la familia desde hace tiempo. Cuéntame lo que ha pasado.

—Gracias, Isla. Eso significa mucho para mí, pero, aun así, yo no soy la más indicada para

contártelo. —Beca trató de evitar el tema.

—Eres mi amiga y eso me da derecho de sobra a saberlo de ti directamente.

—No creo que este sea el mejor momento —alegó Beca, al ver que llegaba Noe—. Noeeee —gritó huyendo de Isla y dándole un abrazo a la recién llegada—. Quiero que conozcas a alguien. ¿Te acuerdas de Shawn, el primo de Kieran?

—Sí, me hablaste de él, pero ¿está aquí, aquí?

Beca asintió, eufórica. Tiró de su mano y la arrastró hacia el grupo entre risas. Frenaron de golpe y Noe terminó a escasos centímetros de Shawn. Ambos se miraron algo nerviosos y la repostera notó la química entre ellos.

—Shawn, esta es Noe. Trabaja en una agencia inmobiliaria y es superfán de Chayanne.

—¡Beeeca!

—Solo le preparo para lo que se le viene encima —bromeó la repostera—. Y Noe, este es Shawn. Es ingeniero agrícola y le encanta viajar.

Ambos se dieron un par de besos y se saludaron de manera oficial. Beca les dejó espacio para que hablaran con calma y sin presiones.

—Con que trabajas en una inmobiliaria…

—Eso es. La verdad es que estudié Publicidad, pero no terminé encontrando nada que me convenciera. Después de meses sin empleo, di con este puesto y ya llevo cerca de un año.

—¿Y te gusta?

—No es lo que tenía pensado, pero por ahora paga las facturas.

—¿Cuáles son tus planes a largo plazo? Perdona si es una pregunta muy indiscreta.

—No, no te preocupes —se rio ante su pudor—. Había pensado seguir en Ventas. Es algo que se me da bien, pero todavía no tengo claro en qué sector centrarme.

—¿Qué sabes sobre maquinaria agrícola?

Noe juntó las yemas del pulgar y el índice formando un cero y se llevó este al ojo como si fuese un catalejo. Shawn fue el primero en reír. Noe le siguió después.

—Bien. Es solo que buscan a alguien en la empresa donde trabajo —le informó una vez que recuperaron la calma—. Si te interesa, puedo presentarte al encargado.

—Lo pensaré. Ahora mismo cambiar de trabajo es un deporte de riesgo. Mi seguridad física y emocional podría estar en serio peligro.

—¡Vaya! Además de elocuente, con sentido del humor. Noe, creo que tú y yo nos vamos a llevar muy bien —aseguró chocando su cerveza con la de ella en un improvisado brindis.

Isla: ¿Se puede saber qué

Dublín
Jueves, 2 de febrero
23:32 h

Kieran: ¿Esas son formas de hablarle a tu hermano mayor?

Isla: ¿Qué pasó el domingo? Te lo di todo masticado.

Isla: ¿Qué pasó el domingo?

Te lo di todo

Kieran: ¿Has visto a Beca? ¿Qué tal está?

Isla:
No me cambies de tema. Ella no ha querido decirme nada. Tiene miedo de ponerme entre la espada y la pared, pero en una cosa se equivoca. Si tengo que

Kieran:
Le conté la verdad. Que me acosté borracho con Cara y que ahora ella está embaraza da.

Isla:
La verdad no siempre es buena ni reparadora. Aliviaste tu culpa traspasándosela a ella. ¿Qué piensas hacer al respecto?

Kieran:
Hablé con Cara y le dije que me haría responsable del bebé.

Isla:
Eso te da un punto a tu favor. ¿Y en cuanto a Beca?

Kieran:
No tuvimos demasiado tiempo para hablar. Mi vuelo salía pronto y tuve que marcharme sin terminar nuestra conversación.

Isla: ¿Cómo? ¿Qué? ¿Tuviste tiempo de cenar con ella, acostaros y, al día siguiente, le soltaste la bomba y te fuiste?

Kieran: Resumiéndolo mucho, sí.

Kieran: Resumiéndolo mucho, sí.

Isla: ¡Kieran!

Isla: ¡Kieran!

Kieran: ¿Qué?

Isla:
De verdad que a veces no sé cómo logras sacar adelante la compañía de papá. Tan listo para los negocios y tan tonto para el amor.

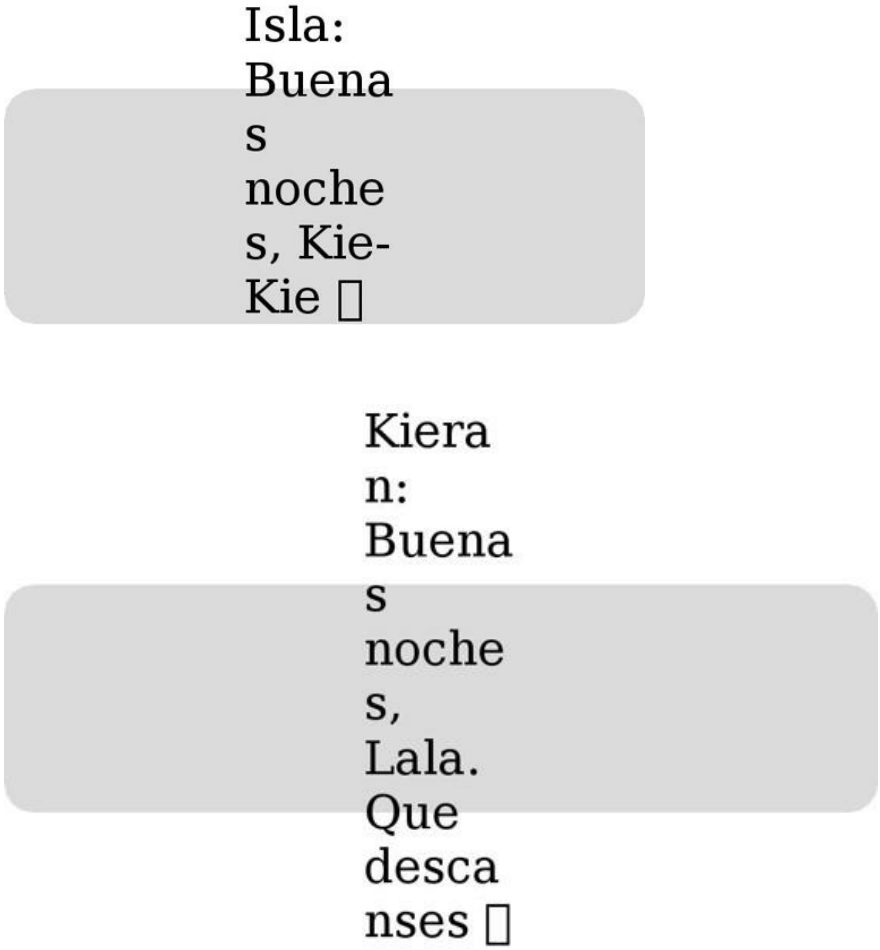
Kieran: ¿Qué

Kieran:
Gracias, sis. Yo también te quiero

Isla: Espero que tu siguiente paso sea más acertado o la perderás para siempre. Y te aseguro que pretendientes no le faltan.

Kieran: Sin presión.

Kieran: Sin presión



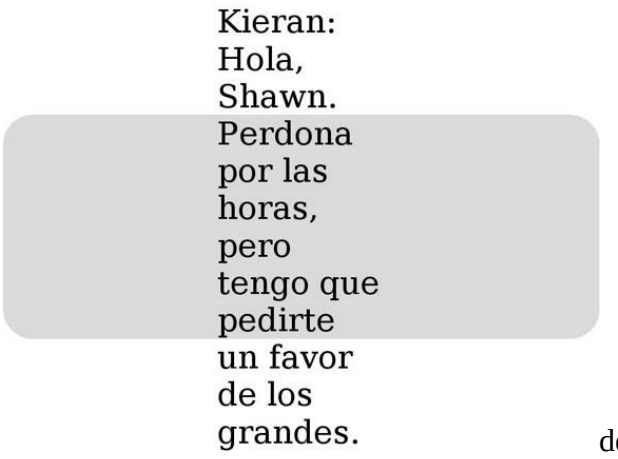
La conversación entre Kieran y su hermana había sido más fácil de lo que esperaba —tan rápida como una tirita arrancada—, pero eso no significaba que lo que Isla le había dicho no fuera en serio. Sabía que Beca no había tenido una vida sentimental memorable y eso solo lo hacía más duro para la repostera. Una relación, un fracaso. Y él no quería ser el segundo en esa lista ni en ninguna otra de la repostera.

Conociendo a Beca, estaría dándole vueltas a la cabeza y pensando en qué se habría

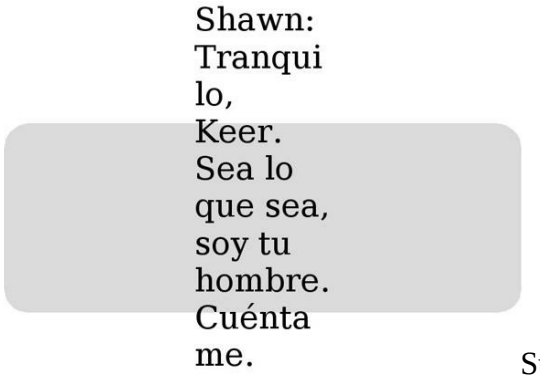
equivocado. Isla tenía razón. La verdad no le había ayudado a aliviar la culpa, solo había hecho la herida más honda.

Después de asediar durante días a la joven con llamadas y mensajes y no tener respuesta, había dejado esa opción de lado. Había barajado otras posibilidades, pero todas eran igual de inútiles.

Lo que no habría imaginado es que el WhatsApp de su hermana le daría la idea perfecta para, tal vez, recuperar a Beca. El dibujo de una pareja de tortolitos bajo un arco de flores, con la frase *Lo que necesitas es amor*, era la imagen que Isla había fijado hace años en su perfil, desde que comenzara su labor de *wedding planner*. Aquella frase le recordó al afamado programa de televisión de los 90 en el que las parejas se reconciliaban o se

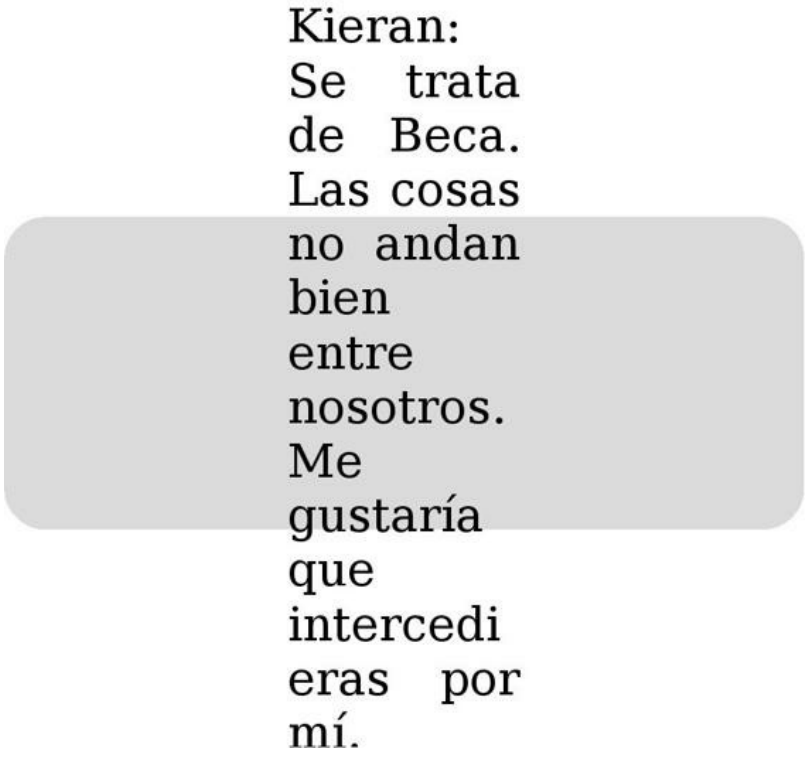


declaraban su amor. Enseguida le vino a la cabeza el candidato perfecto para hacer de Isabel Gemio[13] y le escribió.



Su primo le contestó algo más de media hora después,

entretenido como estaba con la música, la bebida y, ante todo, Noe.



Kieran:
¿Por qué todos creen que he sido yo?
¿Cómo que no parece afectada?
¿Es que estás con ella?

Shawn:
Pues no parece muy afectada.
¿Qué es lo que le has hecho?

Shawn:
Porque Beca es un dulce de azúcar y tú tienes un largo historial a tus espaldas.
Sí, estoy con ella de fiesta. Me he venido unos días a Valladolid.
¿Quieres que la diga algo?

Kieran:
Ni se te ocurra.

Shawn:
Pero ¿no querías que intercediera?
Chico, no hay quién te entienda.

Kieran:
Ni se te ocur

Kieran:
Sí, pero no es el momento ni el lugar. Estará disfrutando. Déjala, se lo merece.

Shawn:
Madre mía, Keer. Me estás empezando a preocupar. Debe ser serio para que hables así.

Kieran: Cara.

Kieran: Cara

Shawn: *NO OO.*

Kieran: Sí, pero eso no es lo peo

Shawn: No sé si quiero saberlo.

Kieran: Debes si vas a hablar en mi favor. Está embarazada. Y, antes de que lo preguntes, es mío.

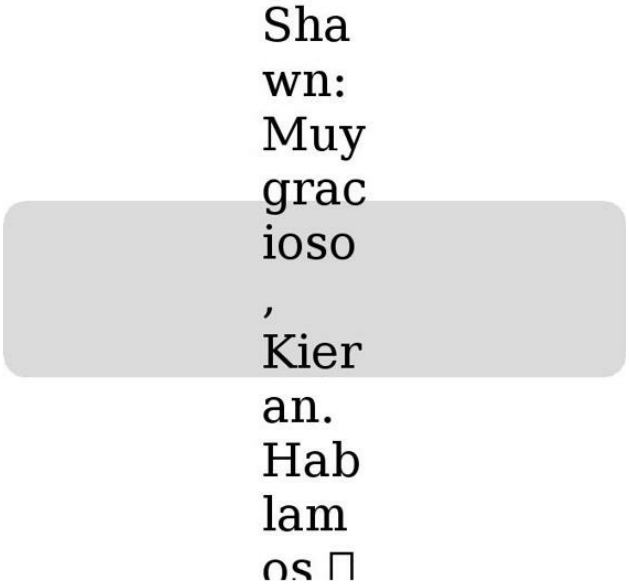
Shawn: No sé si quiero saberlo.

Shawn: Keer, Keer. Sueles equivocarte pocas veces, pero cuando lo haces, lo haces a lo grande.

Kieran: Ese soy yo. Mr. Mistakes.

Shawn:
Está bien. Veré lo que puedo hacer. Te dejo antes de que empiecen a sospechar por qué estoy tanto rato en el baño.

Kieran:
Es algo que siempre me he preguntado desde que éramos críos.



Kieran parecía un poco más ligero después de hablar con su primo, a diferencia de Shawn, que se mostraba más inquieto si cabe. Este no era de los que solía inmiscuirse en relaciones y ahora debía hacerlo en una. No solo se trataba de Kieran. Beca era una chica encantadora que había calado fuerte dentro de los Donnelly, incluido él, y si no podía ser su pareja, al menos intentaría todo lo que estuviese en su mano para que no se alejase de la familia.

Al día siguiente, había quedado con Beca para pasear y conocer la ciudad. Aprovecharía cualquier momento que tuvieran para hablar y tocar el tema de forma sutil.



Valladolid
Viernes, 3 de febrero

Beca había hablado el día anterior con Javier y le había pedido el día libre. A cambio, ella se encargaría de estar todo el sábado. Javier no había puesto impedimento alguno siempre que fuera a primera hora a ayudarle en el obrador. Una vez que terminaron los encargos, Beca se deshizo del mandil, sacó el teléfono y llamó a Shawn.

—¿Tienes algo que hacer ahora mismo?

—De hecho, estoy enfrente de un escaparate muy tentador.

—No me digas que ya estás pensando en comprarle lencería fina a Noe cuando solo os conocéis de una noche —bromeó ella.

—No, tontita. Estoy delante de tu pastelería —dijo esperando a que esta se girara y, entonces, la saludó con la mano.

Beca colgó el teléfono, lo invitó a pasar y le presentó a Javier, quien ya había visto todo.

—Shawn, este es Javier, el dueño de la tienda. Javier, este es Shawn, un amigo.

Los dos hombres se estrecharon la mano y se miraron, casi como estudiándose, con una sonrisa recelosa.

—Nos vamos, pero si te surge cualquier cosa…

—Puedes irte tranquila —le increpó mientras Beca permanecía parada en la puerta—. Ah, y no olvides apuntarte al concurso. Después de todo, fue idea tuya.

—Lo haré ahora mismo sin falta —alegó impetuosa.

Caminaron un par de metros antes de que Shawn, algo confuso, le preguntara.

—¿Qué ha sido eso?

—Vamos a tomar algo y te lo cuento.

Shawn asintió.

Subieron en un autobús hasta el centro y entraron en una de las calles aledañas a la plaza mayor. Cubero era una confitería que llevaba abierta cerca de medio siglo y era famosa por ser la que mejor elaboraba el postre típico de las Ferias y Fiestas de la Virgen de San Lorenzo. En sus instalaciones se encontraba la tienda, el salón de té, el museo del dulce y el obrador. Una vez te adentrabas en su interior, podías respirar historia en su mobiliario *vintage* o en su colección de cucharillas de todo el mundo.

—Si no te conociese, diría que tienes un problema.

Ahora fue Beca la que lo miró extrañado.

—Salimos de una pastelería para entrar en otra. ¿Cuándo desconectas?

La repostera se echó a reír.

—Estar en Valladolid y no traerte aquí es un delito. Será mejor que pidamos algo antes de que me empiecen a sonar las tripas.

Una vez sentados, con un café y un par de pastelitos frente a ellos, Beca lo puso al día sobre la apuesta y, ya de paso, entró en la web del concurso y se inscribió.

—Eres increíble, Beca. ¿Tienes alguna hermana soltera?

La joven se echó a reír.

—De hecho, sí. Es mayor que yo, pero lamento decirte que está comprometida con su trabajo.

—¿Y a qué se dedica? Si puede saberse.

—Es bailarina de la Royal Ballet y hace giras por todo el mundo.

—¡Vaya! Ahora sé de dónde viene ese afán desmedido por el perfeccionismo.

—Já já. Muy gracioso —dijo antes de cambiar de tema—. Bien, quería verte no solo para tomar un café y que nos pusiéramos al día, sino para enseñarte las maravillas de Valladolid.

—¿Vas a hacerme un *tour* privado?

—Eso es. Seré tu guía durante el día de hoy. He preparado varias cosas, pero podemos improvisar sobre la marcha y dejar lo que no te apetezca. Tú decides.

—Creo que me va a gustar —soltó Shawn, alzando las cejas.

Beca le dio un golpe en el hombro.

—Eres incorregible. Vamos, pues.

Un par de pasos después se encontraban en la Plaza Mayor de la ciudad.

—¿Sabías que Valladolid fue capital de España durante parte del reinado de Felipe II? ¿Que aquí murió Cristóbal Colón? ¿O que Doctor Zhivago se rodó en la Estación de tren Campo Grande?

—¡Qué bien se te da vender tu ciudad! Si lo de la pastelería no funciona, siempre puedes trabajar de guía turística.

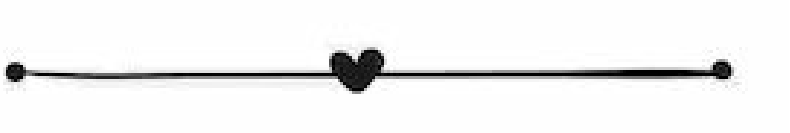
—Me lo dicen a todas horas —le siguió la corriente con una sonrisa en los labios.

Visitaron la calle de Platerías —donde nació San Pedro Regalado, patrón de la ciudad—, la Catedral —que con un proyecto de Juan de Herrera iba a ser la más grande de Europa, pero que por apuros económicos solo se construyó un cuarenta por ciento de lo esperado— y el Museo Nacional de Escultura —con obras de grandes artistas del Renacimiento y Barroco español, como Juan de Juni, Berruguete o Gregorio Fernández—.

Después de comer, se recorrieron las tiendas de la calle Santiago para que Shawn ampliara su vestuario. Había ido con una pequeña maleta y su vestuario era muy limitado. Se hizo con un *outfit* formal y otro más *casual*. Compró calzado y también algo de ropa interior. Beca sintió cierto pudor, pero supo disimularlo bastante bien. Eran amigos, pero no lo suficiente íntimos para compartir ciertos momentos.

Luego dieron un paseo por la Acera de Recoletos, disfrutando de la arquitectura de finales del

siglo XIX, que enlazaron con el Campo Grande, un parque romántico con extensos jardines, fuentes monumentales, estatuas, estanques y pavos reales en libertad, algunos de los cuales se habían atrevido a recorrer la ciudad en tiempos de la pandemia.



—Después de este increíble día y de conocer cada rincón de Pucela —bromeó Shawn, haciendo alarde del sobrenombre de la ciudad—, ya va siendo hora de que me cuentes qué pasa entre mi primo y tú.

—¿De qué hablas? —preguntó Beca, dándole un mordisco a su hamburguesa.

Habían decidido ir a cenar antes de ir él al hotel y ella a su casa a cambiarse para salir esa misma noche con el resto del grupo.

—No intentes negarlo. Kieran me lo ha contado todo —Shawn allanó el terreno.

—Y eso, ¿qué incluye?

—Me dijo lo que, a estas alturas, ya sabemos todos. Que está loquito por tus huesos, que lo que ocurrió aquella noche fue un error imperdonable y que quiere hacer las cosas bien.

—¡Perfecto! O sea, que estás aquí como su representante. Y yo que creía que habías venido a verme.

—¿Y por qué no pueden ser las dos cosas? —replanteó las acusaciones de su amiga—. Hacía mucho que quería visitar España y, ¿qué mejor momento para hacerlo estando aquí parte de mi familia y, ahora, nuevas amistades?

—Si pretendes hacerme la pelota, no va a funcionarte —dijo ella, con la boca pequeña.

—Yo creo que sí —la contradijo, divertido—. Veamos, ¿qué problema hay? Kieran reconoce que es un idiota, te ha pedido perdón y ha aceptado ser responsable del bebé que viene en camino. Creo que, por ahora, lo está haciendo bastante bien.

—No sabía nada de eso —aseguró Beca, sorprendida.

—Tal vez lo sabrías si le cogieras las llamadas o leyeras sus mensajes.

—Reconozco que no he sido la mejor novia del mundo, pero él también debería entender que necesito mi espacio para asimilar todo lo que ha pasado hasta ahora y, sobre todo, tiempo. No puedo perdonarle, así como así, lo que hizo. Da igual que estuviera borracho o no.

—Entiendo tus principios y esas cosas del orgullo propio, pero al menos dale una pequeña esperanza de que no todo está perdido. Lo está pasando verdaderamente mal.

—No intentes darle la vuelta a esto. Yo no fui quién se acostó con su ex y, para colmo, la dejó embarazada.

—Eso hubiera sido un poco extraño, ¿no crees? —Shawn trató de relajar el ambiente con una broma.

—Los chascarrillos fáciles y el tratar de que me ponga en sus zapatos no va a servirte de nada.

—¿Y qué lo hará?

—Que dejes de ser el cliché andante de un hombre prototipo. Estoy segura de que no has escuchado nada de lo que te he dicho desde esta mañana, salvo que ese traje te quedaba como un guante y cuando te he invitado a comer.

—Aunque no lo creas, a veces soy algo más que un hombre guapo —soltó burlón.

—Ahí está el lado cínico y desenfadado de los Donnelly. Parece ser hereditario.

—Venga, Beca. No te enfades. Solo trato de hacer esta conversación más fácil de lo que en realidad es.

—Para empezar, esto sería más fácil si hablara con Kieran y no con su enlace sindical —espetó molesta.

—Mira Beca, hasta tú misma haces bromas —dijo antes de cambiar de tema al ver que por ahí no conseguiría nada—. Kieran también me contó lo que ocurrió el finde pasado y que se siente una mierda por haberte dejado así. Le hubiera gustado hablarlo contigo, pero su trabajo…

Era verdad que Beca estaba molesta porque el irlandés se hubiera marchado aquel domingo dejando la conversación a medias, pero también lo era el hecho de que su trabajo siempre estaba por encima de su relación, además de ser el causante de su infidelidad.

—Durante estos días he hecho muchas cosas. He pensado en lo que Kieran me contó, en lo que tenemos y en mis relaciones anteriores. He llegado a pensar que soy un imán para tipos hedonistas como Kieran o que me refugio en relaciones que sé que no tienen futuro porque me da miedo entregarme al amor —pensó en voz alta, con los ojos vidriosos.

—¿Y a qué conclusión has llegado?

—A que Kieran es un idiota, pero es mi idiota —dijo llevándose las manos al rostro para ocultar sus lágrimas.

Shawn se levantó, se acercó a ella y la estrechó entre sus brazos. Beca se dejó consolar por él para finalmente buscar un pañuelo y secarse el rostro.

—Prométeme que no le dirás nada de lo que te he dicho y, menos aún, eso último.

—Pero como enlace sindical mi obligación es… —Beca le lanzó una mirada dura que no pasó inadvertida para él—. De acuerdo, no le diré nada. Pero vayas a hacer lo que vayas a hacer, date prisa. Temo de lo que es capaz.

—Llámame bruja si quieres, pero sería divertido hacerlo sufrir un poco. Además, en este momento no puedo permitirme distracciones.

—Y eso, ¿por qué?

—Por la apuesta. Me juego demasiado.

Shawn se quedó pensando un rato y, entonces, asintió. A esos dos no les vendría nada mal estar un par de semanas más sin verse. Les daría tiempo de asimilar todo lo ocurrido y quién sabe si pasar página.

—Entonces, ¿me prometes que, cuando termine el concurso, hablarás con él?

Ella asintió, con los ojos rojos. Shawn la miró y vio lo adorable que estaba. Trató de borrar esa imagen y se concentró en Noe. Era una chica lista, divertida y, lo mejor de todo, estaba soltera y sin ataduras.



Dublín
Viernes, 3 de febrero

Mantener la cabeza fría y ser competente en el trabajo estaba resultando todo un reto para Kieran esa semana. Sobre todo porque se sentía culpable por lo ocurrido y ver a Cara, de forma constante, se lo recordaba a cada momento.

—¿Va todo bien, Kieran? No tienes buena cara —se interesó su ex, ciertamente preocupada.

—Lo cierto es que no, pero ¿qué podría importarte a ti?

—Me conoces de sobra y sabes que no soy de las que finge. Si te pregunto es porque me interesas y no me gusta verte así. Si hay algo que pueda hacer para ayudarte…

—¿Puedes rebobinar hasta antes de que nos acostáramos?

Cara torció el gesto, ofendida.

—No es nada contra ti, pero estoy con alguien y acostarme contigo y saber que voy a ser padre no ha sido una buena noticia que digamos.

—Tú sentando la cabeza, ¿desde cuándo? —se burló Cara, tratando de animarle.

—Parece ser el chiste en boca de todos durante las últimas semanas.

—Eso significa que lleváis poco saliendo. —Kieran asintió—. ¿Y cómo sabes que es ella? Ya sabes, la mujer con la que quieres estar de por vida.

—Hombre, diciéndolo así…

—¿Qué? ¿Suena abrumador?

—Pues sí —reconoció él, sin medias tintas—. Tanto como ser padre.

—Entonces, te aseguro que no es ella. Solo hay que ver la cara que has puesto.

—¿Y cuál es?

—La de un hombre acorralado entre la espada y la pared. Pero tranquilo, yo no te pediré que hagas de padre. Tengo claro que el papel te quedaría muy grande y, por suerte para el bebé, tiene una madre fuerte y capaz.

—¡Vamos, Mel! Estás siendo demasiado injusta.

—¿Tú crees? La que se ha quedado embarazada he sido yo, pero aparentemente la vida que se ha ido al traste es la tuya.

—No quise decir eso.

—Entonces, ¿qué querías decir?

—¡Basta, Mel! Por favor. Ya tengo suficiente con no dar ni una en el trabajo y no parar de pensar en que lo mío con Beca no tenga solución, para que vengas a acusarme de algo que no soy —ladró molesto—. Creo recordar que me ofrecí a ser el padre de esa criatura, así que, ¿por qué

me fustigas de esta manera?

—¿Acaso crees que me hace feliz saber que voy a tener un hijo tuyo mientras tú estás con otra? No es que tuviera planes, pero esta no era mi idea de un final feliz.

—Lo siento mucho, Mel. Ya está. Ya lo he dicho —aceptó sarcástico mientras no apartaba la vista de ella—. Perdona por haberme acostado contigo cada vez que me echabas el lazo, perdona por haber sido un hombre soltero sin compromiso al que no le interesabas hasta que descubriste que tenía pareja y, ¡ah!, perdona también por tratar de hacer lo correcto equilibrando mi vida personal y laboral.

—No sabía que podías ser tan mezquino y ruin —increpó Cara, tras soltarle un bofetón.

Kieran se llevó la mano al rostro. En otra vida, la hubiera mirado enfurecido y la habría insultado. Sin embargo, tantos años conviviendo tan de cerca con Isla le habían hecho darse cuenta de algo. La gente hace cosas y tú decides si te afectan o no. Él no pensaba entrar en el juego de Cara. No, de nuevo.

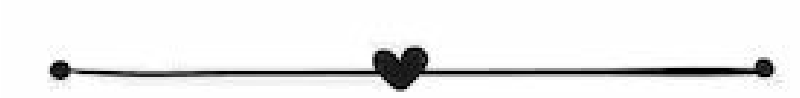
—Y yo no sabía que podías ser tan ingenua. La vida no siempre es perfecta y las cosas nunca salen como planeamos, pero siempre hay que seguir intentándolo.

—Veo que la teoría se te da muy bien. Mira a ver si la pones en práctica.

Kieran la miró curioso. Cara se preguntó qué pasaría por su mente en ese instante, pero no tardó en descubrirlo.

—¡Cielo santo! Tienes razón. Gracias —dijo acercándose a ella y dándole un beso en la frente.

Cara se quedó en *shock*, lo vio alejarse corriendo y se maldijo por hablar más de la cuenta.



Isla había tenido un día muy atareado, pero eso no había impedido que pensara en su hermano y en que este no le había avisado de su hora de llegada al aeropuerto para que fuera a buscarlo. Era la rutina habitual entre ellos y que se repetía cada viernes desde que Kieran y Beca estaban juntos.

Su hermano era incorregible, pero también un enigma para ella. Algo que le gustaba, porque siempre conseguía sorprenderla y, a veces, asustarla hasta límites insospechados.

Cuando salió de la oficina, marcó el número de su móvil y esperó a que Kieran contestase.

—Hola, hermanita, ¿llamas para regañarme otra vez? —saludó animadamente, como era habitual en él.

—No, tonto —dijo ella, entre risas.

—Entonces, para insultarme.

—Tampoco. Quería saber por qué no he recibido ningún mensaje tuyo con la hora del vuelo.

—Tan sencillo como que no hay ninguno.

—¿Lo han cancelado? —sugirió esperando que fuera ese el contratiempo.

—No. Simplemente no lo he tomado.

—¿Es por Beca?

—En parte.

—¿Sabes que, además de Beca, también estoy yo y que estoy deseando verte y abrazarte?

—Ya sé que no puedes vivir sin mí, pero estoy hasta arriba de trabajo y solo he comenzado a darle forma a mi plan.

—Ya puedes esmerarte. Recuerda que Beca es especial y no uno de tus ligues habituales —le recordó como solo haría una madre.

—No es necesario que me lo digas, lo sé de sobra. —Estuvo de acuerdo con ella—. Quiero que esta vez salga bien.

—¿Te refieres a...? —preguntó Isla, ilusionada.

—Sí, Lala, sí. A eso mismo.

—Creí que no volvería a oírtelo decir nunca más —aseguró al borde de las lágrimas.

—En realidad, no he dicho nada.

—No juegues conmigo. Sé que sabes que lo sé. Puedes ser duro como un diamante por fuera, pero eres pura mantequilla por dentro.

—Me encanta cuando me hablas así. Vas a hacer que me sonroje.

—Déjate de tonterías y dime qué tienes pensado. Podría ayudarte —se ofreció tanto por saciar su curiosidad como por poner su toque especial en la sorpresa.

—Lo siento, Isla, pero esta vez tendrás que ser una mera espectadora. Quiero que sea algo solo mío. Solo así, Beca sabrá cuánto me importa.

—Está bien. Aceptaré la derrota dignamente —bromeó ella antes de cambiar de tema—. ¿Cuándo volveremos a verte por aquí?

—Si todo sale según lo previsto, en menos de quince días estaré allí y todo volverá a ser como en Navidades. O incluso mejor —anunció lleno de expectación. Isla soltó una risotada—. Y no me hagas hablar, ya he revelado más de la cuenta. Adiós, *sis*.



Dublín
Martes, 7 de febrero

Cara siempre había sido una buena actriz y aquella vez no era diferente. Sabía controlar sus sentimientos y nadie conseguía adivinar lo que pasaba por su mente. Aquella mañana no fue menos, pero había algo distinto. Veía asegurada su victoria con Kieran y no dudó en compartirlo en su oficina con su mejor amiga, Emily, quien para colmo resultaba ser la secretaria de Donnelly.

—Ya veo que lo tuyo con Kieran progresa adecuadamente —la picó Emily para que entrara en detalles.

—Más que eso. Lo tengo comiendo de mi palma —soltó Cara, en un alarde de vanidad—. Es cuestión de tiempo que me pida que nos vayamos a vivir juntos.

—Yo no lo tengo tan claro. En el último mes ha viajado a España más de lo habitual. Creo que hay alguien en su vida.

—Puede que lo haya, pero cuando termine con él seremos la pareja del momento. Como Kylie Jenner y Timothee Chalamet.

Emily se rio divertida.

—Cara, eres incorregible.

—Y también muy obstinada.

—No lo olvido —aseguró Emily—, pero ¿qué pasará dentro de unos meses cuando Kieran se dé cuenta de que no engordas lo habitual en un embarazo o, peor aún, quiera asistir contigo a una ecografía en directo? La verdad se terminará desvelando.

—No tiene por qué —respondió Cara, misteriosa.

—¿No me digas que estás embarazada de verdad?

—Claro que no, ya lo sabes, pero puedo engatusarle y que esta vez sí se acueste conmigo. Una vez que me quede encinta, formaremos una familia de verdad. Él jamás se enterará del engaño. —Cara se mostraba entusiasmada con la idea.

Nunca se había replanteado nada similar con otro hombre al no sentir ni la más mínima chispa con ninguno. Kieran la había hecho pasar buenos momentos tanto fuera como dentro del dormitorio. ¿Quién decía que no podía funcionar? Para colmo, era su jefe y la baja por maternidad no sería un problema. Parecía tenerlo todo bien atado. O casi todo.

—Entonces, te queda lo más difícil. No quiso hacerlo contigo la última vez y eso que estaba borracho. ¿Cómo piensas lograrlo ahora?

—¿No está claro? Tocando el punto débil de cualquier hombre —dijo recordándole lo evidente. Emily arrugó el ceño—. Mostrando mi vulnerabilidad.

—Espero que me asciendas cuando seas jefa.

—Descuida, eso está hecho —aseguró guiñándole un ojo—. Y, ahora, volvamos al trabajo si no queremos llamar demasiado la atención.

Emily asintió y se despidió de ella hasta la hora de la comida.



Dublín
Miércoles, 8 de febrero

Peter se había pasado gran parte del día anterior dándole vueltas a lo que había escuchado. Nunca había sido un gran fan de meterse en asuntos ajenos, pero que la vida de una persona dependiese de lo que había descubierto le hacía reconcomerse por dentro. Se planteó si le hubiera gustado que alguien hubiera hecho lo mismo por él si se hubiera dado el caso y su respuesta afirmativa fue lo que le terminó de convencer de hacer lo correcto.

Subió a la última planta y, sin esperar a que Emily le atendiera, fue directo al despacho de Kieran Donnelly, hijo del dueño de la compañía y futuro director.

—Señor Donnelly, tengo que hablar con usted de algo importante —anunció de forma discreta.

—Disculpe, señor Donnelly. No he podido detenerle —se disculpó su secretaria ante la inesperada visita.

—Está bien, Emily. Puede retirarse —aceptó de buen grado. La secretaria obedeció y, entonces, se dirigió a su empleado—. Peter, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Llegados a este punto, puedes llamarme Kieran. Yo te seguiré llamando Peter si no tienes inconveniente. —El empleado negó con la cabeza—. Bien, tú dirás.

—Será mejor que cierre la puerta. Me lo agradecerás después.

Kieran asintió y Peter volvió sobre sus pasos para cerrar la puerta.

—Baja la persiana. Así nadie nos molestará.

Peter obedeció.

—Kieran, ayer escuché una conversación que no debía y he estado debatiéndome sobre si compartirla o no contigo.

—Puesto que te has decidido a hacerlo, ve al grano. No tengo mucho tiempo —Kieran reclinó su silla hacia atrás.

—Por supuesto —aceptó Peter, tomando asiento frente a su jefe—. Por lo que he oído, la asesora de cuentas y tú estáis esperando un hijo.

—¡Vaya! Las noticias vuelan —dijo molesto porque toda la empresa lo supiera.

—No tienes de qué preocuparte —le aseguró tratando de no ahondar demasiado en el tema.

—Yo diría que sí, pero eso no es asunto tuyo.

—No me has entendido. Lo del bebé es todo mentira. Puro cuento para cazarte.

Kieran se incorporó de un golpe que a punto estuvo de hacerle caer del asiento.

—Repite eso.

—Lo escuché todo tal y como tú y yo estamos hablando. Cara se lo contaba a Emily, tu

secretaria. Eso y otras cosas.

—¿Qué otras cosas?

—¿Sabes algo, Kieran? No soy un chivato. He venido a contarte lo más importante porque de ello dependía el resto de tu vida.

—Y no creas que no te lo agradezco, pero necesito tener todos los detalles. Solo así podré tomar la decisión acertada —trató de hacerle entrar en razón—. Lo entiendes, ¿verdad?

Peter asintió molesto.

—Por lo visto, Cara pretendía acostarse contigo para quedarse embarazada y formar una familia. Por cómo hablaba, parecía...

—¿Qué? ¿Enamorada?

—Sí.

—No te equivoques. La gente como Cara solo está enamorada del estilo de vida de los demás. Quieren lo que no pueden tener —admitió sin ambages.

No es que se basara únicamente en los rumores que corrían de ella en la empresa, sino que su propia experiencia junto a ella le hacía hablar así.

—He oído rumores, pero no suelo fiarme de esas cosas.

—Pues deberías, Peter. Cuando el río suena, agua lleva —le aconsejó de manera paternalista. « Por esa regla de tres, debería creer que usted se ha acostado con media plantilla de la empresa » , pensó Peter para sí—. Está bien, te agradezco que hayas venido a avisarme. No te preocupes. No te delataré.

Kieran se puso en pie, le estrechó la mano y vio cómo se marchaba de su oficina. Estaba claro que tenía que hablar con Cara. Tenía muchas explicaciones que dar.

El teléfono de la asesora de cuentas sonó un par de veces antes de que esta lo cogiera.

—Buenas tardes, Cara. ¿Podrías venir a mi despacho? —le pidió Kieran, tratando de serenarse.

—Termino unos documentos y voy para allá —se excusó la mujer, a quien no le gustaba dejar nada a medias.

—Necesito que vengas ahora mismo —le pidió de forma menos educada.

—Está bien. Voy enseguida.

Cara colgó el receptor y miró suspicaz el teléfono de la oficina. El tono en la voz de Kieran no hacía presagiar nada bueno.

Al instante, Cara cruzaba la puerta que conducía al despacho del señor Donnelly topándose en primera instancia con Emily. La asesora de cuentas la miró interrogante y su amiga se encogió de hombros. No tuvieron oportunidad de hablar cuando Kieran percibió que se encontraba ya en su oficina.

—Pasa, por favor, y cierra la puerta —dijo revisando unos informes con precisión quirúrgica.

Cara aprovechó para sentarse frente a él. Entrelazó los dedos de sus manos y comenzó a jugar con los pulgares.

—Kieran.

—Un momento, ahora mismo estoy contigo.

—Kieran, puedo venir más tarde si lo prefieres —sugirió ella mientras se levantaba de la silla.

—Vuelve a sentarte. Tenemos que hablar —pronunció la típica frase que anunciaba problemas.

Cara obedeció con el gesto descompuesto. Kieran abandonó lo que estaba haciendo y la miró de hito en hito.

—¿Cuándo ibas a decirme que lo del embarazo era mentira? ¿Acaso llegamos a acostarnos? ¿O también me mentiste en eso? —la increpó sin darle tiempo a responder.

Cara apartó la vista, tratando de buscar una respuesta aceptable.

—Yo solo creí que lo nuestro necesitaba un empujón. Nada más.

—¿Lo nuestro? No hay nada nuestro, Cara. Nos acostábamos de vez en cuando, pero tú siempre fuiste tajante. No querías nada serio —le recordó con rabia—. Así que no entiendo ahora ese cambio de actitud.

—Me di cuenta de que me había estado engañando, que tenía miedo y que quería más —dijo la asesora de cuentas, cabizbaja.

—Te lo dije en su momento y te lo digo ahora. Mantengo una relación estable y sana —remarcó las dos últimas palabras para que quedaran bien claras—, y eso significa que no pienso acostarme con nadie más excepto ella. ¿Puedes entenderlo?

—Sí.

—Bien. Ahora quiero que vuelvas al trabajo y me dirijas la palabra solo cuando sea estrictamente necesario. Necesito procesar todo esto.

Cara se levantó del asiento, sujetó el pomo de la puerta y se giró antes de abrir.

—¿Puedo saber cómo lo has descubierto?

—¿Acaso importa? —preguntó Kieran, con las cejas alzadas.

La asesora negó con la cabeza.

—Tendrás mi dimisión en tu mesa mañana por la mañana —espetó Cara, orgullosa.

Kieran asintió antes de verla salir como alma que llevaba el diablo.



Valladolid
Sábado, 11 de febrero

Beca sabía que ahora mismo el concurso era lo más importante para ella. En otra época, no habría dudado en arriesgar su talento y su vocación por un hombre, pero ahora era distinto. Al menos, esa lección sí la había aprendido, aunque le había costado seis años y una gran carga emocional.

Mañanas y tardes se dedicaba a hornear y despachar en la tienda junto a Javier. En cuanto salía de trabajar iba directa a casa a improvisar con nuevos ingredientes o probar alguna idea que le había surgido en la pastelería.

Su mente se encontraba más activa que nunca. Leía libros antiguos que tenía por casa y otros más recientes que encontraba en la biblioteca. Repasaba las revistas profesionales y veía programas en el Canal Cocina. En resumen, hacía cualquier cosa que pudiera inspirar a su creatividad.

Como todo artista, Beca no dio en el clavo a la primera. Tuvo varios intentos que, aunque algo pobres, le ayudaron a saber qué sabores y texturas no debía mezclar. El concurso era todo un reto en el que no solo debía crear algo original, sino un dulce que no fuera emplatado y cuyos ingredientes estuviesen adheridos a la marca Alimentos de Valladolid.

Finalmente, optó por un *Banoffe*[14] con plátano salteado con lima, nata chantilly, galleta campurriana y dulce de leche. Lo cocinó de buena mañana y lo guardó en una caja para transportarlo mejor. Después se dirigió a la pastelería, donde se topó con Antonio, pero no había ni rastro de Javier.

—Buenos días, Antonio.

—Buenos días, Beca. ¿Qué haces aquí? ¿No participas en el concurso?

—Sí, pero pensé primero en hornear la bollería y los encargos del día.

—Para eso estoy yo. Le di la mañana libre a Javier y Nieves está con su hermana.

—Ya que estoy aquí, deja que te ayude. Así acabarás antes.

Un par de horas después, Beca tomó el autobús y se dirigió a la Cúpula del Milenio, un edificio llamativo tanto por su forma de iglú como por el baile de colores que proyecta ba al caer la noche. S e identificó, buscó la mesa de exhibición de dulces y colocó el suyo ante el juez.

Allí saludó a Javier y observó su creación: unos *cupcakes*[15] de bizcocho de zanahoria con nueces y *frosting* de queso con mantequilla. Su aspecto era realmente delicioso, sobre todo con sus nueces peladas y su canela por encima.

—Hola, Javier. Ya veo que te lo has currado. Tiene una pinta estupenda.

—Soy muy competitivo, pero también me juego mucho.

Beca sintió una punzada de culpa y dejó a un lado sus propios intereses.

—Entendería que quisieras anular la apuesta. Todavía estamos a tiempo.

—¿Es que temes perder? —preguntó Javier, hiriéndola en su orgullo.

—Ni en sueños. Buena suerte —le deseó ofreciéndole la mano.

La gente comenzó a llegar y fue ocupando los asientos desplegados ante el escenario. No faltaron Cris, Isla y Camile, Shawn y Noe, Paula y, por supuesto, Estela, a quien Beca había invitado y a la que presentó a sus amigos.

Beca los saludó y recibió ánimos de todos ellos. Sin embargo, notó la ausencia de Kieran.

—Lo echas de menos, ¿no es cierto? —le preguntó Isla cuando el resto fueron a ocupar las butacas asignadas.

Beca asintió.

—Le hubiera gustado venir, pero estaba hasta arriba de trabajo.

—Lo entiendo. Lidera una gran empresa, tiene mucha responsabilidad.

Isla sonrió de forma triste para después darle un abrazo a su amiga.

—Mucha mierda —dijo Isla convencida. Beca arrugó el ceño—. ¿No es lo que se dice en estos casos?

Ambas rieron con ganas esta vez.

El evento comenzó unos minutos después de la mano de Daniel Muriel, un actor vallisoletano de renombre que habló de la historia de la ciudad, de su gastronomía y, por último, fue presentando a los diferentes concursantes y sus respectivos dulces.

El jurado se retiró a deliberar y, poco después, el presentador tomó el sobre con la resolución de manos del presidente.

Javier y Beca se miraron, recelosos por un segundo, contuvieron la respiración y siguieron cada palabra de Daniel Muriel.

—Y el ganador de esta segunda edición al Mejor Dulce 2023 es... —El presentador se detuvo, dejando unos segundos de suspense mientras abría el sobre—. Pastelería Frías.

El público acogió entre vítores y aplausos al repostero, que se acercó a recoger el premio y decir unas palabras.

Los dos representantes de Tanto Monta se miraron atónitos. No podían creerse que ninguno de los dos hubiese ganado. Habían estado robándole horas al reloj para dar lo mejor de sí mismos y que su talento se viera reconocido, pero todo había sido en vano. ¿Qué sería de la apuesta? Si ninguno de los dos había ganado, ¿quedaría anulada?

Beca decidió que después del mal trago que les quedaba por pasar, no era el momento ni el lugar de mencionarlo. Solo hablaría de ello si Javier sacaba el tema a colación.

Los dos vieron como el vencedor recibía el galardón, posaba para los distintos periódicos de la ciudad junto a las autoridades y estrechaba la mano del alcalde. Tuvieron que aplaudir junto al resto de gente, mantener el tipo y poner buena cara a pesar de las circunstancias. Se habían centrado tanto en la apuesta y en ganar, que no se dieron cuenta que no solo eran ellos dos quienes participaban y que no había nada seguro hasta el final.

Para cuando pudieron alejarse de las masas, Beca y Javier se encontraron de nuevo a solas.

—¿Quién iba a decirlo? Hemos participado junto a los mejores. Eso ya es algo por lo que estar contentos —dijo Javier, mirando el lado positivo.

—Tienes razón —aceptó ella, con una sonrisa fugaz.

—En cuanto a lo de la apuesta... técnicamente, no hemos ganado ninguno, pero...

—Javier —le detuvo antes de que continuara—, no tienes de qué preocuparte. Por mi parte, esa apuesta nunca existió y tú eres el único dueño de la pastelería. Ya es hora de que inicie mi propio sueño. Lo he dejado aparcado durante demasiados años.

—Veo que tienes las cosas muy claras.

—Creo que siempre las tuve. Solo que me daba miedo echar a volar.

—¿Y qué es lo que te ha hecho cambiar de opinión?

—Tú —dijo recuperando la sonrisa.

—Espero no haber hecho o dicho algo...

Beca negó con la mano.

—Llevo cinco años trabajando con tus tíos. Es lo único que conozco y, aunque me ha ido muy bien con ellos, creo que debo ser valiente y tomar algunos riesgos —habló con la experiencia que aportan los años y los desatinos.

—Me alegro mucho por ti. Puedes quedarte en la pastelería el tiempo que necesites y ya sabes que aquí siempre tendrás a un amigo —se sinceró ofreciéndole la mano.

Beca no lo dudó y, en lugar de eso, lo estrechó entre sus brazos.

—Gracias, Javi. No sabes cuánto significa para mí —le dijo mientras su mirada se perdía en el horizonte y se cruzaba con la de Kieran. Este la observó durante unos segundos antes de desaparecer entre el gentío.

Beca se disculpó ante Javier y se lanzó a buscar al irlandés entre la concurrencia. Sin embargo, a la única que encontró fue a Paula que, curiosamente, estaba con alguien más. Su hermana había venido acompañada de los padres de ambas sin decirle nada. Estos habían presenciado el concurso y, aunque la repostera no había ganado, sus rostros mostraban una mezcla de nerviosismo y orgullo a partes iguales.

—Papá. Mamá —los saludó incapaz de acercarse a ellos.

—Hola, Rebeca —le devolvió el gesto Ángeles antes de darle un codazo a su marido para que este también hablase. Este gruñó molesto.

—Paula nos dijo que querías que viniéramos para decirnos algo —alegó Jesús, sin rodeos.

—Así es —dijo Beca, tomando el toro por los cuernos—. No os imagináis cuánto llevo queriendo pediros perdón por lo que ocurrió. No actué bien. Ahora lo sé.

—No tiene importancia, mi niña. Paula nos contó que ya no estás con ese chico —se interesó su madre, quien la había descubierto en el hospital en una de sus visitas secretas. Sin embargo, el *shock* de verla allí la había paralizado el tiempo suficiente para que Beca se marchara con sigilo.

—No debí anteponer a Fernando —se atrevió a decir su nombre por primera vez desde que la dejara— a mis padres. Vosotros sois mi familia. Me disteis la vida y me criasteis y así fue cómo os lo pagué. Lo siento mucho —confesó con los ojos vidriosos.

Paula se acercó a ella y le tomó la mano para hacerle más fácil el trago. Ángeles hizo lo mismo con la que le quedaba libre y Beca le sonrió, emocionada. Entonces miró a su padre. Este no tardó en hacerse escuchar.

—Lo hecho, hecho está y forma parte del pasado —aseguró Jesús, dando un paso hacia ella y estrechándola entre sus brazos.

Esta vez, la repostera vio a lo lejos a la pandilla. Se habían alejado para dar espacio suficiente a la familia Garrido. Beca les sonrió antes de disculparse con sus padres y su hermana y caminar hasta ellos.

—Para no haber ganado, eres la protagonista del momento —bromeó Shawn, divertido.

—Esa —dijo mirando hacia sus padres— es la mejor recompensa de todas y, probablemente, la única.

—Lo dices por Kieran.

—Le he visto hace un instante. Me vio abrazándome con Javier y se fue sin despedirse —confesó avergonzada.

—Tal vez sea mejor dejar las cosas como están.

—Y eso me lo dices tú que viniste a convencerme de que volviera con él.

—Tampoco es que me hicieras mucho caso.

—Necesitaba concentrarme al cien por cien en el concurso. Creí que tú lo entenderías —le recriminó, dolida.

—Y lo entiendo. Todos tenemos prioridades y tú, por fin, has descubierto cuáles son las tuyas.

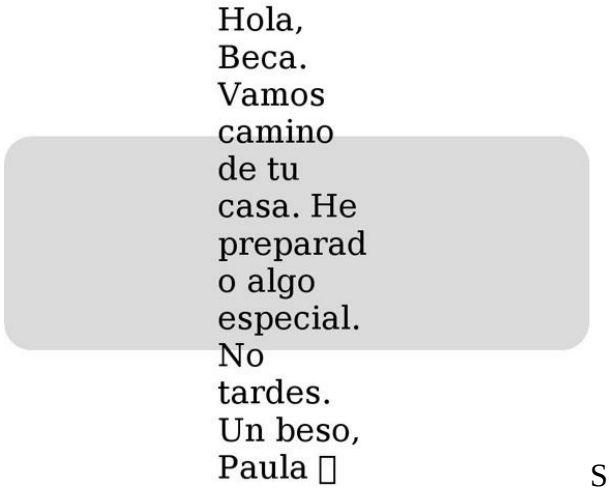
—Vete a la mierda, Shawn —dijo alejándose de él.

Isla se acercó a ella, pero Beca echó a correr. Necesitaba desahogarse y allí, en medio de tanta gente, le resultaba imposible. Puso distancia de por medio hasta que se dio cuenta de que estaba a solas. Entonces se detuvo, respiró hondo y dejó que las lágrimas fluyeran solas.

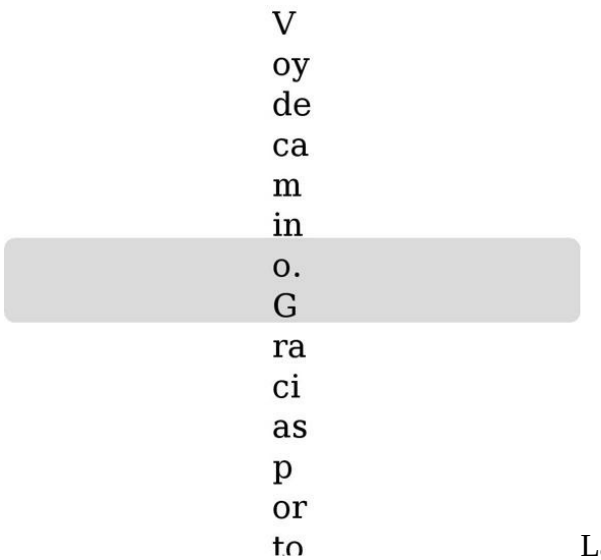
Había tenido una oportunidad de oro para arreglar las cosas con Kieran y lo había estropeado todo por un malentendido. No sabía adónde había ido y estaba segura de que, aunque lo descubriera, no querría hablar con ella. Después de todo, Beca había hecho lo mismo con el

irlandés.

Un tono de llamada la sacó de sus pensamientos. Miró el móvil. Se trataba de Paula. Le había enviado un mensaje.



Se llevó las manos a la cabeza. Acababa de hacer las paces con sus padres y los había dejado tirados dentro de la Cúpula. Desbloqueó el teléfono y abrió de inmediato el mensaje.



La repostera le respondió en el acto.

En cuanto Beca llegó a la puerta de su piso, escuchó voces que se superponían, música y algún que otro ruido que no supo discernir. Introdujo la llave con avidez y entró. Allí no había nadie. ¿Acaso se estaría volviendo loca?

Avanzó hacia el salón que, por lo general, estaba iluminado con las luces que llegaban de la calle. Esta vez estaba completamente a oscuras, con las persianas bajadas de par en par y eso le extrañó. Ella no las había tocado antes de irse esa misma mañana.

Llevó la mano a la toma de luz y, cuando encendió esta, se topó de frente con una pequeña multitud: la pandilla al completo, sus padres, su hermana y, liderando a todos ellos, Kieran. ¿Por qué se supone que estaba allí? ¿No se había enfadado al verla abrazando a Javier?

—¿Qué haces aquí? —le preguntó en cuanto este se acercó a ella.

—Quería que habláramos de lo nuestro y, como no me contestabas las llamadas ni los mensajes, hablé con tu hermana —confesó abochornado.

Beca miró a Paula y esta la saludó divertida al verse descubierta.

—No puedo creerlo. Ella te...

—Al principio no fue fácil. No quería ni escucharme, pero una vez que le conté lo que me proponía me apoyó en todo.

Beca se mostró perpleja. ¿Desde cuándo su hermana apoyaba su relación con Kieran? Aún recordaba cómo había dicho que lo suyo no funcionaría porque era un mujeriego sin remedio, pero también es verdad que la última vez que su nombre había salido en una conversación, Paula lo había defendido a capa y espada y esto le había sorprendido a Beca. Ahora lo entendía todo.

—¿Y qué le contaste? Que querías hacerme una fiesta sorpresa con... —Miró alrededor para descubrir la sala decorada con globos, corazones y confeti en un único color. Rojo—. ¿Qué es todo esto?

—Sé que todavía no es San Valentín, pero como el martes no estaremos juntos, quería hacer algo especial y que lo celebráramos los dos hoy.

—¿Por qué? ¿Es que hay alguna otra mala noticia que deba saber?

—No, no la hay —dijo abochornado—. Reconozco que la última vez que nos vimos no hice las cosas bien. Ahora solo quiero demostrarte que me importas. Entiendo que no podemos seguir con lo nuestro como si nada hubiera pasado, pero podemos hacer un punto y aparte y darnos otra oportunidad.

—Esto no funciona así.

—Yo creo que sí. Las personas cometen errores, tratan de subsanarlos y aprender de ellos —A Beca le pareció estar escuchando a su hermana hablar.

—Nada es tan fácil —espetó indignada.

—Todo es tan fácil como tú quieras que lo sea.

—¿Qué significa eso?

—Creo que está bastante claro. Hace mucho que no me sentía verdaderamente a gusto con alguien y no quiero que lo nuestro termine —aclaró él.

—Está loquito por tus huesos, tontita —dijo Paula, lo suficiente alto para que ambos la escucharan. Kieran sonrió cómplice y volvió la vista hacia Beca, expectante.

—¿Y bien? —insistió él.

—Necesito tiempo.

—Puedo darte todo el que necesites. Ya sabes que estoy en medio de un proyecto muy importante.

—Sí, y también sé que estás trabajando mano a mano con tu ex. ¿Cómo puedo saber que no volverás a verla?

—Descubrí que lo del bebé era una estratagema para que volviéramos juntos. No le sentó muy bien que se lo echara en cara y ha dejado la empresa.

—¿Eso es cierto?

Kieran asintió.

Beca tardó unos segundos en asimilar la noticia y entonces saltó a sus brazos. El irlandés la agarró de las piernas y dejó que sus labios hablaran por ellos. Una pequeña tos interrumpió ese instante tan tierno que estaban compartiendo. Beca giró el rostro para descubrir que ante ella había una mujer que le resultaba muy familiar. No tardó más que unos pocos segundos en darse cuenta de que se trataba de Andrea Dopico, la maestra repostera del momento.

Andrea había trabajado con Carme Ruscalleda durante dos años antes de ser la jefa pastelera del restaurante ABaC de Jordi Cruz e impartir cursos en Madrid. La revista Forbes la había seleccionado como una de las menores de treinta con mayor proyección de Europa.

Ahora era Beca la que se sentía abochornada al verse en una situación tan comprometida frente a su mayor fuente de inspiración. Le dio un par de toquecitos en el hombro a Kieran y este pareció captar la indirecta. La bajó de inmediato al suelo.

—Quería que conocieras a Andrea Dopico. Sé que es uno de tus referentes en el mundo de la pastelería y quería que tuvieras la oportunidad de hablar con ella *tête à tête* —le explicó mientras las presentaba—. Andrea, ella es Rebeca. La persona de la que te he hablado.

—Es un placer, Rebeca. Puedes llamarme Andy.

—Mucho gusto, Andy. Mis amigos me llaman Beca.

—Os dejaré a solas para que podáis hablar —se disculpó Kieran.

—Un tipo muy curioso tu novio. Removió cielo y tierra para que estuviera hoy contigo. Debe quererte mucho.

—Más de lo que pensaba —dijo Beca, con los ojos radiantes de felicidad.



Domingo, 12 de febrero

La fiesta no duró demasiado. La primera en irse fue Andrea. Se despidió de Beca prometiéndole que estarían en contacto tras intercambiarse los números de teléfono. Poco después, sus padres se acercaron para hablar con la repostera.

—Nos gustaría que vinieras a comer a casa un día de estos. Tráete a ese chico tan guapo —le dijo Ángeles antes de abrazarla con ternura y darle dos besos.

Jesús había hecho lo propio con Kieran. Beca había visto cómo se habían estrechado la mano mientras su padre susurraba algo al oído del irlandés y ambos terminaban estallando en carcajadas. Por último, la pandilla animó a Beca y Kieran a seguir la fiesta en otro sitio, pero ambos se negaron. Shawn insistió y fue Isla quien le hizo ver la luz.

—Hace dos semanas que no se ven, primo. Están deseando que nos marchemos para arrancarse la ropa a tiras —espetó divertida.

Shawn, que ya llevaba un par de copas encima, se rio de sí mismo por no haberse dado cuenta de ese pequeño detalle.

—No queríamos decirlo de esa manera, pero sí. Largo de aquí —continuó Kieran lo que su hermana había empezado.

En cuestión de minutos, toda la panda salía por la puerta en tropel. Beca apoyó la espalda sobre la puerta y Kieran la acorraló con sus brazos. Ambos se perdieron en sus miradas, pero Beca se escapó, entre risas, por debajo de su brazo.

—Huye todo lo que quieras, no tienes escapatoria —dijo antes de lanzarse en su búsqueda.

Los dos habían acabado retozando en el sofá antes de recalar en el dormitorio. Allí habían dado rienda suelta a la pasión hasta que estuvieron demasiado cansados para seguir, pero no tanto para dormirse.

Hablaron durante horas hasta que se les hizo de día y ni siquiera entonces quisieron despegarse el uno del otro.

—Con solo tocarme ya me tienes a tu merced, Barbie.

Beca disfrutó con sus palabras, aunque no tanto del apelativo cariñoso.

—¿Cuándo vas a llamarme de una vez por mi nombre? —preguntó molesta, esperando que esta vez le contestara en serio.

—¿Es que acaso quieres que sea como el resto de novios? ¿Preferirías que te llamara Gordi, Cari o Perla?

Beca negó divertida con la cabeza antes de que Kieran se acercara a ella y devorara su boca. La repostera notó enseguida cómo el cuerpo de él se excitaba y el de ella lo siguió al instante. Se compenetraban a la perfección en todos los ámbitos, más aún en ese.

«Parecemos hechos el uno para el otro», pensó Beca. Ese era el mismo pensamiento que había

tenido cuando conoció a Fer y solo tenía que ver cómo habían acabado. Aunque también era verdad que los dos eran bien distintos. Si uno se dejara llevar por las apariencias, habría creído que la persona más proclive a traicionarla habría sido Kieran, por su tendencia a cambiar tanto de chica como de camisa, pero la realidad terminaba siempre superando a la ficción.

Aun así, todo en esas Navidades había ocurrido muy deprisa. Beca no era de las que se acostaba con un chico en la primera cita, pero con Kieran había roto sus propias normas. Con él parecía no tener freno. Era capaz de cualquier cosa. Con él se sentía verdaderamente libre y ella misma como no lo había hecho en mucho tiempo. Decidió dejar las comparaciones a un lado y empezar de cero tal y como el irlandés le había pedido.

Kieran se había sentado sobre la cama y había comenzado a besar cada curva de su cuerpo. Ella se había dejado hacer mientras acariciaba su espalda, su nuca y su cabello. En cuestión de minutos, fueron uno solo y se entregaron con el amor que solo dos enamorados se profesan en secreto. Un amor sin límites.

Cuando ambos cayeron rendidos sobre la cama, se abrazaron antes de abandonarse en brazos de Morfeo. Los rayos de luz que se filtraban por la persiana despertaron a Kieran, quien apartó el cabello del rostro de Beca y la besó en la frente, despertándola.

—Creo que deberíamos levantarnos.

—Un poquito más, por favor —musitó la repostera, aferrándose a él.

Kieran sonrió. Para él tampoco era fácil alejarse de ella, pero debían comer y moverse un poco si no querían desfallecer allí mismo.

—Iré preparando el desayuno mientras tú te duchas.

—¿El desayuno? ¿Tú? —preguntó Beca alzando la cabeza y mirándolo incrédula.

Kieran la observó, tratando de aparentar seriedad, incluso algo de enfado.

—Eso ha sido sexista. Que sea Nora quien se encargue de todo en Kilkenny, no significa que yo no sepa valerme por mí mismo.

—Disculpa —dijo ella entre risas.

—Tampoco creo que sea tan difícil. Leche, zumo, tostadas. ¿Me olvido de algo?

Beca negó con la cabeza, divertida.

—Me dejaré mimar.

—Eso es lo que quería oír —dijo mientras la observaba ponerse en pie—. Y ahora a la ducha. Hueles terrible.

—Mira quién fue a hablar —replicó Beca cogiendo una camiseta del suelo y tirándosela a la cabeza. Eran como dos niños, traviesos y felices.



Valladolid
Lunes, 13 de febrero

Beca creía estar soñando cuando despertó y vio a Kieran a su lado. Este no se había ido a Dublín, como era lo habitual en él. «Algo bueno tiene ser el jefe de tu propia empresa», pensó ella mientras se giraba con cuidado de no despertarle y lo admiraba como si fuese un cuadro de Klimt. Entonces vio cómo se revolvía y cerró de golpe los ojos. Se sentía avergonzada de actuar como una chiquilla. Era verdad eso de que el amor te volvía idiota.

Kieran se topó de frente con Beca y algo dentro de él le llevó a mover su mano y arrastrar un mechón de su cabello tras la oreja para que nada interrumpiera sus vistas. Ella se estremeció y terminó por mirarle.

—Buenos días, Bella Durmiente.

—Habló —espetó juguetona.

—Con que esas tenemos… —dijo Kieran, antes de erguirse, apartar la sábana que los cubría y cargar con Beca hasta la ducha. Encendió el grifo y ambos terminaron calados hasta los tuétanos.

Beca lo miró enfurruñada y Kieran temió lo peor hasta que ella tiró de él hacia abajo, lo abrazó por el cuello y quedó enroscada a él en un ávido y excitante beso. Justo entonces el teléfono comenzó a sonar. Era el de Beca, pero esta siguió concentrada en cada una de las fibras del cuerpo de su particular Eros.

Kieran se detuvo y la apartó.

—Será mejor que lo cojas. Puede ser importante —dijo haciendo un gran esfuerzo. Cogió la toalla y la cubrió para evitar la tentación.

—Está bien, pero como no sea importante juro que va a arder Troya.

Kieran se rio divertido.



Beca había aprovechado que el irlandés se entretuvo en la ducha para hablar con su hermana por teléfono. Paula había llamado para interesarse por ella y, de paso, cotillear un poco.

—¿Y bien? ¿Qué te ha parecido?

—Sois increíbles. No me esperaba que fuerais a aliaros en mi contra.

—No hablaba de eso.

—Entonces, ¿de qué?

Paula se dio cuenta de que había metido la pata y trató de rectificar.

—Me refiero a que ahora ya estarás convencida de que te quiere ¿no?

—Sí, ahora sí —aseguró con una sonrisa perceptible a través de la línea—. No me ha dicho de forma literal que me quiere, pero me lo ha dicho con otras palabras y eso es más que suficiente para mí.

—¡Ay, Beca! Siempre has sido de las que has querido el lote completo. Todo o nada —dijo su hermana, leyéndola como un libro abierto.

—¿Qué hay de malo en ello?

—No, nada. Ya eras así de pequeña. —Los recuerdos afloraron en su mente—. Cuando cumpliste cinco añitos, mamá te regaló la casa de Barbie y tú te empeñaste tanto en que la cambiara por una cocina de juguete con todos sus accesorios que, al final, te saliste con la tuya.

—¡Vaya! Yo ya no me acordaba de eso —exclamó Beca, quien había pasado muchos años tratando de olvidar media infancia para que el recuerdo de sus padres no la angustiara.

—Sí. Siempre has sido muy tenaz. Incluso estando con Fer, todas esas horas de más que hacías no eran solo por sacar un dinerillo extra. La repostería siempre te ha encantado y, a falta de pasión en tu vida personal, la buscabas en otro lugar, solo que no en el correcto. En eso te pareces mucho a Kieran —concluyó para sorpresa de las dos.

Era la primera vez que Beca se veía a través de los ojos de su hermana y le gustaba lo que escuchaba. Paula la conocía tanto y tan bien que sabía cómo sentía, respiraba y amaba. Desconocía si podía decir lo mismo de sí misma, pero tenía todo el tiempo del mundo para aprender de sus errores.

Beca le contó todo lo que se podía contar y también parte de lo que no. ¡Para algo eran hermanas! Kieran entró en el salón en el mismo instante en que Beca y Paula, al otro lado de la línea, chillaban como dos crías, locas de contentas, porque al fin el amor había triunfado. Kieran volvió a reír, esta vez más fuerte. Beca, roja como la grana, se despidió de Paula.

—Es Kieran. Te llamo más tarde —Se serenó de inmediato.

Colgó y se dirigió hacia la cocina, preparada para soportar las pullas de Kieran. Sin embargo, Kier no era Fer y no estaba dispuesto a hacerla sufrir. Aún menos por una tontería. Interceptó la mano de Beca, le dio la vuelta y le robó un beso de forma inesperada. La sujetó por la espalda para que no se cayera y se inclinó un poco hacia atrás para así capturar la magia del momento.



Valladolid
Sábado,18 de febrero

Beca había madrugado más de lo habitual y se había ido a la estación de tren. De camino, había pasado por la Casa Cervantes, en la que el escritor vivió y la única que aún se conservaba. Se encontraba a medio camino entre Plaza de España, con su icónica bola del Mundo, y la Plaza de Zorrilla, con dos monumentos a escritores —el de Zorrilla, al que daba nombre la plaza, y el más reciente de Delibes, a las puertas del Campo Grande—.

Esta vez era Beca, y no Isla, quien iría a recoger a Kieran. El irlandés había estado ausente por temas de trabajo durante toda la semana, pero tenía algo muy especial preparado. Había decidido celebrar el día de San Valentín de nuevo a pesar de las quejas de ella de que nada conseguiría superar el fin de semana anterior.

La repostera buscó el tren en uno de los monitores y vio que llegaba por la vía 1. La seguridad le impedía acceder a no ser que tuviera billete, por lo que se conformó con pasear por la sala de espera. El bullicio le advirtió que el AVE acababa de llegar. No se lo pensó dos veces y salió al raso, donde la gente se resguardaba del frío al abrigo de sus chaquetas. Ella misma se sintió barrida por el viento hasta que divisó a Kieran y se abrazó a él con brazos y piernas. Ambos estallaron en risas y estas no tardaron en contagiarse entre los presentes.

—¿Me has echado de menos? —preguntó divertido, aun sabiendo la respuesta.

—¿Acaso lo dudabas?

—Sienta bien oírlo decir —dijo manteniéndola entre sus brazos y mirándola a los ojos.

—Te he echado de menos, Kieran Donnelly —pronunció sin perder la sonrisa, a pesar de que el aire, como el gancho de un buen boxeador, parecía haber impactado en su rostro de lleno.

—Me gusta cómo suena mi nombre en tu boca.

—Pues esta noche no pararás de escucharlo en tu oído, pero por el momento, bájame si no quieres que salgamos en el telediario de las tres —le susurró, pizpireta.

Con cuidado, la posó en el suelo, la estrechó entre sus brazos haciendo que Beca perdiera de manera momentánea la fuerza en sus piernas y, al observar esto, la amarró bien fuerte a él.

—Será mejor que nos movamos o llegarás tarde al trabajo —la increpó saliendo de la estación con prisa.

—Verás… En cuanto a eso, renuncié hace una semana. Ahora soy libre como una gaviota —dijo extendiendo los brazos cual pájaro con sus alas.

Kieran se detuvo de golpe y se giró para mirarla.

—¿No conseguiste que las cosas con Javier fueran a mejor?

—Sí. Por suerte, todo se solucionó hablando, pero tenías razón y decidí alzar el vuelo. Pondré mi propia pastelería —anunció con un brillo especial en la mirada.

La abrazó sabiendo lo que aquello significaba para ella.

—Esa es mi chica. Ya sabes que te ayudaré en todo lo que necesites —se ofreció el irlandés, de forma generosa.

—No será necesario. Ya tengo un socio capitalista. Él pondrá el dinero y yo la mano de obra.

—¿Bromeas? Eso es fantástico. ¿Y se puede saber quién es?

—Mi hermana Paula.

Kieran soltó una carcajada.

—No lo habría adivinado ni en un millón de años.

—¿Verdad? —Esta vez fue Beca quien se rio—. La propuesta salió de ella y no puedo estar más contenta. Eso sí, una vez que nos establezcamos, necesitaremos una pequeña ayuda con los clientes.

—Por eso no te preocupes —dijo rodeándola con su brazo mientras salían a la intemperie y buscaban el Uber que Kieran había contratado minutos antes—. Los Donnelly tenemos muchos contactos.

No tardaron en verlo, subieron a él y le indicaron el destino. Parquesol. Se dirigían al piso de Isla. Beca no entendía por qué no había preferido ir a su piso como habían hecho las últimas veces. Dispondrían de más intimidad. Sin embargo, sabía que el irlandés tendría sus razones y que no pasaría mucho sin que las compartiera con ella.

Se resguardaron bajo sus bufandas antes de apearse del coche. Kieran llevaba un maletín de viaje que apenas le ocupaba espacio. Beca le agarró del brazo y caminaron hasta el bloque de pisos que tan bien conocía la repostera.

El irlandés sacó la llave y abrió el portal permitiéndola pasar primero. Tomaron el ascensor. Kieran fue más rápido y pulsó el cinco en lugar del seis. Era la segunda vez en poco tiempo que a Beca no le cuadraba algo. Le miró y se dio cuenta de que parecía ocultar algo. Le siguió el juego y se mantuvo expectante.

Salieron del ascensor, caminaron hacia la izquierda y se plantaron frente a la última puerta.

—¿No piensas abrir? —preguntó el irlandés, girándose hacia ella.

—¿Cómo? No conozco este piso ni tengo la llave.

—Llevas razón en lo primero, pero puede que te equivoques en lo segundo.

Beca lo miró y lo entendió al instante. Comenzó a revisarse los bolsillos del abrigo y dio con una caja. La sacó, lo miró a él y luego al envoltorio tan esmerado que tenía.

—¿A qué esperas? No muerde —le animó él, tan nervioso como un niño.

La repostera le hizo caso. Deshizo el lazo, abrió la cajita y se topó con una llave. La tomó y la introdujo en el hueco de la cerradura. Giró la llave y la puerta cedió. Entró al interior para descubrir un apartamento con dos habitaciones, cocina americana y baño. No era muy grande, pero sí lo suficiente para ellos dos.

A Beca le chocó que estuviera amueblado. Entonces prestó atención a los detalles y vio indicios de que estaba ocupado. No tardó en adivinar que ese era el piso de Kieran.

—¿Qué te parece? ¿Te gusta?

—¿Que si me gusta? Me encanta. Es precioso, pero habrá que hacer algunos cambios —dijo sujetándole el brazo.

—¿Cambios? ¿A qué te refieres? —preguntó desconcertado.

—Habrá que limpiar un poco y, por supuesto, tendrás que dejarme la mitad del armario.

El irlandés respiró aliviado.

—Dalo por hecho —dijo sacando el móvil, dispuesto a contratar una empresa de limpieza.

—¿No decías que eres capaz de manejarte por ti mismo? —preguntó Beca alzando una ceja.

—Tienes razón —aceptó Kieran bloqueando el teléfono—, pero yo solo podré limpiar los fines de semana, cuando venga. Espero que no te importe hacer a ti lo más gordo.

Beca interceptó su teléfono y lo miró con una sonrisa.

—Puede que por esta vez no sea tan malo aceptar la ayuda de alguien más —musitó pícara.

—¿Con que no es tan malo después de todo? —se burló de ella mientras rodeaba su cintura con las manos.

Ella negó con la cabeza y él se hundió en sus labios.

—¡Feliz San Valentín, Beca! Te quiero —El irlandés susurró en su oído las tan ansiadas palabras.

Había necesitado tiempo para abrir de nuevo su corazón y el saber que había estado a punto de perder a Beca había hecho que se lanzara al vacío como solo Cupido haría.

FIN



LISTA DE CANCIONES

Photograph | Ed Sheeran

My Universe | Coldplay y BTS

Sueño | Beret (con Pablo Alborán)

Eres Tú | Matisse, Reik

Nil Moliner | Pólvora

20 de abril | Celtas Cortos

Promesas que no valen nada | Los Piratas

With Or Without You | U2

Precisamente ahora | David DeMaría y Sergio Dalma

Y busqué | Rozalén

Someone Like You | Adele

Always | Bon Jovi



AGRADECIMIENTOS

Quiero dar las gracias a mi familia porque sin su esfuerzo y dedicación yo no sería la persona que soy ahora.

Gracias a esas amistades que quedaron en el camino y a las que aún están a mi alrededor

porque todas ellas me enseñaron y me siguen enseñando y dando grandes lecciones de vida.

A ti, que te has tomado la molestia de descubrirme con este libro o que ya eres uno de mis lectores asiduos, porque me das alas para seguir soñando.

Gracias a Valladolid, la ciudad que me vio nacer, porque es parte de mí y forjó mi idiosincrasia.

Y, ante todo, gracias a mí, por muy superficial y egoísta que pueda sonar, porque creí en mí y seguí luchando por mi sueño a pesar de las trabas que había en el camino.



BIOGRAFÍA DE LA AUTORA

Laura Flanagan (Valladolid, 1984). Lectora voraz desde niña, terminó cruzando el espejo y convirtiéndose en escritora. Sin embargo, no fue hasta años después y, con el apoyo de su

familia, que se animó a compartir sus historias con el resto del mundo.

Tras la publicación de sus primeras novelas —*Persiguiendo un corazón* (Amazon, 2014) y *Anya* (Amazon, 2015)—, vieron la luz *El pasado me llevó hasta ti* (Red Apple Ediciones, 2016), *ZOE* (LxL Editorial, 2017), *Reflejos del pasado* (LxL Editorial, 2017) y *Un océano de dudas* (LxL Editorial, 2018).

Amor perdido, amor encontrado (Amazon, 2022) es una *novelette* navideña sin más pretensiones que las de hacer pasar un buen rato a los lectores. *La paradoja del amor* (Amazon, 2023) es su secuela, centrada en San Valentín.

Cuenta con más de 5.000 seguidores en sus redes sociales y lucha por ver un día su sueño hecho realidad: vivir de aquello que le gusta.

Siempre lleva una libreta y un boli encima porque nunca sabe dónde puede encontrarle la inspiración. Así que, si un día te cruzas con ella, ¡ten cuidado porque puedes ser la protagonista de su siguiente historia!

Tus comentarios y recomendaciones son fundamentales

Los comentarios y recomendaciones son cruciales para que cualquier autor pueda alcanzar el éxito. Si has disfrutado de este libro, por favor deja un comentario, aunque solo sea una línea o dos, y házselo saber a tus amigos y conocidos. Ayudará a que el autor pueda traerte nuevos libros y permitirá que otros disfruten del libro.

[1] Referencia al mítico programa de radio «¿En tu casa o en la mía?» (1998-2002) de Lorena Berdún en Los 40 principales, donde la sexóloga atendía dudas sobre sexo.

[2] Expresión coloquial que significa ir borracho.

[3] Es un juego de palabras. Puesto que la protagonista se llama Cara y caramelo en inglés es Caramel. Hay que recordar lo que le encanta a Kieran hacer bromas con los nombres (a Beca nunca la llama por su nombre sino por alguno que empiece por su misma inicial).

[4] Parquesol es un barrio ubicado en el suroeste de Valladolid y es considerada una de las zonas más caras de la ciudad para vivir.

[5] Apelativo cariñoso de Kieran. También se refiere a la Key lime pie, una tarta de lima que se originó en la década de 1930 en Florida.

[6] Tener buen estómago para beber mucho.

[7] Penélope es un personaje de la *Odisea*: la esposa del rey de Ítaca Odiseo, al que espera durante veinte años tras la Guerra de Troya, por lo que se la considera un ejemplo paradigmático de la fidelidad conyugal.

[8] *La fierecilla domada* es una comedia de William Shakespeare.

[9] Tanto Monta, Monta Tanto es el nombre de la pastelería donde trabaja Beca y también el lema que adoptaron en su escudo heráldico los Reyes Católicos simbolizando que ambos tenían el mismo valor.

[10] Hawke se trata de un guiño a uno de sus actores favoritos, Ethan Hawke. Además, en inglés significa salvaje, halcón.

[11] El Duque de Lerma es el edificio más alto de Valladolid y el segundo de Castilla y León. Tiene 23 plantas y una altura de 87 metros, superando en casi 20 metros a la torre de la catedral, el segundo edificio más alto de la ciudad.

[12] Referencia a Hugh Jackman, protagonista de la película *El gran showman.*

[13] Fue la primera presentadora del programa *Lo que necesitas es amor* antes que Jesús Puente y Pedro Rollán.

[14] Plato original diseñado por Chenoa en el programa de TV Celebrity Bake Off España.

[15] Plato original diseñado por Pablo Rivero en el programa ya mencionado.